

Los retos del periodismo **en el posconflicto**

- Tintas para la paz -

Primera edición: febrero de 2016

Consejo Directivo (2014 - 2016)

Ginna Morelo Martínez - Presidenta
Fernando Alonso Ramírez - Fiscal
Alexander Marín Correa - Directivo
Dora Montero Carvajal - Directiva
Fabio Posada Rivera - Directivo
Gloria Castrillón Pulido - Directiva
Johanna Paola Bejarano - Directiva

Transcripción de textos

Claudia Johanna García

Edición y coordinación de textos

María Isabel Sánchez Sánchez

Lectura final

Ángela Lizcano

Producción gráfica

Opciones Gráficas Editores Ltda.

Impreso en Bogotá

Printed in Bogota

2016

Sumario

5

•Por un periodismo indomable

Marisol Cano

58

•El periodismo que narra la memoria

María Eugenia Ludueña

Moderadora: Ginna Morelo

8

•Los retos del periodismo que transita entre el conflicto y el posconflicto

Alma Guillermpoprieto

Moderadora: Marisol Cano

73

•La agenda del posconflicto

Marta Ruiz - Jorge Cardona

25

•La cobertura del conflicto y los acuerdos de paz

Marisol Gómez - Juan Luis Font - Yehia Ghanem

Moderadora: Fabio Posada

90

•Hancel, una aplicación para el periodismo seguro

Jonathan Bock y Pilar Sáenz

45

•¿Cómo investigar con documentación desclasificada?

Carlos Basso

Moderadora: Pedro Vaca

94

•Mesa regional: Investigaciones e iniciativas con sello CDR

*Leonardo Herrera Delghams - Daniel Suárez
- Maryluz Vallejo*

Moderadora: Gloria Castrillón

110

• **Narcotráfico: Dos miradas
al crimen organizado**

Juan Miguel Álvarez - Óscar Martínez

Moderador: Carlos Alberto Giraldo

147

• **Cubrir elecciones, más allá
de la campaña**

Laura Zommer - Jochen Klug

Moderador: Juan Esteban Lewin

125

• **La memoria documentada
en imágenes (*La isla*)**

Uli Stelzner

Moderador: Marcela Zamora

159

• **Conversatorio: El reto del
periodismo frente a los grandes
temas que no están en agenda**

Bruce Shapiro - Yehia Ghanem

Moderador: Olga Behar

133

• **El trauma en el contexto
periodístico**

Bruce Shapiro

Moderador: Carlos Huertas

171

• **Perfiles**

Por un periodismo indomable

Marisol Cano

Hay lugares en el mundo y contextos en los que hacer periodismo llega a ser un acto de coraje. Escarbar en la historia reciente cómo se manifiesta el coraje en las trayectorias de periodistas que han sido sujetos de amenazas, presiones y hasta asesinatos conduce a un escenario que confronta la idea recurrente sobre la pérdida de valor del periodismo en la sociedad contemporánea y de una identidad profesional desdibujada. En el proceso de rastrear el coraje, empieza uno a encontrarse con voces claras, humanas, contundentes, voces que investigan, voces que comunican lo que muchos quieren ocultar, voces responsables y valientes –sin ataduras–, voces que vigilan, que comprenden el derecho del ciudadano a conocer, a saber, a estar bien informado. Es allí cuando emergen los contextos difíciles y complejos en los que los periodistas desarrollan su trabajo.

He visto la transformación de muchos estudiantes universitarios de periodismo, posiblemente desmotivados frente a su futura profesión, cuando se acercan a las historias de vida de periodistas que desafían –aun sin proponérselo– a todos aquellos poderes que buscan silenciar su voz o conducirlos por las sendas del periodismo domesticado. He observado también el efecto nocivo que el asesinato o la amenaza a un periodista genera en sus colegas, obligando a optar por un periodismo precavido, desvitalizado, paradójicamente silenciado. He visto a organizaciones internacionales y a asociaciones profesionales hacer seguimiento cotidiano a las presiones y a los ataques al periodismo, intentando, entre otras razones, que un

fenómeno como la impunidad en crímenes de periodistas encuentre mecanismos para revertirse.

Los ataques a los periodistas son una represalia por el trabajo informativo que realizan en temas como la corrupción, la delincuencia organizada, el narcotráfico, las actividades de grupos armados, la violación de los derechos humanos y las prácticas ilegales en el mundo de los negocios y la política. Esto significa que hay antiguas, renovadas e inéditas presiones y lo que es, en primera instancia, una censura directa, como sucede en el caso de un periodista asesinado, pasa a convertirse en una censura directa que desemboca en temáticas silenciadas para el periodismo.

Ser periodista conlleva muy diversos tipos de riesgos y supone, para quienes lo ejercen, determinados valores, actitudes, habilidades y conocimientos. De acuerdo con el informe del relator especial de Naciones Unidas sobre ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias en la Asamblea General de 2012, los periodistas enfrentan otro tipo de ataques que se suman a los asesinatos y a las agresiones físicas, como son: las restricciones a la circulación, incluidas las deportaciones y la negación de acceso a un país o a una zona determinada; los arrestos y detenciones arbitrarias, especialmente durante las crisis o manifestaciones públicas; la tortura y otros tratos crueles, inhumanos o degradantes, incluida la violencia sexual y la confiscación o daños de los equipos para el trabajo; el robo de información, la vigilancia ilegal y la intimidación, incluido el llamado a estaciones de policía para ser interrogados; el acoso a los miembros de la familia; las amenazas de muerte; las campañas de estigmatización y desprestigio; y los secuestros o la desaparición forzada.

Solo en relación con los asesinatos de periodistas, el International News Safety Institute (INSI)¹ reporta para la primera década del siglo XXI mil periodistas y miembros del personal de apoyo que perdieron la vida en el ejercicio de su trabajo en diferentes partes del mundo. De ellos, solo uno de cada cuatro murió en el cubrimiento de una guerra o un conflicto armado, mientras que la mayoría murió en tiempos de paz y en sus propios países. El INSI también revela que el homicidio de por los menos

1 Veá: <http://www.newssafety.org/home/>

657 de estos profesionales de las noticias se produjo cuando trataban de arrojar luz sobre los recovecos oscuros de las sociedades en que vivían y que en dos terceras partes del total de los casos los asesinos no fueron identificados, demostrando esto falta de investigaciones eficaces y un alto nivel de impunidad.

Colombia, no hay duda, necesita hoy territorios propicios para el debate claro y el diálogo inteligente. Pienso que en las manos de los periodistas –aquellos para los que el coraje, la independencia y el comportamiento ético intachable siguen siendo valores fundamentales– recae una buena dosis de lo que hoy nos jugamos en términos de la construcción de una sociedad más equitativa, capaz de convivir en paz y de valorar la dignidad del ser humano, una sociedad en la que no nos matemos como salvajes y a destiempo.

De quienes nos reunimos en este VIII Encuentro de Periodismo de Investigación lo que deberíamos esperar es que florezca, y no que se deje marchitar, el potencial transformador que cada uno tiene en su papel de periodista, de sus entornos, de sus sociedades y de sus países. Celebro el riguroso e importante trabajo que está realizando Consejo de Redacción (CdR), bajo el liderazgo de Ginna Morelo, para nuestro país y para la región de Latinoamérica. Deseo que los resultados de este evento, volcado a los temas del reto del periodismo en el posconflicto, dejen sobre la mesa muchas más preguntas de las que hoy tenemos, pero también respuestas, posibilidades, pasión y un indeclinable compromiso con el periodismo de investigación que es capaz de cambiar el mundo.

Para finalizar, reitero que la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana es la casa de ustedes, los actuales y futuros periodistas. Que aquí encontrarán el espacio abierto y propicio para que florezca el periodismo crítico, independiente, que no se deja domesticar, que no teme a los poderes y que sabe del inmenso valor que tiene para la sociedad.

Los retos del periodismo que transita entre el conflicto y el posconflicto

Alma Guillermoprieto

Modera: Marisol Cano

Nos encontramos en un momento en el que Colombia vive una creciente expectativa por los resultados que vaya a dar el actual diálogo de paz, uno que se ha dado entre los actores de la guerra más antigua de este país. A diferencia de las pláticas y diálogos anteriores, casi se da por sentado que en estas negociaciones de La Habana se llegará a un acuerdo de paz entre el Gobierno colombiano y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Tan es así que, a pesar de las muchísimas dificultades que todavía quedan por el camino, este Encuentro tiene como tema central el cubrimiento periodístico del conflicto y el posconflicto. Como si un posconflicto –o sea, una vida sin la presencia permanente del conflicto– fuera desde ya imaginable. Eso, creo yo, es un hecho importante en nuestra historia reciente y el título de este Encuentro en sí es la expresión de un deseo, tanto más intenso en la medida en que yo creo que fue inconsciente. Por muchas razones, sería imprudente que opinara sobre un asunto tan íntimo para Colombia y sobre el cual encuentran tanto eco en la población las opiniones más encontradas y más desmedidas. Sin embargo, mientras yo me desesperaba buscando algo para decirles –algo que ustedes no supieran ya–, una amiga me recordó que por una mezcla de constancia y suerte estoy entre los pocos periodistas, quizás la única mujer, que ha sido testigo de todos los conflictos y procesos revolucionarios que siguieron a la insurrección sandinista contra la

dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua; incluso diría que no solo soy la única mujer, quizás soy la única periodista.

Arranqué como reportera en ese país en septiembre de 1978, a los pocos días del primer gran ataque contra Somoza, y participé –como millones de personas en todo el mundo– de la maravillosa borrachera de la ilusión que nos proporcionó ese alzamiento. Ninguna persona sensata podía imaginar que esos locos muchachos sandinistas iban a derrocar a Somoza, cuando tantos otros habían muerto en el intento, y mucho menos podían imaginar que entrarían triunfantes a Managua en menos de un año y, sin embargo, insensatamente lo creímos y así fue.

Antes del triunfo, en octubre de 1978, yo estuve en El Salvador, y luego en Guatemala, como corresponsal del periódico *The Guardian*. En esa fecha la existencia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)² no era ni siquiera un proyecto, era más bien un chiste; cuando regresé de ese primer periplo a contarle a mis colegas mexicanos que también en El Salvador había guerrillas y que decían que eran muy fuertes, y que el grupo más numeroso se llamaba Farabundo Martí, mis colegas se burlaron:

—¿Farabundo? —dijeron—. Nadie gana una guerra con ese nombre absurdo.

No podría enumerar las valiosísimas lecciones de periodismo que recibí en ese primer año de novatada, pero destaco una: es imposible predecir el futuro. No podemos saber si dentro de cinco minutos un temblor va a hacer que entremos en pánico y salgamos a buscar puerto seguro. No sabemos si mañana nuestra pareja se va a encandilar con otra persona que se le atraviese en el camino y nos va a dejar con todo e hijos para irse a cazar lobos en Finlandia. Es imposible predecir el futuro; era imposible predecir algo como lo que sucedió, el triunfo sandinista. Era imposible saber que un grupo militarmente más fuerte que los sandinistas en El Salvador no iba a conseguir su objetivo. Y, sin embargo, olvidamos siempre esa verdad y escribimos como si lo entenderíamos todo y como si supiéramos qué va a pasar.

2 Alianza entre los diversos grupos guerrilleros de El Salvador (definición de la expositora).

El otro lado de la revolución

En La Habana –años antes de ir a Centroamérica– conocí al poeta y eterno soliviantado Roque Dalton, y en El Salvador, en aquellos años de guerra sucia y siniestra, me tocó conocer a quienes habían sido sus compañeros de armas y también a quienes lo habían traicionado a muerte. En una rueda de prensa vi de cerca a Roberto d'Aubuisson, autor intelectual del asesinato –entre muchos otros– de Monseñor Oscar Arnulfo Romero³. De otro lado, en una rueda de prensa clandestina en San Salvador conocí a Cayetano Carpio, dirigente máximo de las FMLN y también asesino; a los dos años de aquella rueda de prensa mandó matar a puñaladas a su eterna compañera de lucha, Mélida Anaya Montes, a quien también yo había conocido en aquella conferencia clandestina. Según dictaminó el forense, murió con ochenta y una heridas de picahielo en el cuerpo.

Sin duda, yo tenía ideas muy románticas, no solo acerca de la revolución, sino de los revolucionarios; en El Salvador se me quitaron. A partir de ahí empecé a evaluar a los dirigentes políticos –de la convicción que fuera– con criterios más prácticos que la simple disposición a arriesgar la vida por un ideal; me fue pareciendo importante que fueran personas “incapaces” de asesinar a sus propios compañeros. Aprendí de ese cúmulo de encuentros y experiencias que en América Latina padecemos de un hambre permanente de héroes y mártires, y que si estos no aparecen, nuestra necesidad es tal que nos obliga a fabricarlos, aunque sea del material más basto.

El caso colombiano

En Colombia, gracias a la buena suerte que a veces premia a quienes la buscan con insistencia, logré una invitación a Casa Verde en la que pude conversar con Jacobo Arenas, Manuel Marulanda, Alfonso Cano y, posiblemente, Timochenko u otra cuarta persona que no logro recordar a que venía, supongo, de un frente del Santander, pues llegó a la reunión

3 Vea: *Memorias VI Encuentro de Periodismo de Investigación*. Panel: Escarbando en la memoria histórica. Conferencia: Así mataron a Monseñor Romero. Por: Carlos Dada.

con una especie de ofrenda de hormigas culonas. Era 1986 y mi recuerdo más vivo de todo ese viaje es ver a Jacobo Arenas, con una parrillita al lado, asando las hormigas culonas, una a una, y comiéndolas con gran deleite. Me da pena tener ese recuerdo tan pobre, porque la verdad es que yo sabía tan poco de Colombia en esa época que no entendí las conversaciones con los colegas que iban en el mismo viaje, ni pude hacer muchas preguntas; no fue, digamos, mi viaje más ilustrado y, sin embargo, aprendí muchísimo, porque el viaje a Casa Verde lo hice a pie y gracias a mis pies pude llegar y aprender.

La caminata fue dura, fue muy dura, de cuatro días pesados de caminar ocho y hasta diez horas al día, y con eso entendí –como no hubiera podido entender de otra manera– lo corta que era en realidad la distancia entre la Casa Verde y la Casa de Nariño, y lo extraño, lo surreal que resultaba que en pleno siglo XX un Estado no pudiera expulsar a un grupo guerrillero del territorio nacional, sino simplemente hacer que pusiera su base un poquito más allá. Eran ciento veinte kilómetros de separación; ese solo hecho que comprobaron mis pies me dio más para pensar –durante varios días diría yo– que todo lo que escuché en las conversaciones con los altos dirigentes de las FARC, porque a veces aprendemos en una caminata lo que los libros, las investigaciones y los informes no alcanzan a explicar. La mayor herramienta que tenemos para hacer periodismo de investigación siempre serán nuestros ojos.

Por esos años tampoco dejé de reportear el lado paramilitar; pocos meses después de la primera masacre de Segovia (1988) visité ese pueblo y me enteré de la existencia de un tal Fidel Castaño –que era casi desconocido en aquel entonces–. Todavía no se sabía bien quiénes eran los autores de la masacre: que si el Batallón Bomboná, que si los militares, que si el coronel. Entre tanto, Fidel Castaño sonaba. Pero al escuchar la historia de su familia, ahí en Segovia, contada por sus enemigos, pude entender que las guerras de Colombia –todas sus guerras– trasvasan generaciones, tienen raíces enredadas, como si estuvieran amarradas a las piedras del subsuelo... Qué difícil extirpar esas raíces.

En la búsqueda de algún contacto con Carlos Castaño –heredero del instinto asesino de su hermano mayor–, fui a parar a Montería y ahí en

El Meridiano conocí a la ahora reportera premiada Ginna Morelo, quien era en ese entonces una jovencita. Nunca logré hablar con Carlos Castaño, pero uno no necesariamente aprende cuando encuentra lo que busca, ni cuando le enseñan, sino cuando está en disposición de aprender. Y entre más me enteraba de la saga de los Castaño –repetitiva, suicida, envenenada, asesina–, más me iba apasionando. Porque no soy la única a la que le ha parecido una especie de paradigma de la violencia reciente colombiana.

Ese primer viaje a Segovia nunca se publicó porque fue mi primer trabajo de largo aliento y me faltaron recursos técnicos para resolverlo a la hora de escribir; pero sin conocer Segovia en esos días de terror, no hubiera entendido más de lo que puede entender cualquier persona que lee los periódicos de Bogotá. En Segovia me quedó claro que las matanzas rara vez son arbitrarias –aunque muchas veces aparezcan descritas así–, las víctimas son seleccionadas cuidadosamente y siempre han jugado algún papel en la imaginación enferma de sus victimarios. Yo quisiera tener acceso a las historias afiebradas que se cuentan los asesinos, quisiera entenderlos; será una de las tareas pendientes del posconflicto.

Por los caminos de la violencia conocí a Pepes⁴ y a paramilitares, a héroes y pillos, a psicópatas y a víctimas de la mala suerte, y a niñas y niños, casi adolescentes, que peleaban de una parte y de otra, en muchos casos, sin tener la menor idea de por qué. Pero no por eso alcanzo a poseer ni una modestísima parte del saber acumulado que hay entre los reporteros colombianos. Como todos los reporteros internacionales, yo realmente sé muy poco y para reportear, entender y escribir dependo casi que totalmente de la generosidad y conocimiento de los que trabajan aquí y me cuentan las cosas como son, aquellos que sudan y arriesgan el día a día, y llevan la historia reciente del país grabada en las venas.

Junto con ustedes, latinoamericanos como yo, me he abismado ante el misterio de nuestro vicio de la violencia, la incapacidad de nuestros políticos de llevarnos a una cultura cívica que rebase por lo menos el siglo XIX y el amor insalvable que sienten los electores por payasos y teatreros que se presentan como héroes de una epopeya y no como los autores de una y

4 Acrónimo de: “Perseguidos por Pablo Escobar”.

otra, y otra, y otra más farsa trágica. Son personajes y situaciones que a lo largo de los años me han dejado muchas más preguntas que respuestas. Por un lado, es frustrante observar, leer, reflexionar, preguntar y escribir tanto, y no llegar nunca a una mediana explicación de nuestras tragedias. Pero, por otro lado, me parece que hubiera hecho mal mi trabajo si el quehacer de reportera me hubiera llenado más de certezas que de dudas. Si al final de un reportaje me encuentro con las mismas certezas con las que arranqué, mi trabajo no sirvió de nada. ¿Para qué salir a reportear si uno ya sabe lo que va a encontrar? La curiosidad inagotable por este mundo, siempre sorprendente, es lo que nos lleva a los auténticos reporteros de la mano por nuestras travesías.

Los grandes retos del periodismo

Se me ha pedido que hable sobre los retos del cubrimiento del conflicto y del posconflicto, y no necesito hablar de ello porque ya Marisol Cano habló muy claramente sobre los retos o los riesgos físicos, las amenazas, golpizas, invasiones grotescas a la privacidad, la vigilancia permanente y también la muerte. En México han matado a más de cien reporteros en los últimos doce años. Apenas este año aquí en Colombia han muerto por bala otros dos. Bien sabemos que América Latina es una de las regiones donde más peligran los periodistas, pero el hecho de que ustedes estén reunidos en este VIII Encuentro de Periodismo de Investigación me da alientos; pienso que tienen una fuerza y una capacidad de organizarse en defensa del gremio que muchos otros envidian, y que saben usar todos los recursos de la imaginación para sobrevivir, para protegerse, para reportear, para hacer cosas extraordinarias.

Los grandes retos del periodismo son siempre éticos. La moral y la ética son dos cosas distintas: la moral está inscrita en los Diez Mandamientos en piedra. La ética no se puede grabar en piedra, porque es el esfuerzo constante de entender cuál es nuestro camino en un mundo de cambios y contradicciones. Si se fijan, no hay una respuesta única ante las tres preguntas que nos debemos hacer siempre al sentarnos frente al computador: ¿cuál es mi obligación frente al oficio?, ¿cuál es mi obligación frente a este tema

que enfrento hoy?, ¿cuál es mi obligación frente a los protagonistas de mi reportaje? Las tres respuestas suelen pelear entre sí y hasta ser incompatibles, pero tenemos la obligación de hacérselas constantemente y para eso están las conversaciones permanentes con los colegas, en reuniones como esta, y los consejos del gran Javier Darío Restrepo que nos ayudan a desatar los nudos de los problemas éticos que nunca encontrarán la respuesta perfecta, sino apenas la mejor.

Ahora quisiera proponerles tres ideas que, si bien no los ayudarán a llegar a tiempo a la hora de cierre, quizás ayuden a que sus reportajes tengan una mayor resonancia y, sobre todo, mayor relevancia dentro de cinco años.

La primera idea es sencilla y ya la abordamos: la consciencia de que el futuro es impredecible. Eso a mí me ayuda a no casarme con las certezas del día.

La segunda es la importancia que tienen la templanza, la ecuanimidad y la equitatividad en un país lleno de rencores y desacuerdos mortales. Justamente, en estas semanas he visto grandes discusiones entre mis amigos; por un lado, los que dicen que un tratado de paz no va a servir para nada, por otro lado, los que dicen que todo va a cambiar porque no es lo mismo un país con guerra que sin guerra y, finalmente, los que dicen que darle vía libre a la paz es darle vía libre a los criminales. En estas situaciones siempre es mejor que los medios procuren ser un factor de equilibrio, es decir, tratar de explicar en vez de denunciar o ironizar –no son momentos para la ironía, son momentos para la claridad–.

La tercera idea –menos concreta– tiene que ver con la disciplina del pulimiento constante de nuestro trabajo; en mi opinión, a los profesionales nos ayudan los talleres y cursos de periodismo, pero en encrucijadas de la historia como la que vivimos sirve mucho más un curso de historia. Un curso de historia de la época que quieran, por ejemplo, del calamitoso siglo XIV, así se llama un libro de la historiadora Bárbara W. Tuchman⁵. Entre otros datos y percepciones interesantes, la autora señala que en el siglo XIV la mayoría de la población era muy joven, adolescente, o que apenas se

5 *Un espejo lejano: El calamitoso siglo XIV.*

encontraba en la primera edad adulta, y es bien sabido que los adolescentes sufren grandes dificultades a la hora de controlar sus impulsos, que son audaces e idealistas, pero que no han adquirido todavía mucha idea del valor de una vida; que sus accesos de ternura son inmensos y sus ataques de rabia también. Pensemos en la población de América Latina, que ya está empezando a envejecer un poco pero que ha sido siempre muy joven y hace treinta años, cuando arrancó la ola de violencia endémica que nos aqueja, los chicos entre 15 y 24 años eran mayoría. Y era, igualmente, una población sujeta a cambios brutales –como en el siglo XIV–; a una transición aceleradísima de la ciudad al campo que pasó de la cultura tradicional recatada y familiar a la liberación sexual en medio de la ignorancia más completa y del trabajo artesanal al desempleo urbano. Si juntamos todos esos factores tal vez podamos empezar a entender cómo nuestra América Latina se ha ido convirtiendo en la región más homicida del planeta.

La perspectiva histórica ayuda a orientar el trabajo de investigación y reportería, y también permite entender a los protagonistas de esa historia, a evaluarlos y a evaluar los proyectos políticos dentro de un contexto amplio. En este punto quiero hacer referencia a una nota de prensa colombiana en la que una comunidad indígena impidió a la fuerza que una patrulla de soldados se llevara a un supuesto guerrillero de las FARC⁶. Esa nota venía sin el menor contexto histórico; ¡era una nota como para darle toda la razón a Paloma Valencia! ¿Qué pasó allí? Necesitaba su contexto histórico, necesitábamos saber quién era esa comunidad y por qué odia tanto al ejército. Nosotros necesitamos saber quiénes son los indígenas de este país y cuál es su relación con la violencia; todo eso hacía falta en esa nota.

Recuerdo que en el año 2000 el proceso de paz en San Vicente del Caguán me brindó una perspectiva distinta de la organización guerrillera de las FARC, pues ahí era posible hablar “libremente” con la tropa –con esa tropita guerrillera que todos ustedes seguramente conocieron–. Después de que me lo dijeron una y otra vez los adolescentes guerrilleros y las mujeres que habían pasado la vida entera en el conflicto, lograron convencerme

6 Veá: “Comunidad impide captura en Corinto”. En: <https://www.youtube.com/watch?v=n1jvDLJHQTm>

de que la dura vida de un combatiente de las FARC no es más dura que la de cualquier campesino colombiano. Este conocimiento me ayudó a explicarme la perdurabilidad de la guerrilla, porque la dureza de la vida en la guerrilla tenía sentido. En las conversaciones con aquellas jóvenes y adolescentes me impresionó también que en una organización guerrillera de larga duración sus integrantes crecen y se hacen adultos sin más hogar que la mochila que llevan a cuestas, lo que me llevó a pensar que tal vez uno se encariña con el rifle porque no tiene otra cosa de qué encariñarse, porque son muchachos que crecen con un vacío afectivo y una ausencia de raíces que es realmente muy dramática.

En medio de la guerra se pierden las historias verdaderas y por razones tácticas, estratégicas o simplemente de culpa, todas las partes de un conflicto guardan secretos escalofriantes; las técnicas del periodismo investigativo pueden servir ahora más que nunca, cuando la posibilidad de la paz efectivamente está cerca, para rescatar esa parte de nosotros mismos, que es la historia olvidada, y con ello ayudar a juntar nuestros pedazos macheteados y saber cuáles son nuestras heridas, porque no sé cómo pueden sanarse heridas invisibles. La reportería es una manera de sacar esas heridas a la luz.

Antes de finalizar mi intervención, quisiera dejarles un consejo: sean ambiciosos. Y a las mujeres, particularmente, no tengan miedo de ser ambiciosas, ser ambicioso no es poco femenino, y no me refiero a la ambición de puestos o premios, o sueldos altos –aunque todo eso es muy importante para sobrevivir–, me refiero a que ambicionen hacer grandes cosas, contar cosas importantes, contarlas mejor que nadie, no se conformen. Cuenten las cosas con tanta claridad que hasta una persona en el Japón que no sepa nada de Colombia entienda al final cómo es el relato. Sueñen con que cada uno de sus reportajes sea digno de una antología de aquí a diez años y no se desplomen frente a la crítica: la crítica tonta o envenenada no importa y la crítica inteligente es un regalo más precioso que un rubí –se los garantizo–. Busquen la crítica. Yo sé que a los hombres en particular esto les cuesta mucho trabajo, pero búsqwenla, aquí en este Encuentro y fuera de él. Y, sobre todo, gocen del oficio porque la vida es corta y el trabajo de los reporteros no tiene mucha gracia si no se divierten por el camino.

Sesión de preguntas

Marisol Cano

Me llamó mucho la atención algo que dijiste de tu primer viaje a Segovia: que fue una historia que se quedó sin publicar por falta de recursos técnicos. En el último año hemos vivido un proceso interesante con el International Media Support (IMS), Consejo de Redacción (CdR), la Fundación para la Libertad de Prensa (Flip), la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) y el Proyecto Antonio Nariño (PAN), a través del proyecto Cobertura Periodística del Conflicto y la Paz, en el que hemos encontrado la posibilidad de narrar distinto en Colombia, de encontrar esas historias que no son las historias tradicionales del conflicto. De alguna manera estamos preparando a los periodistas de zonas tradicionalmente afectadas por este conflicto para que empiecen a contar esas otras historias, esas historias que, como tú dijiste, son las historias que empezarán a emerger. Justamente, parte de las dificultades que hemos visto no solo han radicado en la manera distinta de ver la realidad, de contarla distinto, sino también de encontrar las herramientas para hacerlo. Creo que tú ahí tienes mucho por aportarnos.

*Alma
Guillermoprieto*

Para mí cada relato es una lucha diferente, no tengo fórmulas. Creo que lo que me cuesta mucho trabajo hasta la fecha es crear suspenso y para el relato de Segovia era particularmente necesario. En

Estados Unidos Truman Capote no tiene necesariamente la fanaticada que tiene en América Latina; se le critica mucho por crear suspenso falso, que es la espera de que vaya a ocurrir el hecho sanguinario que finalmente ocurre. Y a mí me preocupaba no hacer eso con el relato de Segovia, no supe resolverlo de una manera que no fuera esa: “¡Espérense, ya viene la masacre! ¡Espérense, ya viene la masacre!”. Eso a mí me parece un poco inmoral, es como crear un público para un relato *gore*. Entonces, no sé cómo se puede estructurar ese tipo de relato que por desgracia habrá que hacer y que, de hecho, se ha tenido que hacer tantas veces aquí. Lo único que les puedo decir es que es importante –en cualquier tipo de relato– garantizar que al final de un párrafo la lectora o el lector quiera saltar al siguiente. Eso es lo único que nos debe de preocupar: que la última frase del párrafo en el que estamos sea como pasar la pelota al párrafo siguiente, si esto no sucede ya perdimos todo. De párrafo en párrafo se tiene que ir empujando la pelota de la narración. Más allá de eso no sé qué otro consejo dar.

Marisol Cano

Es importante lo que dices porque nos sucede mucho en Colombia que, a veces, nos ponemos estándares bajos con nuestros relatos. Tú al final también decías: “Sean ambiciosos. Sueñen con que cada uno de sus reportajes sea digno de una antología de aquí a diez años”. Y creo que esa es una lección importantísima para nosotros porque también publicamos muy fácil, y si nos ponemos otros estándares eso va a contribuir a la calidad del periodismo que estamos haciendo.

*Alma
Guillermoprieto*

Ahora, ¿qué significa la familia Castaño para la violencia colombiana? ¿Por qué la ves como un paradigma?

Porque, en la medida en que yo iba leyendo y aprendiendo, me impresionó mucho la historia de los fundadores de los grupos guerrilleros y paramilitares. Todos empezaban con un hecho de violencia contra la familia o, en el caso de Marquetalia, contra la comunidad. ¡Pero una cantidad enorme! El padre de los hermanos Vásquez del Ejército de Liberación Nacional (ELN) murió asesinado; el padre de Fidel Castaño murió asesinado y, además, le hicieron trampa con la plata, que es una cosa gravísima. Por donde lo miren hay un padre asesinado o una hermana secuestrada; en últimas, hechos de injusticia que anteceden al hecho de la violencia organizada.

Por otro lado, siempre me ha llamado poderosamente la atención –me ha asustado y me ha conmovido– que todos los periodistas que llegan a los talleres que dicto aquí en Colombia tienen un padre asesinado, una hermana secuestrada o un colega violentado, lo que indica que la violencia nos atañe a todos. Y en el caso de los Castaño, no hay que olvidar, eran hermanos que se mataban entre sí, era la violencia colombiana expresada como el jugo de una naranja.

Marisol Cano

En un continente con ausencia de buenos editores, ¿qué se les puede recomendar para mejorar el trabajo de los reporteros?

*Alma
Guillermoprieto*

Que lean los textos de los reporteros, como primera medida. Me asusta la cantidad de muchachos que llegan a un taller mío diciendo: “Es que nunca nos habían leído un texto”. Ahora, que los lean frase por frase, y que se fijen no solo en la puntuación y en si el acento está bien o mal puesto, que se fijen si el contenido es éticamente correcto o no. Finalmente, que se quiten esa manía de los entrecomillados de palabras que empezó en México y que a mí me produce ganas asesinas. Por ejemplo: “Arrasó” el Medellín con el Nacional. ¿Por qué el arrasó va entrecomillado? Es como no confiar en el idioma, el idioma español también es nuestro, también es latinoamericano, no es solo de la Real Academia Española.

Marisol Cano

¿Cómo desplazar la mirada que está acostumbrada al horror?

*Alma
Guillermoprieto*

Yo creo que a todos los que hemos trabajado temas de violencia nos hace muchísima falta cambiar de fuente de vez en cuando, porque una cosa que descubrimos, tanto los reporteros como los revolucionarios en Centroamérica, es que la mayoría de la gente ni se interesa por estos hechos, ni quiere participar en revoluciones, ni quiere tomar las armas, lo que quiere es vivir en paz. Entonces, toca reportear de vez en cuando la vida en paz para no perder la perspectiva y también de vez en cuando vivir la vida en paz; yo creo que eso nos ayuda a regresar a los temas que nos apasionan, a los temas de investigación con la mirada renovada.

Marisol Cano

Tú mencionaste un factor fundamental en el posconflicto que es entender la historia y la forma de pensar de los victimarios. ¿Cómo contar esa historia en un país politizado como Colombia? ¿Qué criterios deben tenerse en cuenta para hacer la reportería y no terminar justificando al victimario?

*Alma
Guillermoprieto*

En primer lugar, es difícil hablar con los victimarios, es difícil lograr que ellos se expresen honestamente. Pero me parece indispensable, sobre todo en un país que ha padecido guerras y conflictos intestinos durante tantos años, entender cómo fue que sucedió esa violencia, y para ello es necesario entender al victimario –lo cual no quiere decir ni justificarlo, ni perdonarlo, aunque no sé bien qué quiere decir esa palabra–. Creo que entender no significa justificar y sí puedes sorprenderte mucho con lo que aprendes. A mí me han resultado muy útiles las cárceles porque allí están algunos de los victimarios y no se pueden ir, y muchas veces están tan aburridos o se sienten tan solos que aceptan la oportunidad de hablar con quien sea, en otras circunstancias jamás hablarían conmigo.

Pongo un caso. En Segovia identificaron a uno de los supuestos sicarios –yo no sé si le llegaron a hacer un juicio o no– y estaba en la cárcel de Itagüí. Me fui para allá y tras algunas peripecias logré hablar con él, y me contó una historia que era verdaderamente de horror. Era minero, su hermano era minero, pero este último resultó

enredado con los elenos⁷ y en un retén del Ejército Popular de Liberación (EPL) pararon a su hermano, este se bajó del bus y con un machete le machetearon sus ojitos... Posiblemente, este sicario era un monstruo, pero era un monstruo con un pasado monstruoso y eso toca saberlo.

Marisol Cano

A pesar de la importancia que ha tenido en el periodismo colombiano el denunciar, contar y explicar, hay gente que no confía en los medios ni en los periodistas. ¿Qué crees que se está haciendo mal en este oficio en Colombia?

Alma Guillermoprieto

Yo creo que la mayoría de las personas en Colombia desprecia profundamente a los periodistas, me da mucha pena decirlo así, pero cada vez que entro a hablar, por ejemplo, con gente de la Javeriana que no es de la Facultad de Comunicación se queja. Lo que sí quisiera decir –y esto es un error quizás de los dueños de los medios– es que muchas veces los temas están tratados de manera tan somera que no alcanzan a tener la profundidad y la extensión para ser lo suficientemente explicativos.

Por otro lado, hace falta ecuanimidad, templanza; la no denuncia, la no gritería a la hora de entrevistar –muchos gente ve televisión y no lee el periódico–, es como una especie de jaula de pirañas en la que todos están con su grabadora, tratando de hacer la pregunta más agresiva y no necesariamente la pregunta más importante, la que va a dar la mejor respuesta. Ese espectáculo

7 Se refiere a los miembros del Ejército de Liberación Nacional (ELN).

es feo y yo creo que crea una imagen de los periodistas en la que son como pirañas, ¿no? Como perseguidores de la noticia pase lo que pase, cueste lo que cueste. No sé cómo alterar eso, creo que es un problema de los dueños de los medios y de los editores que no les dan tiempo a los reporteros, que no les dan suficiente espacio, que los mandan a cubrir tres noticias al día, que les exigen que regresen con la chiva a como dé lugar y que generan una animosidad que no es singular a Colombia; esto pasa en toda América Latina y en Estados Unidos. Yo trabajé en el *Washington Post* y cuando salía a reportear me decían:

—¡Ah, sí! ¡Tú vienes del Washington Prime Time! ¿No es cierto?

Marisol Cano

¿Cuál es el reto de Internet y el potencial de los grandes reportajes o de los reportajes de gran aliento impresos y narrativos?

**Alma
Guillermoprieto**

Yo no escribo una sola palabra que no venga de mi trabajo de reportería, soy escritora gracias a la reportería. Me alientan a seguir en este trabajo anacrónico, casi decimonónico, la cantidad de medios electrónicos que han surgido en Estados Unidos o en América Latina, que han encontrado qué quieren los lectores para los relatos de largo aliento. Mencionaría tanto *The New Yorker* como *The New York Review Books*, que tienen ahora muchos más lectores en Internet de sus textos de largo aliento que en la edición impresa, así los textos de largo aliento en ambas revistas sean mucho más cortos de lo que eran hace veinte años.

Hace veinte años un texto de largo aliento tenía 14 000 o 20 000 palabras, hoy tiene 4500 como tope máximo, aunque yo publiqué un artículo de 7000 palabras sobre el papa el año pasado, en un nuevo medio que se llama Matter, que depende de Twitter, y tuvo muchísimos lectores. Hay otra revista de Internet que se llama *The California Sunday Magazine*, donde muchos escritores y reporteros latinoamericanos han publicado textos de largo aliento que son maravillosos.

Creo firmemente, como lo hacía García Márquez, que todo el mundo tiene ganas de escuchar el cuento bien contado y que la lectura del cuento bien contado es una magia que no se reemplaza con nada; depende de nosotros averiguar todos los días cómo es ese asunto de contarlo bien contado, a eso los aliento.

La cobertura del conflicto y los acuerdos de paz

Marisol Gómez

Juan Luis Font

Yehia Ghanem

Moderador: Fabio Posada

Proceso de paz y periodismo

Marisol Gómez

Quiero hacer énfasis en lo que estoy viviendo actualmente, que es el cubrimiento del proceso de paz en La Habana, pero antes de ello quisiera explicarles cómo estamos organizados en *El Tiempo* para cubrir el proceso de paz.

En el pasado, cuando cubrimos el proceso de paz del Caguán, teníamos una Unidad de Paz, que se encontraba conformada por un editor y varios redactores. Luego, cuando comenzó el proceso de paz entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC el director de *El Tiempo*, de manera muy acertada, decidió que la paz es transversal y que no iba a haber Unidad de Paz, sino Edición de Paz. ¿Esto qué quiere decir? Que al ser un tema transversal pasa por la política, la justicia, la economía y, también, por el conflicto que se desarrolla básicamente en las regiones. Entonces, mi trabajo como editora de paz radica en que, dependiendo de lo que se esté moviendo en torno al proceso de negociaciones, me apoye en gente de las secciones de Política, Justicia, Nación o Economía.

De la sobreexposición del Caguán al hermetismo de La Habana

Tenemos dos procesos de paz completamente distintos. El Caguán fue la sobreexposición informativa; eran los negociadores del Gobierno y de las FARC en una mesa, separados de los periodistas por una alambrada. Esto era tan grave que si un guerrillero se paraba de la mesa para ir al baño o si manoteaba un negociador del Gobierno, todos los periodistas se paraban porque había crisis en el proceso. Hay que recordar que esto era en vivo y en directo, y los periodistas pasábamos horas en el potrero de enseguida viendo si discutían, si manoteaban, si se paraban al baño, si iban a almorzar, etcétera. Era una cosa absurda para un proceso de paz que, o no tuvo estrategia de comunicación, o esta nunca se planeó.

Imagínense la cantidad de información que salió de ese proceso de paz bajo esas condiciones, con lo nocivo que era reaccionar como periodistas ante cualquier movimiento e inventarnos la crisis. Sin duda, la experiencia del Caguán dejó muchas lecciones y al Gobierno actual, específicamente a la persona que diseñó la estrategia de paz, le quedó claro que las negociaciones no podían estar sobreexpuestas, algo con lo que la mayoría de los periodistas que cubrimos el Caguán estamos de acuerdo.

Sin embargo, pasamos a otro extremo, al hermetismo absoluto del actual proceso de paz. En este punto es importante que tengamos en cuenta una característica de este proceso y es el tema de la confidencialidad que, además, es un acuerdo entre las partes negociadoras. Esa confidencialidad ha creado una tensión muy fuerte entre el Gobierno y las FARC, porque si bien fue parte del preacuerdo, fue algo impuesto por el Gobierno y, digamos, aceptado a regañadientes por las FARC. Las FARC siempre quisieron –incluso en los diálogos exploratorios– que esto fuera público, porque para ellas era un seguro frente a la opinión, tanto por la exposición pública, al tener de parte del Gobierno un carácter de contraparte, como por la seguridad, ya que de matar a alguien mientras se movía la negociación se podía afirmar que el Gobierno no prestó las garantías.

Eso ha creado una tensión permanente en la mesa de La Habana y obviamente ha tenido consecuencias en el proceso de paz y consecuencias

para los periodistas. Les ha creado un dilema a los medios y es que las FARC, ávidas de información, quienes estuvieron diez años sometidas al asedio militar y desaparecidas del panorama político, han aprovechado mediáticamente la mesa de La Habana para hablar de lo divino y de lo humano; no solo hablan de los temas que a veces pasan por la agenda –aunque hay que decir que han sido muy respetuosas del pacto de confidencialidad–, sino que también hablan de política, de la agenda internacional y hasta de fútbol.

Ahora, ¿eso es válido? Claro que sí. Lo que pasa es que crea unas tensiones con el Gobierno y a la vez tiene efectos en los medios –que es lo que nos importa a nosotros–. Los medios quedan entre esa locuacidad de las FARC y el hermetismo del Gobierno. El efecto inmediato es que los medios que están en La Habana empiezan a decir todo lo que digan las FARC, por el simple hecho de que los periodistas siempre estamos buscando información y si el Gobierno no habla, pues hablan las FARC. A esto se une la necesidad de mandar algo a Bogotá, cualquier cosa que digan las FARC –y cualquier cosa es cualquier cosa–; no hay manera de discriminar porque es lo único que sale de La Habana. Ahí empieza el primer problema de los medios en el cubrimiento del proceso de paz, porque si en el Caguán era en directo, acá es precisamente el hermetismo el que nos deja en un extremo en el que hay muy poca información y mucha retórica, tanto de las FARC como del Gobierno. En este caso, la obligación del periodista es diferenciar entre la propaganda de las partes y la información, ahí es necesario afinar el criterio.

Ahora, no debemos olvidar que existe la información oficial sobre el proceso de paz, que suele darse a través de comunicados muy generales, muy crípticos, que no le dicen nada a la gente de lo que está pasando en la mesa. Ahí lo que se requiere es que los periodistas conozcan muy bien los acuerdos y que, de alguna manera, hagan una cadena de relaciones con la gente que está cerca de la negociación para comprender el proceso, porque si vamos a comprender el proceso por los comunicados oficiales nadie va a entenderlo. La prueba es la cantidad de opositores que tiene el proceso de paz, porque es poco comprensible para la opinión pública.

Desafíos en la cobertura del proceso

Ante estos dilemas que se generan por el hermetismo particular de lo que sucede en La Habana, surgen una serie de desafíos para los periodistas:

1. **Construir una relación de confidencialidad con las personas cercanas al proceso.** Es decir, ningún negociador por el lado del Gobierno te va a dar una entrevista, pero te va a contar cosas que por lo menos te van a ayudar a comprender el proceso de paz para explicárselo a la gente.
2. **Hacer una cobertura periodística más allá de la mesa de negociación.** Pensemos en los temas que tiene la agenda de negociación entre el Gobierno y las FARC, si están discutiendo Víctimas no le van a decir nada a los periodistas, pero están las víctimas y estas sí le pueden contar al país qué esperan de ese proceso de paz. Es una manera distinta de abordar el proceso cuando la información de la mesa de negociación es tan difícil.
3. **Profundizar en temas de la agenda.** Hablo de investigar el cese del fuego, la manera de dejación de armas o la concentración de tropas. Hay que buscar experiencias internacionales, buscar exguerrilleros que hicieron parte de sus procesos de paz para que le cuenten al país cómo fue en otros lugares. Esto en últimas se refiere a buscar alternativas de información que sirvan para explicarle al país lo que está pasando en la mesa, obviamente, habiéndose empapado antes de todo lo que es la agenda, de lo que significa la agenda, de lo que significa esa agenda para el país y de cuánto va a cambiar esa agenda al país si llega a ser efectiva.

Los retos para cubrir el posconflicto

Retomando el asunto de la transversalidad de la que hablábamos al principio, creo que el momento del posconflicto es un momento en el que deberíamos empezar a pensar en crear unidades de posconflicto en los medios de comunicación, porque se necesita especialización temática para hacerle seguimiento a los acuerdos. Hablemos de tres puntos específicos de la agenda:

1. **Desarrollo rural.** Es necesario pensar en especializar a un periodista en desarrollo rural, uno que esté al pie de los acuerdos de tierras y de todo lo que sea prometido en términos del cambio del campo, del igualar las condiciones de la vida de la gente del campo con las condiciones de la gente de las zonas urbanas.
2. **Seguridad.** No solo por la seguridad que hay que prestarle a todos los combatientes que van a dejar las armas, sino porque va a cambiar la seguridad en sí misma, así que vamos a necesitar a un periodista preparado en estos temas. Hoy tenemos un conflicto armado interno, firmado el acuerdo de paz, vamos a pensar en la seguridad en términos de protegernos del crimen organizado. ¿Quién llega a ocupar los espacios que dejan las FARC? Seguramente, ya hay gente pensando en cómo hacerlo.
3. **Reforma política.** En este proceso de paz, obviamente, tenemos acuerdos políticos a los que hay que hacerles mucho seguimiento, porque es prácticamente la razón del proceso; la apertura democrática desde el discurso de las FARC –cierto es de alguna manera que las guerrillas nacen por la exclusión política que se vive en Colombia a partir del Frente Nacional–.

Entonces, el gran reto será especializarse y crear unidades de posconflicto que le hagan seguimiento a los acuerdos. Firmado el acuerdo de paz, los medios tendremos que ponernos a pensar en ello, aunque es una tarea que deberíamos estar pensando desde ya.

Al firmarse la paz es necesario comprender la guerra

Juan Luis Font

Cuando Alma Guillermoprieto decía que algunos vemos con envidia a esta organización de periodistas colombianos, pensaba que estoy al principio de la lista. Honestamente, me siento muy animado y envidioso de ver un grupo fuerte de colegas en Colombia que aporta constantemente para mantener la organización CdR, que está abocada, en lo concreto, a buscar mejoras profesionales para los periodistas. Me

encantaría que esa realidad pudiera aplicarse en mi país; un país que en muchos sentidos se parece a Colombia y del cual vengo a platicarles el día de hoy.

La idea básica con la que quiero partir es que creo que al firmarse un acuerdo de paz es indispensable que los periodistas hagamos un esfuerzo por entender en qué consistió aquella guerra.

La élite colombiana versus la élite guatemalteca

Aunque el periodismo escrito es lo que realmente me apasiona, debo decir que también he hecho entrevistas en radio y en televisión. Gracias a ello he conocido a grandes figuras colombianas que han pasado por mi país, entre ellos: los expresidentes Álvaro Uribe y Ernesto Samper, la escritora Laura Restrepo y los exalcaldes Enrique Peñalosa y Antanas Mockus. De estos encuentros siempre me quedó una idea: lo sofisticada que me parecía la élite colombiana respecto a la de Centroamérica. Hablo de que sus miembros tienen altísimos estudios y un discurso muy sólido, hablo de que se puede discutir con ellos a fondo, de que es un placer entrevistar a muchas de estas personas. A este respecto, un día uno de mis maestros de periodismo –colombiano, por cierto– me dijo:

—Juan Luis, te he oído repetir esa historia sobre la élite de mi país varias veces. ¿Te has dado cuenta de que esa sofisticación de la élite no ha sido obstáculo para que el conflicto en mi país haya escalado hacia un salvajismo y unas vejaciones en materia de derechos humanos que son terribles? Incluso comparables con las que hemos visto en Centroamérica, en Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

El salvajismo invariable

Las guerras son salvajes en términos generales, sacan lo peor de los seres humanos. En mi país, especialmente, la guerra sacó lo peor que ustedes puedan imaginarse; yo puedo narrar crímenes espantosos, desde arrancarle del vientre un hijo a la madre hasta ver aldeas enteras destruidas o a un ejército interesado en arriar, como si se tratara de bestias o de

aves de corral, a una inmensa población del altiplano guatemalteco rumbo a la frontera mexicana, para que se refugiaran allá y no le sirvieran de base al ejército guerrillero de los pobres, que se había asentado en ese sitio. Ante esta clase de sucesos es notable que cuando se firma la paz, o cuando se concluye un enfrentamiento, una de las primeras pulsiones de los periodistas tenga que ver con darle cobertura profunda, extensa y elocuente a aquellas atrocidades, y al esfuerzo por alcanzar justicia respecto de estas.

En Colombia se está hablando de una amnistía o de un acuerdo que impida la judicialización de muchos hechos violentos como una manera de facilitar la firma de la paz. Algo semejante ocurrió en Guatemala, pero tengo claridad de que cuando se negocia una amnistía, inevitablemente, se aprieta mucho más; se incentiva mucho más el deseo de desarrollar justicia transicional. Miles de personas, de familiares de víctimas y de organizaciones bien montadas, empiezan a exigir esa justicia y se establecen para buscarla. Allí los periodistas nos hacemos eco de esa demanda y empezamos a investigar, a reflejar y a darle cobertura a todo lo que tiene que ver con esas grandes atrocidades que se produjeron a lo largo del conflicto. Atrocidades que se dieron sin importar el signo ideológico o la zona geográfica; en este momento hay enfrentamientos en Siria, ayer se dieron en España durante su guerra civil, se han dado en Colombia y se dieron en Guatemala. En relación con esto, quiero hablarles de un episodio de cobertura que a mí me marcó, especialmente, en la posguerra de mi país.

Leí en un libro de Javier Marías⁸ un pasaje de su padre, el filósofo Julián Marías, que narra cómo durante la guerra civil española él iba en el tranvía y escuchó a dos mujeres republicanas hablando, una señalaba la esquina y decía: “¿Ves ese piso que está allá? Ayer le dimos paseo a una familia burguesa que vivía ahí”. La mujer contaba que entraron a la casa, que iban por los padres, pero que encontraron a un niño en una cuna, que lo tomaron de los pies, le dieron la vuelta y somataron su cabeza contra un muro.

Pues bien, en 1993, una reportera –con la que después me casé– y yo estábamos reportando en la primera fosa grande que se abrió en Guatemala,

8 *Tu rostro mañana.*

exactamente, en Río Negro, a la orilla de una gran represa en Baja Verapaz. Allí nos encontramos un cuadro de horror: salió un zapatito de plástico del que rápidamente se deshicieron unos huesecitos muy pequeños. Al preguntar por esos niños que estaban dentro de la fosa las mujeres –que no hablaban castellano, pero teníamos traductor– empezaron a explicarnos que los patrulleros civiles agarraban a los niños, los somataban contra una piedra grande que estaba en el lugar y luego los lanzaban.

Cuando leí el fragmento de Javier Marías pensé que los humanos podemos ser inmensamente salvajes en condiciones apremiantes, sin importar que estemos de un lado del Atlántico o del otro y sin importar, necesariamente, el signo ideológico o las ideas que estemos defendiendo. A mí me pareció eso especialmente ilustrativo y, como les digo, si algo nos mueve a los periodistas a la hora de la resolución de un conflicto es tratar de cubrir y de encontrar la vertiente de la justicia para todos esos espantos y atrocidades que se dan.

La verdad oficial

Ocurre, por supuesto, que cada uno de los bandos quiere que su verdad sea concebida como la verdad oficial. En una de las audiencias por genocidio de Efraín Ríos Montt⁹ este presentó en su testimonio –que es la verdad oficial en Guatemala– a un Estado que se estaba defendiendo de una amenaza prosoviética espantosa, pero en la que la mayor parte de víctimas son gentes muy sencillas y con muy pocas armas en la mano. A los periodistas nos corresponde en esos casos ser muy balanceados y evitar que esa verdad oficial, de una o de la otra parte, nos impida encontrar la historia real.

Ahora, junto a esa pulsión enorme por cubrir las violaciones de derechos humanos y la demanda de justicia, tenemos que hacer un gran esfuerzo por tratar de comprender la guerra en el momento en que se firme la paz. Es decir, entender cuáles fueron las causas que provocaron esa guerra, cuánto se vieron transformadas a lo largo del conflicto, cuán legítimas eran en aquel momento, si siguen teniendo validez en la

9 Jefe de Estado de Guatemala entre 1982 y 1983.

actualidad y qué acción ha habido por parte del Estado sobre esas causas. Eso es lo fundamental: nosotros necesitamos entender por qué tantas personas terminaron yendo a la guerra, necesitamos entender la guerra para poder explicarla.

Hay una obra muy bien lograda de Francisco Goldman¹⁰ que corresponde a la cobertura periodística del asesinato de Juan Gerardi, un obispo guatemalteco que coordinó la factura del recuento de las violaciones más importantes a los derechos humanos que se produjeron a lo largo del conflicto en Guatemala. A la fecha no se ha producido algo semejante de lo que les estoy diciendo, de la necesidad de entender cuáles son las causas del conflicto. No se ha producido esa gran obra periodística, literaria, que busque encontrar exactamente cuáles son esas causas de la guerra y cómo deben entenderse y explicarse a la sociedad guatemalteca.

Uno entiende, por supuesto, que en una guerra lo que se está dando es la amenaza a una estructura económica y social, y a su vez la defensa de dichas estructuras. ¿Cuál era exactamente la estructura que estaba combatiendo la insurgencia? ¿Tenía sentido lo que estaba haciendo la insurgencia en el país?

En Guatemala, sin hablar demasiado rápido, la concentración de la tierra no ha variado un ápice. La mejor tierra cultivable se dedica básicamente a caña de azúcar –Guatemala es un gran exportador de caña de azúcar y ahora se dedica enormemente a la palma africana y al cardamomo– y tenemos una inmensa población de campesinos sin otra capacidad que la ejecución de las labores más sencillas del campo, pues el Estado es minúsculo y no invierte lo suficiente en educación. El inconveniente de esto es que los cultivos más productivos del país demandan cada vez menos mano de obra. De ahí que mucha más gente mire hacia Estados Unidos en busca de un mejor futuro, asumiendo espantosas consecuencias por esa migración.

A los periodistas nos corresponde, reitero, establecer exactamente cuáles son las causas de la guerra, entender esa guerra una vez se firme la paz, y, además, tenemos que saber administrar esas dos pulsiones

10 *El arte del asesinato político. ¿Quién mató al obispo?*

que nos van a mover constantemente: el tema de los derechos humanos, de las grandes vejaciones, y la búsqueda de justicia, pero también el tema de la guerra, de establecer qué fue lo que nos llevó a ese espantoso enfrentamiento.

Quiero finalizar mi intervención con dos obras que me parecen especialmente valiosas. Una es de un exguerrillero guatemalteco que terminó suscribiendo los acuerdos de paz como negociador de parte del Gobierno, se llama *Las huellas de Guatemala* de Gustavo Porras, y aborda en algún momento cómo la población indígena del altiplano –esta que después fue masacrada u orillada a salir hacia México– se suma a esa guerra. La otra es del antropólogo y sociólogo Arturo Taracena, que estudia la historia de las ideas guatemaltecas, de esa sociedad absolutamente conservadora, excluyente en términos generales, con una estructura social que al final lo que terminó haciendo fue dejar espacio para un pequeño grupo, sin preocuparse como Estado en defender el bien común sobre el bien particular de unas élites que se fueron ensanchando conforme iban presentándose nuevas camadas políticas o nuevas camadas que llegaban al poder, pero que no se ensancharon lo suficiente para alcanzar, ni por asomo, a la gran mayoría de la población.

El papel de los medios en el cubrimiento de la guerra

Yehia Ghanem

Se supone que gran parte de los oradores de este Encuentro debemos hablar, sobre todo, del papel positivo de los medios, mejorando los procesos de paz. Como sudafricano y egipcio, proveniente del Medio Oriente, que en mi punto de vista ha tenido una maldición desde el nacimiento de la historia, ya que siempre ha habido conflictos, se me ha pedido en la mayoría de los casos mostrar el papel negativo de los medios en los procesos y diálogos de paz. Sin embargo, voy a hablar del tipo de medios que cubrieron la guerra. Voy a empezar por el caso de Sudáfrica para luego pasar a Afganistán, en donde cubrí por muchos años la guerra, y, finalmente, hablaré del conflicto palestino-israelí.

El impacto de la prensa

Desde finales de los años ochenta, las presiones se intensificaron en dos países africanos. En Sudáfrica la presión tenía como fin terminar cuatrocientos años de apartheid y décadas de lucha armada. Mientras que en Ruanda –país en donde viví y cubrí el conflicto– la presión se dirigía en una dirección opuesta. Los resultados en ambos lados sucedieron casi al mismo tiempo; en 1994 los sudafricanos estaban celebrando el final de un legado notorio de esclavitud y discriminación, en tanto que los hutus de Ruanda –que son la mayoría– estaban celebrando una masacre contra 900 000 de sus propios compatriotas tutsis. Obviamente, hubo muchas razones detrás de la masacre en Ruanda y diferentes razones que explicaban la transformación democrática en Sudáfrica; sin embargo, había una razón común: la prensa, que desempeñó un papel asesino en Ruanda y un papel constructivo en Sudáfrica.

Quiero recordarles a todos una frase: “Matar un tutsi es reservar un asiento de primera fila en el cielo”. Esta fue la frase gancho utilizada por los medios impresos en Ruanda, a comienzos de los años noventa, y muy pronto se expandió a todas las estaciones de radio que satanizaban a la minoría tutsi y pedían su exterminación de Ruanda. Estoy seguro de que muchos de ustedes han visto la famosa película americana *Hotel Rwanda*, pero nadie ha oído Radio Ruanda; *Hotel Rwanda* fue nada en comparación con Radio Ruanda.

Al mismo tiempo que la prensa de Ruanda estaba siendo influenciada por los empresarios ricos –porque ellos eran los que estaban financiando estas campañas radiales–, en Sudáfrica los *anglo-blancos* en la prensa estaban librando una guerra por la paz y la reconciliación para el fin del apartheid. Yo creo que la prensa y los sudafricanos del común tenían que escoger: optar por una transformación democrática o seguir empujando para preservar la existencia de este asesino régimen, y optaron por lo correcto, es decir, apoyar la transformación democrática.

En el ejemplo sudafricano la prensa fue una vanguardia y un vehículo, fue lo que allanó las vías hacia la paz, aunque no podemos olvidar la fuerza

tras todo esto, que fue el incubador en Sudáfrica, sobre todo, entre los blancos que se encontraban allí.

Ahora, ¿tenemos un ejemplo como el de Sudáfrica en el caso de Afganistán? No, claro que no. El 1 de julio de 1996 el secretario general de las Naciones Unidas Butros Butros-Ghali nombró al diplomático alemán Norbert Holl como enviado especial a Afganistán. En ese momento los talibanes estaban haciendo un barrido de Afganistán en tiempo récord; desde su baluarte de Kandahar, en el sur de Jalalabad, empujaron su presencia hacia el norte hasta que capturaron Kabul el 21 de septiembre de 1996. Sin embargo, este no fue el final de la guerra, ya que luego tuvieron que enfrentar a la Alianza del Norte afgana, guiada por el legendario Ahmad Sah Masud, quien controlaba el norte del país.

Se dio un gran cubrimiento de los diálogos de paz iniciados por las Naciones Unidas, con el enviado alemán sirviendo como mediador. Ignorantes de la cultura sofisticada de Afganistán, los medios establecieron códigos de referencia para los diálogos que venían, uno de ellos era que los afganos debían olvidarse de su retrasada cultura política y de la jirga –que es el parlamento de cultura tribal en Afganistán–, para adoptar un parlamento de estilo occidental.

Norbert Holl, influenciado por la ignorancia de los medios occidentales, habló de este punto en la segunda ronda de conversaciones. Yo estaba allí y recuerdo las caras de los representantes de ambas partes de la negociación –los talibanes y la Alianza del Norte–, en donde se podía ver una mezcla de rabia, falta de respeto y frustración. Holl vio a los miembros de los grupos negociadores salir del recinto sin pronunciar una sola palabra. Luego, él salió a reunirse con algunos periodistas occidentales que estaban esperándolo, sin darse cuenta de que acababa de halar un nervio muy sensible. La ironía fue que al haber cometido un error tan grave, lograron unificar a las partes en guerra durante unas horas, para hacerlas luchar de manera más violenta al día siguiente.

Este es un ejemplo muy claro de cómo los medios pueden impactar de manera destructiva en unos diálogos de paz y, desafortunadamente, no es el único caso, ya que tuve que ver muchos desempeños nocivos,

especialmente por parte de la cobertura occidental en Afganistán, que contribuyeron de manera inmensa a mantener la situación en este país hasta la actualidad. ¡Es tan desafortunado! Por ello es importante tener formación en periodismo intercultural, tema que debería ser fundamental tanto en las facultades universitarias como en los diferentes cursos que toman los profesionales.

Ahora quiero hablarles del conflicto entre Palestina e Israel. Voy a comenzar contándoles una historia. En 1995 yo estaba cubriendo la ronda de diálogos de paz en Taba¹¹, las charlas incluían delegados y periodistas israelitas, egipcios y algunos palestinos –la delegación egipcia trabajaba como intermediaria y facilitadora–. La mayoría de los empleados del *resort* eran israelitas, incluyendo a un pianista muy talentoso que tocó para nosotros durante la cena de la primera noche. Uno de los delegados egipcios le pidió al pianista que tocara cierta pieza clásica y este se disculpó diciendo que no sabía tocarla. El diplomático egipcio –de manera sorpresiva– le preguntó al pianista si no le importaría que él tocara la pieza para el público. Como imaginarán, este miembro de la delegación egipcia terminó sorprendiéndonos con un concierto lindísimo de música clásica.

Lo que yo esperaba de los periodistas que decidieran hablar de esta historia era que lo hicieran de manera positiva, porque después de todo los egipcios eran los facilitadores de esta reunión y habían respondido como intermediarios de todas las maneras: política, diplomática y artística. Así fue como yo abordé la historia; sin embargo, la mayoría de los periodistas árabes escribieron sobre ella como si se tratara de algún tipo de victoria para los egipcios, mientras que muchos periodistas israelitas la vieron como todo un insulto. Fue una experiencia frustrante que me dejó con una sensación de falta de esperanza en la prensa a ambos lados.

En cuanto a los diálogos de paz entre Palestina e Israel, que cubrí durante muchos años, fue un caso extremo y crónico de disparidad y frustración. En la mayoría de los procesos de paz es difícil separar lo que

11 Sitio turístico en la península del Sinaí y sobre el mar Rojo (definición del expositor).

es político de lo que son los medios y estoy acá para hablar de mis debilidades y de las debilidades de mis compañeros periodistas. Es una tendencia de los medios árabes e israelitas sacar lo peor del otro y al hacerlo crean una atmósfera de odio y de rabia, de parte y parte, que impacta de manera negativa los diálogos de paz. Con frecuencia veía cómo los negociadores –tanto árabes como israelitas– convertían sus diálogos en una especie de subasta en la que cada uno le ofrecía lo más alto a sus públicos después de haber sido atizados por la prensa; era como si se pasaran las guerras a las salas de negociación, en gran medida, por los medios.

Desafortunadamente, este conflicto continúa, así que no es posible hablar de una etapa de posconflicto. Esta puede ser la razón por la cual, creo yo, debe haber una etapa preliminar en los diálogos de paz, una preetapa, que de algún modo permita tener éxito en los diálogos reales. Para hacerlo deben fijarse ciertos parámetros y deben seguirse ciertos criterios, así como también deben entenderse lecciones muy duras, las cuales son:

1. Tanto los políticos como los periodistas deben entender con toda claridad que así como los diálogos de paz pueden ser para muchos de ellos un juego, en el cual cada uno quiere vanagloriarse de sus logros y victorias, a su vez significan la vida para millones de personas en desesperación.
2. La parte ética del periodismo integra la parte técnica de la profesión. De esta manera, no vale la pena que ustedes se sientan capaces de sacar una tajada de todo esto a costa de sabotear no solamente los diálogos de paz, sino también las vidas y el futuro de personas inocentes. Eso no es la gloria, es una vergüenza.
3. El periodismo debe prevalecer como un repertorio histórico; debería ser objetivo, equilibrado y verdadero. Debemos recordar que nuestro trabajo en el futuro puede ser utilizado por historiadores para escribir con la verdad que los periodistas les dejen escribir.
4. No soy una excepción; continúo recordándome a mí mismo estas reglas porque después de todo nadie es perfecto.

Sesión de preguntas

Fabio Posada

Juan Luis, a mí me gustaría conocer las repercusiones que tuvo para la élite de tu país el descubrimiento de la verdad, de lo que había sucedido.

Juan Luis Font

Hay repercusiones de distintos tipos, pero existe una que a mí me parece fundamental: al emitirse la condena de Efraín Ríos Montt por genocidio, el sector privado en pleno declaró que rechazaba el fallo y que lo consideraba una politización de la justicia. El fallo fue revocado por la Corte de Constitucionalidad dos semanas después y se ordenó la repetición del proceso. Actualmente, Efraín Ríos Montt se encuentra postrado en cama y pareciera quedarle poco tiempo de vida. Así que es improbable que vuelva a estar en un juicio como el que ya se llevó a cabo en su contra.

Otra manera de ver las repercusiones está en las declaraciones de ciertas personas que afirman no saber que se habían utilizado determinados métodos de tortura o que desconocían el nivel de atrocidad al que terminaron llegando para vencer a la guerrilla. Yo puedo ser muy ingenuo, pero me parece que eso merece cierta credibilidad. Ahora, hay una pregunta fundamental que tenemos que plantearle los periodistas a la sociedad: ¿la sociedad válida, acepta los métodos que se usaron para vencer lo que se consideraba una gran amenaza política para el país o para su orden jurídico? Me temo que la sociedad guatemalteca necesita discutir eso y reflexionar respecto a las desapariciones forzadas, torturas, muertes selectivas y violencia

indiscriminada en el campo, con una gran diferencia por el nivel de racismo que hay en mi país; las áreas más afectadas, en donde la violencia llegó a unos extremos impresionantes, son indígenas, y la violencia en estos territorios fue ejecutada, en buena medida, por un ejército que estaba integrado básicamente por indígenas. En Guatemala, a pesar de que en la época de guerra el servicio militar era obligatorio, solo los indígenas y los ladinos no lograban salvarse de prestarlo.

Fabio Posada

Yehia, el horror de la guerra paraliza y, generalmente, hace que los periodistas reportéen en círculos viciosos, repitiéndose. Cuando llegan los acuerdos de paz –cuando se firman–, ¿cómo pasar la página para reportear el posconflicto?

Yehia Ghanem

Es una pregunta muy difícil porque, como decía en mi intervención, en la zona de donde yo vengo nunca hemos tenido esa etapa de posconflicto. Solamente podría hablarles del caso de Sudáfrica, pero yo empecé a reportear allí mucho tiempo después del proceso de paz, de su éxito y del sistema democrático que surgió de ahí.

Cambiando un poco la pregunta, puedo decirles que yo trabajé durante diecinueve años como corresponsal de guerra, es decir, he pasado de Chechenia a Bosnia, de Bosnia a Croacia, de ahí a Afganistán, a la República del Congo, a Sierra Leona, a Ghana y, de nuevo, a Afganistán, así que muchas de las cosas que he visto desafortunadamente han sido guerras, no paz. He visto intentos por llegar a la paz, pero todos han fracasado.

Hablando de mí mismo, ¿cómo podría pasar la página para seguir adelante? Reportando, tratando de ser lo más equilibrado que pueda, de ser objetivo, sea lo que sea que suceda en frente de mí o que, incluso, me pase a mí. Ese es uno de los aspectos básicos del buen periodismo. Yo fui encarcelado innumerables veces en los países en los que fui corresponsal, fui torturado muchas veces, pero cada vez que salía de una tortura me prometía distanciarme de esa experiencia personal para continuar con mi reportaje de la manera más objetiva. Creo que los periodistas en general deberían hacer eso; desprenderse de las experiencias personales para ser tan honestos y fieles a la verdad como sea posible.

Fabio Posada

Juan Luis y Yehia, ¿es posible romper las prácticas periodísticas que incentivan los odios luego de un conflicto prolongado en un país?

Juan Luis Font

Pienso que sí, quiero creer que sí, pero creo que la prensa, como parte de la sociedad, proyecta en buena medida las rémoras y los principios que nutren a esa sociedad. Por ejemplo, en mi país hay muy poca consciencia respecto de cuán racista es nuestra cultura nacional y de cuánto reflejamos ese racismo. Me parece que la prensa de Guatemala tendría que hacer una reflexión muy honesta y muy rigurosa para cambiar buena parte de sus hábitos, entre ellos, dejar de proyectar con una visión tan centralista. En una sociedad tan conservadora como la guatemalteca sigue reflejándose, por supuesto, lo que a la élite de la zona central del país –que es la

zona menos indígena– le interesa o está dispuesta a que se proyecte.

Yehia Ghanem

De hecho, creo que sí y creo que es de imperiosa importancia para los periodistas superar ese estilo de periodismo negativo y propagar más la paz y la reconciliación. Desafortunadamente, esto no ha sucedido en el área geográfica de donde yo vengo, pero siempre he creído que para poder ser realista hay que creer en milagros y he creído siempre, ya que soy un realista, que este milagro puede darse en el Medio Oriente.

En mi país los gobiernos, los regímenes y, sobre todo, las dictaduras han tenido diferentes tipos de prejuicios contra los periodistas. Ha sido una mezcla de intimidación, terrorización y, en algunos casos, compensación, es decir, soborno. Para poder cambiar todo esto, debemos tener una filosofía del oficio como la de los zulu en Sudáfrica: “Si has logrado cruzar el río, no pienses mucho en los cocodrilos”. Tenemos que cruzar el río sin pensar en los cocodrilos, esa es la única manera en la que creo podemos cambiar nuestra realidad.

Fabio Posada

Juan Luis, teniendo en cuenta tu experiencia en Guatemala, ¿cómo es posible lograr un balance entre las verdades oficiales en un contexto de polarización como el que vive Colombia?

Juan Luis Font

Yo creo que lo esencial es ir a la historia específica. Estar bien consciente de esa tensión y presión que existe de ambos bandos para que la suya sea

admitida como la verdad oficial. Aquí lo indispensable es ir a los sujetos, a las víctimas auténticas, y lograr desentrañar de ellas la historia. Lo que mencionaba Alma Guillermoprieto, que me parece muy valioso, hay que poner a los protagonistas en su contexto y tratar de explicarlo de la mejor manera.

Voy a poner un caso pequeño respecto de ese juicio de genocidio del que les he hablado. Por supuesto que es espantoso que el ejército haya llegado a arrasar la zona Ixil de Guatemala, dejando con ello a una gran cantidad de población desarraigada y asesinada. Sin embargo, en *ContraPoder* también nos parece fundamental entender qué mediaba en la idea del grupo guerrillero que convirtió a esa población civil en fuerzas irregulares rebeldes –sin poder armarlas razonablemente bien para su propia defensa– y las hizo trabajar, por ejemplo, en la construcción de unos sistemas de defensa que ponían en riesgo a cualquier tropa del ejército que entraba; y el ejército –de una manera salvaje– los identificó como su contraparte y no les tuvo la menor clemencia. Adicionalmente, buscamos comprender qué era lo que ocurría con esas personas que se sumaban alegremente sin saber el desenlace fatal que iba a tener esa guerra.

Fabio Posada

Yehia, ¿puedes explicar un poco más el rol que jugaron la radio y los medios en Ruanda durante el genocidio?

Yehia Ghanem

Todo empezó con los medios impresos y luego se generalizó a los otros medios. En Ruanda –un país tan pobre– la radio era el medio de

comunicación más importante. No había tanta transmisión por televisión en ese entonces o esta era muy débil y solamente cubría a Kigali, la capital. El medio más efectivo era la radio y esa fue la razón por la que los empresarios, los poderosos de las tribus hutus, la eligieron para su campaña de odio en contra de la minoría tutsi. Utilizaron todos los medios de propaganda negra, la más negra que puedan imaginar: contrataron ruidosos *disc jockeys*, en realidad asesinos, que hablaban de comunismo y hacían toda clase de cosas preacordadas para convencer a los hutus de que mataran a sus compatriotas tutsis. Así fue como Radio Ruanda construyó un legado notorio en el uso del espacio radial como un arma letal. En lugar de algo positivo, de algo para salvar vidas, la radio se volvió un arma que mataba, que tomaba vidas. Yo vi todo esto de primera mano, estuve allí la mayor parte del tiempo, y pude ver cómo se desarrollaba la catástrofe. Necesitaron dos años y medio para llegar al genocidio, estamos hablando de casi un millón de vidas que se desperdiciaron por causa de Radio Ruanda.

¿Cómo investigar con documentación desclasificada?

Carlos Basso

Modera: Pedro Vaca

Hace quince años, aproximadamente, trabajo con documentos y debo decirles que estos son pedazos históricos extremadamente importantes. Sobre todo para mí, que vengo de un país que lleva veinticinco años de posconflicto y, aunque lo que vivimos en Chile bajo Augusto Pinochet es muy distinto de lo que se está viviendo en Colombia, o de lo que se vivió en Guatemala, tenemos bastante experiencia en cómo funciona una sociedad después de haber vivido en una situación extrema como la que padecemos durante diecisiete años y cuyos vacíos aún no terminan de sanar.

Noción clásica del periodismo de investigación

Cuando estamos investigando, y cuando se nos enseña investigación periodística, comenzamos con una noción básica que dice que aquello que andamos buscando ha sido ocultado. Habitualmente, quien ha escondido eso es alguien que tiene muchísimo poder y que nos pone obstáculos en esa búsqueda. Hoy en día eso ha cambiado; sigue existiendo, sin duda, pero si ustedes se fijan, por ejemplo, en los manuales de investigación de la Unesco ya se admite y se entiende que muchos de esos antecedentes que andamos buscando están ocultos bajo un montón de datos que suelen estar escondidos en los servidores y en partes que ni siquiera hemos atisbado que existen.

Eso es lo que conocemos como infoxicación, es decir, la existencia de una cantidad de información intoxicante que se encuentra en medio de los documentos de distintos países que se han ido entregando de a pocos

al conocimiento público, especialmente, por parte de Estados Unidos. Son cantidades de documentos inmanejables desde cualquier punto de vista, porque no son datos matemáticos, no tienen una metadata precisa, como sí sucede con una tabla de Excel. Estos son documentos escaneados, habitualmente, con un sistema bastante imperfecto, en los que si yo pongo como búsqueda “Pinochet” me entrega como resultado la palabra “cheque”.

¿Qué nos queda ante eso? Buscar en función de las técnicas que el periodismo nos ha entregado cuando de documentos se trata, que son básicamente dos:

1. Conocer la autenticidad del origen de los documentos.
2. Verificar los contenidos –que es lo que hacemos con las fuentes–.

La falsificación

Cuando estamos viendo un documento, una cosa básica es la autenticidad de origen, es decir, que no nos estén entregando un documento que sea falso. Para identificarlo hay mecanismos que son bastante sencillos, sobre todo, si llevas mucho tiempo trabajando en este campo. Entre esos mecanismos tenemos la morfología del documento y el contenido del mismo, y para explicarme les voy a hablar de varios casos de falsificación.

El primero de ellos es sobre una falsificación de documentos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) en el caso de magnicidio de un expresidente de mi país. Esos documentos eran falsos desde todo punto de vista, no solo por su morfología, sino también porque tenían el logotipo de la CIA y en casos muy excepcionales la CIA pone su logotipo en los documentos; son agentes de inteligencia, ¿no hacen eso! Adicionalmente, hay una forma de escritura que tienen estos documentos, ¿recuerdan que hace un par de años se hizo pública la existencia de una especie de manual de estilo que tiene la CIA? Pues bien, son 180 páginas que explican la manera en la que los oficiales de esta agencia escriben sus documentos y, por supuesto, la documentación de la que les hablo no coincidía para nada con ella.

El siguiente caso es paradigmático, pues habla de una falsificación que fue famosa. En 1972, en una página del diario *Vanguardia* de España apareció el mito de que Martin Bormann –hombre importantísimo en el nazismo– estaba vivo. Lo ubicaban en distintas partes de América Latina, aparecían historias suyas en Bogotá, en Buenos Aires, en Santiago, entre otras ciudades, las cuales eran difundidas por un periodista húngaro llamado Ladislav Farago –un hombre importante también–. Él se basó en documentación de la CIDE argentina¹² que le fue entregada por uno de sus agentes y en la que, supuestamente, se evidenciaba cómo este organismo de inteligencia venía siguiendo a Bormann desde hacía muchos años.

Fue un notición. Farago se hizo famoso y publicó libros e investigaciones. Pero muchos años después Jorge Camarasa, un colega argentino recientemente fallecido, ubicó al agente de la CIDE que le vendió los documentos a Farago –porque se los había vendido y ahí ya tenemos un tema ético importante–. Este agente, llamado Juan José Velásquez, le contó a Jorge lo siguiente¹³: “Fue muy fácil (vender esos documentos) porque teníamos papel con membrete. Solo fue cuestión de inventar informes y ponerles sellos y códigos para que parecieran auténticos, y él compró todo el material”. Es decir, este sujeto, sentado en su oficina de la CIDE, llenó con sellos oficiales lo que el periodista andaba buscando y se lo vendió a un precio importante.

¿Cómo llegó Camarasa a eso? A través de la misma técnica que todos ustedes conocen y que se enseña aquí y en todas partes; buscando a todos los Juan José Velásquez en la guía telefónica, buscando en el negocio de la esquina, contactando gente, contactando fuentes que habían estado en la CIDE, contactando abogados de derechos humanos, hasta que finalmente encontró a Velásquez. Evidentemente, ahí viene un segundo tema, ¿cómo consigues que Velásquez, un sujeto movido por una cuestión económica, te cuente? Bueno, ahí está el oficio y la potencia que debes tener como investigador.

Me he encontrado con otros casos extremadamente interesantes. En 1976, aproximadamente, apareció un documento del Departamento de

12 Antigua Secretaría de Inteligencia Argentina (definición del expositor).

13 Esta historia aparece en el libro *Odessa al Sur* de Jorge Camarasa.

Estado de Estados Unidos que decía que un ciudadano estadounidense –David Robertson– había sido secuestrado en Chile y permanecía dentro de la secta neonazi Colonia Dignidad. Solo había dos documentos en donde se describía esta situación y en donde decía que un informante anónimo se acercó a una dependencia estadounidense en Santiago e informó el suceso. A mí el tema me interesó muchísimo, pero había inconsistencias entre los documentos y algunas cosas que se decían. Por ello averigüé quiénes eran los cónsules que habían tenido conocimiento de este caso, pero no estaban vivos, así que lo que me quedaba era buscar al personaje secuestrado que tenía un nombre bastante común en Estados Unidos, pero cuya ubicación –Ohio– me dio pistas para encontrarlo. Este hombre me confirmó que efectivamente había estado en mi país en aquellas fechas, pero también me dijo que jamás había estado secuestrado, que había viajado a Concepción y después había viajado hacia Oceanía en un buque de investigación.

Esta información me permitió complementar una investigación que tenemos hace bastante tiempo con la gente con la que trabajo y que tiene que ver con el caso Budnik, el caso Weisfeiler y el caso Hormann –un caso muy famoso que dio lugar a *Missing*¹⁴–. En todos ellos hay un informante anónimo que llegaba a la embajada o al consulado de Estados Unidos en Santiago en épocas distintas, desde 1976 hasta los años ochenta, y contaba la historia de alguien que había sido secuestrado en Colonia Dignidad, y a cambio de estas historias ficticias y falsas pedía una serie de cosas. A esto se suma la historia del único estadounidense que sigue desaparecido en mi país, que es de origen judío y que desapareció a manos de esta secta. En este caso ese informante contó historias que en términos del proceso judicial eran extremadamente importantes, pero también contó historias falsas: contó, por ejemplo, que en 1985 este judío estadounidense había sido detenido en medio de un operativo de seguridad donde estaban esperando al famoso nazi Josef Mengele cuando este falleció años antes de 1985.

¿Hacia dónde apunto con todo esto? A que la documentación desclasificada es solo una base y, como decía Alma Gillermoprieto, se necesita

14 La historia de un estadounidense desaparecido en Santiago.

contexto, se necesita contraste, se necesita sistematización y se necesita una depuración importante.

Documentos desclasificados estadounidenses

No sé si ustedes conocen la documentación que con el paso del tiempo nos ha ido dejando Estados Unidos. En términos de su documentación desclasificada existe una ley de 1967, la Freedom of Information Act, que se complementa con la orden ejecutiva E.O. 12356, que establece que existen estos famosos documentos que hemos visto en el cine: *top secret*, *secret* y *confidential*, los cuales varían en función del daño que su divulgación le causaría al país.

Pues bien, hay un documento emitido por la CIA en 1967, en Caracas, que es extremadamente importante para la historia de mi país porque dice que todos los intentos guerrilleros que había en ese tiempo en Venezuela, en Colombia, en Ecuador y en otros países no estaban funcionando, y sacaban esa conclusión a partir de lo que había pasado con Ernesto Guevara en Teoponte. ¿Por qué les digo que es importante eso en función de mi país? Porque, básicamente, la conclusión a la que llegaron fue que la izquierda no iba a manejar un país de América Latina en función de movimientos armados, sino que iba a llegar a través de la vía democrática, por ello pusieron sus ojos en Allende –aunque tenían sus ojos puestos en él hacía mucho tiempo–. Ese es un punto de inflexión y lo supimos gracias a que los mismos estadounidenses desclasificaron esos documentos.

Estos documentos desclasificados nos muestran procesos más que cosas específicas; más que hechos puntuales, nos permiten entender procesos muy importantes. En el caso de Chile es un lugar común decir que el golpe de Estado en el que feneció Allende fue causado por la CIA, y aunque nos suene muy popular, no fue así. La CIA no dio ese golpe de Estado, sí intentó un golpe de Estado en 1970 y lo que muestran los documentos es el papel de determinados partidos políticos chilenos, por ejemplo, el de la democracia cristiana que fue mucho más abusado de lo que suponíamos. Por supuesto, es mucho más sencillo echarle la culpa a la CIA o a los soviéticos o a los cubanos en lugar de asumir las culpas que tenemos.

Existe otro documento importante sobre la revista *Time*. Gracias a los documentos estadounidenses hemos entendido cómo la prensa funcionaba absolutamente cooptada a través de la CIA y ese documento de *Time* muestra cómo la CIA preparó una investigación sobre la asunción de Allende, y cuenta cómo un agente de la CIA fue quien instruyó al periodista de *Time* para que escribiese lo que a la CIA le interesaba.

Finalmente, quiero hablar de un caso que es mío. Henry Hecksher fue el jefe de la oficina de la CIA en la ciudad de Santiago. Era un hombre de extrema derecha –como todos los que iniciaron la CIA–, fue oficial de la famosa OSS, estuvo en Alemania y en el sudeste asiático, y fue amigo de todos los fundadores de la CIA. Por lo tanto, cuando Chile era un país importante para esta agencia lo mandaron como jefe de esa estación, justo después de que apareció el documento de Caracas. Hecksher era el encargado de evitar que Allende asumiera y se le dieron instrucciones específicas para ello en 1970. Había dos vías para la ejecución de su misión: la Retract One, que era una vía política que buscaba que políticamente no se aprobase la elección de Allende, y la Retract Two, que era un golpe de Estado. Al fracasar el Retract One le dijeron a Hecksher: “Usted tiene que crear condiciones para un golpe de Estado”. Este sujeto se opuso. Hay un documento en el que se puede ver que la estación no estaba de acuerdo con lo que pensaba Washington y en el que además se expresa que no existían condiciones en Chile para dar un golpe de Estado, que Allende no era el monstruo que todos los estadounidenses –o Nixon y sus cercanos– pensaban y que la iniciativa de un golpe de Estado iba a terminar en un baño de sangre, como efectivamente pasó, pues terminó con el asesinato del comandante en jefe del ejército. En definitiva, si uno lo quiere ver desde un punto de vista desapasionado, Hecksher fue profesional en su evaluación de la situación. ¿Qué le significó eso? Significó que después de que Allende asumió en noviembre de 1970 fue llamado a Estados Unidos y, como en las películas, le quitaron su placa, la pistola, fue despedido y acusado de socialista.

El año pasado entrevisté a un exagente de la CIA que estuvo en esos años en Chile, Jack Devine, quien se encuentra radicado en Nueva York, y

cuando le pregunté por el caso de Hecksher, solamente me hablaba del jefe de estación; después de más de cuarenta años, ni él ni los exagentes de la CIA que lo conocieron pueden mencionar su nombre.

En 1973, poco antes del golpe de Estado, todavía se decía en los pasillos de la CIA que la culpa de que en Chile gobernara Allende era de Hecksher. Este hombre terminó paranoico, casi en la pobreza y falleció a consecuencia de un párkinson violentísimo.

En Chile, hace más de quince años, empezó una presión ciudadana, de medios de comunicación y de organismos de derechos humanos que buscaba que Estados Unidos desclasificara sus documentos. Esto se consiguió. Y ustedes necesitan empezar un proceso similar, pues los volúmenes de documentación que tienen que haber en Estados Unidos sobre Colombia deben ser gigantescos, sin comparación con los documentos que conocemos en Chile, que son hasta este momento 5000 documentos. Por ende, es súper importante que ustedes, sobre todo las organizaciones o medios de comunicación, presionen para saber, por ejemplo, qué dicen los documentos de la CIA sobre el narcotráfico o sobre las FARC. Aún mejor, sería interesante saber qué dicen los documentos de la Agencia de Inteligencia de la Defensa de Estados Unidos (DIA, por sus siglas en inglés), cuya presencia en Colombia es muy fuerte.

Sesión de preguntas

Pedro Vaca

Carlos, ¿qué puede hacer el periodista cuando se esconden documentos?

Carlos Basso

Buscarlos. Tengamos en cuenta una cosa. Efectivamente, Estados Unidos tiene un sistema de acceso a la información que es envidiable; cualquiera de ustedes puede hacer una petición a los Archivos Nacionales de Estados Unidos, depende de ellos si contestan o no y depende de

cuántas marcas tienen los documentos, pero en general contestan. A mí me encantaría que los cubanos hagan eso en algún momento, si es que el proceso que están iniciando culmina en una situación democrática. En el caso de mi país, así como tuvimos a los estadounidenses presionando, tuvimos mucha más presencia cubana, que tuvo que ver con el predominio soviético. Nosotros éramos iguales a ustedes, peones dentro de un esquema, dentro de un contexto gigantesco donde había dos potencias que estaban disputándose el espacio.

Desde ese punto de vista, ¿qué necesitamos? Necesitamos buscar esos documentos, porque esos documentos existen. No existe aquello que afirman las agencias de inteligencia cuando se ha acabado el conflicto, que no hay documentos, que los destruyeron. Eso es falso. Las agencias de inteligencia no queman sus documentos; los esconden o los mandan a países distintos. Es un trabajo investigativo gigantesco, por ejemplo, en el caso de Chile seguimos buscando los documentos de la DINA, la policía secreta de Pinochet. La versión oficial es que esos documentos no existen, que fueron quemados, pero todos sabemos que no es así y, de hecho, ya tenemos pistas de dónde están.

Pedro Vaca

¿Cómo controlas la intoxicación de documentos desclasificados, teniendo en cuenta que son formatos rústicos o textos escaneados? ¿Cómo organizar esa información y cómo encontrar aquella que vale la pena?

Carlos Basso

Trabajo humano, aquí los computadores servirían poco. Lo que yo he hecho es agrupar temáticamente los documentos y en función de esas agrupaciones temáticas voy buscando más información, y voy buscando gente que pueda decirme si algunos contenidos son efectivos o no.

Creo que es importante ir afinando el ojo para la revisión de documentos. Por ejemplo, cuando se trabaja con documentación judicial hay muchas hojas y oficios que no dicen nada. Esto mismo sucede con la documentación desclasificada. Así que cuando encuentras estos documentos ya sabes, más o menos, en dónde puede haber algo importante y en dónde no, aunque siempre existe una posibilidad de que se te pasen documentos importantes.

Pedro Vaca

De acuerdo a tu experiencia, ¿cuáles son los riesgos de informar con este tipo de información?

Carlos Basso

Hay muy pocos. En el caso de la CIA, no me cabe ninguna duda de que puedan tener una ficha interesante de mis navegaciones en Internet y cosas de ese estilo, pero lo más grave que me ha pasado fue en una clase en la universidad en la que yo trabajo. Estábamos trabajando con mucha documentación y de un momento a otro el servidor del Departamento de Estado de Estados Unidos “se cayó”, y solamente se cayó para nosotros, porque si uno se metía por otro lado accedía sin ningún problema.

La verdad es que cuando un país ha decidido hacer públicos los documentos ha pasado tiempo

suficiente como para que las personas que en su momento eran amenaza dejen de serlo.

Pedro Vaca

¿Cuál consideras que es la investigación periodística más reveladora y de más impacto en Chile con este tipo de fuentes?

Carlos Basso

Las mías. Fuera de bromas debo decirles que hay muy poca gente que trabaja con esto. En mi país solo conozco a otro periodista que trabaja con documentación desclasificada. Ahora bien, con documentación chilena, que no es propiamente desclasificada, conozco el caso del argentino Santiago O'donnell y conozco el caso de la gente del National Security Archive en Washington, no conozco más.

Sin lugar a dudas, es un caudal de información gigantesco. ¡Aprópiense de eso! La mayoría de esos documentos son de acceso gratuito a través de la web, lo único que necesitan es una conexión. De seguro encontrarán cosas que son impresionantes, la cantidad de historias y de cuentos bien contados que uno puede sacar de ahí es gigantesca. No entiendo cómo hay gente que no se dedica a eso.

Pedro Vaca

¿Puedes explicar cómo funciona la iniciativa del National Security Archive?

Carlos Basso

El National Security Archive es, básicamente, una ONG que está vinculada a la Universidad George Washington. Son un grupo de presión que, además de hacer trabajo periodístico con los documentos, se ha dedicado a la desclasificación. Para

el caso chileno, por ejemplo, el National Security Archive fue un actor fundamental en función de la presión que hubo hacia el gobierno demócrata de Bill Clinton a fin de que fueran desclasificados los documentos y, especialmente, los de la CIA. ¿Por qué? Porque en función de la Freedom of Information Act (FOIA)¹⁵ se desclasifican documentos cuya antigüedad sea de veinticinco años y que no constituyan una amenaza, según nueve excepciones en las que se basan, pero esto no sucede con los documentos de la CIA.

Para el caso de Chile, los documentos de la CIA fueron desclasificados en base a una orden ejecutiva que erigió el presidente chileno de ese momento, la cual le generó un conflicto con la CIA, pues la agencia no quería que eso fuera desclasificado.

Pedro Vaca

Carlos, ¿cuáles han sido esas rutas recorridas por otros países en la búsqueda de información desclasificada y cómo ha sido la producción periodística alrededor de esto?

Carlos Basso

Muy escasa. Volvemos más o menos a lo mismo, es muy poca la gente, son muy pocos los medios. En Chile, cuando se produjo esta desclasificación masiva, entre los años 1999 y 2000, todos los medios tomaron los documentos que parecían en teoría más interesantes e hicieron notas de eso, pero fueron noticias del día, noticias de la semana y hasta ahí llegó la investigación, es decir, nadie investigó.

¹⁵ Veá: <http://www.foia.gov/>

Insisto, son volúmenes de documentación gigantesca; en la CIA hay documentos de 50, 60, 100 y 200 páginas. El estudio de un solo documento es una cosa que consume muchísimo tiempo y que necesita, además, el conocimiento léxico que manejan las distintas agencias, y eso es algo que solo lo va dando la práctica. Adicionalmente, se necesita una dosis importante de imaginación porque muchos documentos vienen tachados, por lo tanto, la continuidad de lo que dice en una parte es muy difícil de entender a veces.

Como verán, es mucho trabajo, y no es que yo sea extremadamente trabajador, más bien soy bastante obsesivo, pero efectivamente es una cantidad de trabajo que requiere de ritmos como el mío, que soy independiente, no trabajo para ningún medio, soy profesor universitario, etcétera. Hablo de que quizá tengo un poco más de tiempo para eso a diferencia de un colega que está todos los días trabajando desde las 8:00 de la mañana hasta las 11:00 de la noche.

Pedro Vaca

¿Has escuchado historias de pactos de silencio de medios que, aun con una muy buena reportería, se hayan negado a trabajar estos temas?

Carlos Basso

Sí, muchísimo. Yo publiqué en el 2013 un libro que fue éxito de ventas en mi país, llamado *La CIA en Chile*. Ninguno de los grandes diarios de mi país publicó una línea sobre él, aun cuando estuvo muchas semanas en el *ranking* de los más vendidos. Claro, sospechaban que había cosas

comprometedoras sobre ellos en la publicación. ¡Y las había! Eso es lo más interesante.

Pedro Vaca

Teniendo en cuenta la dinámica de los periodistas de hoy, que viven a una velocidad enorme, ¿qué dedicación deberían tener para abordar este tipo de temas o cuánto podría tomarles esta clase de investigaciones?

Carlos Basso

Se necesita una dedicación que el trabajo del día a día en un medio de comunicación no permite, sobre todo si no estamos hablando de un trabajo con buenas condiciones laborales. Además, se necesita comodidad y espacio –se necesita paz–, pues en una sala de redacción llena de gente, con el televisor a todo volumen, con personas gritando o contestando teléfonos, es bien difícil desarrollar esta clase de investigaciones.

El periodismo que narra la memoria

María Eugenia Ludueña

Moderadora: Ginna Morelo

Vengo de Argentina, un país en el que la palabra “memoria” se escribe, muchas veces, con mayúscula y aparece fuertemente vinculada a otras dos palabras con las que forma casi un mantra: “memoria”, “verdad” y “justicia”. El 24 de marzo es feriado en Argentina porque es el Día Nacional de la Memoria, la Verdad y la Justicia; para 2015 se cumplen veintinueve años del último gobierno militar y lo que pasa cuando la gente sale masivamente a las calles cada año es que cientos de banderas tienen pintadas esas tres palabras, que son las mismas que acompañan las marchas, los juicios y las señalizaciones de los lugares que funcionaron como centros clandestinos de tortura y secuestro. Así, y en ese orden, memoria, verdad y justicia son las postas de un camino que hace décadas creíamos impensable; que quienes cometieron delitos de lesa humanidad llegarían ante los tribunales comunes y cumplirían condenas en cárceles comunes.

Como cada 24 de marzo, el siguiente veremos a las madres y las abuelas, que durante años marcharon en la Plaza de Mayo, con las cabezas cubiertas con un pañuelo blanco –que en su origen era un pañal donde habían bordado el nombre de su hijo y donde realizaron una práctica pionera de memoria– y con el cartel en la mano, la foto y la fecha de desaparición.

Nosotros aprendimos mucho de la memoria de las madres y las abuelas. Y si uno piensa cómo fue que empezaron a buscar a sus hijos, se encuentra que fue con lápiz, con papel y con fotos. Al principio, armaron unos informes –que ellas llamaban dosieres– en los que resumían las historias de sus

hijos, pues tenían que contar quiénes eran, cómo se llamaban, qué hacían; en últimas, darles identidad para combatir la desaparición de los cuerpos con que los militares pretendieron esquivar a la justicia. Decía Videla, el presidente de la Junta Militar: “Si no hay cuerpo, no hay delito. No están, son desaparecidos”. Y ellas contestaban: “Son estos, así se llamaban y así se los llevaron”.

Estela de Carlotto es desde hace muchos años la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, una organización de derechos humanos que sigue buscando a 380 nietos robados por el terrorismo de Estado y que ha logrado restituir la identidad de 116. Estela es también la madre de cuatro hijos; la mayor se llamaba Laura y en 1977, cuando tenía dos meses de embarazo, fue secuestrada por la dictadura. Tuvo el bebé en junio de 1978, mientras Argentina ganaba la Copa Mundial de Fútbol, en un estadio que quedaba muy cerca de uno de los centros clandestinos de detención más grandes de América Latina. En aquel momento los grandes medios de comunicación no cubrían esas noticias, aunque debo decir que hubo algunas excepciones y que varios periodistas fueron desaparecidos por correr esa frontera y contar. En todo caso, la actitud general fue de silencio y ninguno de esos grandes medios ha pedido hasta la fecha disculpas por ello.

Laura fue asesinada dos meses después de tener a su bebé en un lugar que aún se desconoce. Lo que se sabe –por lo que le contó a las compañeras de cautiverio que sobrevivieron– es que compartió unas horas con el niño y la regresaron al centro de tortura para matarla, simulando un enfrentamiento –eso dijeron cuando le entregaron el cuerpo a su familia–. En agosto de 2014 –treinta y seis años después–, se supo que el hijo de Laura, el nieto de Estela, había ido a parar a una familia de peones rurales muy humildes, que había crecido en Olavarría y que se convirtió en músico.

¿Por qué cuento todo esto? Porque muchas de las cosas que aprendí sobre el periodismo que narra la memoria se me formularon como problemas, mientras investigaba la vida de Laura, y las he ido aprendiendo en el trabajo con los textos propios y ajenos en Infojus Noticias¹⁶. Justamente, uno de los ejes principales de la agencia es la cobertura de los temas de

16 Vea: <http://www.infojusnoticias.gov.ar/>

memoria y el seguimiento de los juicios por delitos de lesa humanidad, que a la fecha alcanza a más de 550 personas condenadas, entre ellos: policías, militares y jueces, que ocultaron pruebas; médicos, que ayudaron al robo de bebés en maternidades clandestinas; y otros cómplices.

Los trabajos y sus aprendizajes

Muchas de estas historias pueden leerse en diversas publicaciones que son el fruto de la investigación periodística sobre memoria histórica, pero también están las memorias de los hijos de esa generación; memorias íntimas y a la vez colectivas que tienen nuevos modos de contar y en donde transitan las orillas entre el periodismo de investigación y la literatura. De otro lado, están los estudios que abordan la memoria como objeto de investigación y que se constituyen como un campo en crecimiento en las ciencias sociales, no solo porque tienen que ver con el proceso de memoria, verdad y justicia, sino también con muchos años de silencio y de olvido.

Todo esto se ha dado en medio de un fenómeno global en el que todo el mundo muestra mucho interés por la memoria personal; se nos ofrece registrar el momento, documentarlo y compartirlo a través de diversos estudios tecnológicos y expresivos. Y en ese gran maremágnum de memorias múltiples las preguntas son muy diferentes, pero hay interrogantes compartidos: ¿qué se recuerda?, ¿para qué recordar?, ¿de quién es la memoria?

En mi caso puntual, debo hablarles de lo que conozco, es decir, de las diez cosas que aprendí haciendo el libro de la historia de Laura¹⁷, que es también la historia de una generación llena de matices y de tensiones en la Argentina de los años setenta, más exactamente, en la ciudad de La Plata, que registra la mayor cantidad de desaparecidos, porque fue un enclave estudiantil y obrero. Solo en la Universidad, hubo durante la dictadura más de cien desaparecidos.

1. **La memoria se inscribe en una trama que debe ser investigada y contada.** Los periodistas tenemos que contar la configuración de estas tramas y, si bien esta investigación empezó siendo la historia de

17 *Laura. Vida y militancia de Laura Carlotto.*

Laura, desde la primera entrevista se fue anudando con la historia de quienes la rodearon; militantes, amigos, familiares y novios que no querían saber nada de política.

Contar la trama es contar quiénes eran Laura y sus compañeros, por qué los asesinaron, cuáles eran los grupos y los intereses en disputa, y cómo se llegó a ese punto de la vía en un país, en una región, en un momento en el que millones de jóvenes de todo el mundo querían transformar el mundo.

2. **La memoria dialoga con una dimensión colectiva que la vuelve histórica.** Paul Ricœur decía que es el relato el que genera el salto de la memoria individual a la social. La idea inicial de la investigación era contar a Laura, pero también a otras mujeres que vivieron en aquel momento, como su madre, sus hermanas, sus amigas de la Facultad de Humanidades, en donde estudiaba Historia, y sus compañeras de militancia en la Juventud Universitaria Peronista. Lo que le ocurrió a Laura es muy parecido y muy diferente a lo que le pasó a otros jóvenes, y su historia cobra sentido en esa masacre que fue el terrorismo de Estado, y en la lucha que le siguió en las manos de los familiares, que significó un eslabón crucial para que hoy estemos hablando de ello. Es curioso observar cómo los allegados a las víctimas insisten en la importancia de la dimensión colectiva cada vez que alientan a hacer memoria para que esto que pasó no se repita nunca más.
3. **La construcción de memoria rescata las voces y las memorias mínimas del olvido.** Cuando me invitan a eventos maravillosos como este Encuentro de Periodismo de Investigación, me gusta recordar que cuando empecé el libro no tenía detrás ni una editorial, ni un editor y sí muchísimas dudas. La Plata queda a setenta kilómetros de mi casa y en ese ir y venir sola en colectivo –mientras repasaba las entrevistas– muchas veces me pregunté por el sentido de mi trabajo. ¿Por qué escribir sobre los años setenta, un tema que en Argentina se escribe tanto? ¿Qué sentido tenía un libro más sobre

un tema que divide tanto las aguas? ¿Qué podía aportar de nuevo? ¿Por qué Laura y no otra? Una de las respuestas más tranquilizadoras me la dio una colega:

—Porque nadie lo contó antes. Nadie reconstruyó esa historia para que no se olvide.

Mientras escribía el libro, cuando aparecieron otras historias mucho menos conocidas, pero igualmente potentes, se me cruzaron en el camino unas palabras de la periodista colombiana Patricia Nieto: “Nombrar a esas víctimas es salvarlas de esa muerte que es el olvido. Ya no pueden ser salvadas, pero pueden ser nombradas, deben ser nombradas”.

- 4. La memoria abre el camino de la reparación y la dignificación.** Las víctimas buscan conocer la verdad: ¿qué les pasó a sus seres queridos?, ¿cómo ocurrieron los hechos?, ¿quiénes son los responsables? Buscan también que haya justicia y que quienes cometieron un delito sean juzgados y condenados a una pena. Poder contar estas historias desde el periodismo le da a la memoria el poder del reconocimiento público y dignifica. Si bien reparar le corresponde a la justicia, el periodismo puede traccionar fuertemente en esta dirección.

En un encuentro que Abuelas organizó en la Facultad de Derecho, Carlos Beristain, un médico que trabajó en escenarios de conflicto armado acá en Colombia, en El Salvador y en Guatemala, habló de las reparaciones a las víctimas en el Sistema Interamericano de Derechos Humanos: “No se trata de reconocer fríamente los hechos, no estamos frente a una verdad aséptica, sino frente a una verdad que debe ser asociada a una dignificación”. Para mí nombrar a cada una de las víctimas y reconstruir su dimensión vital, lejos de convertirlas en mártires o heroínas, era aportar un granito de arena para que todas ellas, sin importar su protagonismo o relevancia, tuvieran su momento en la investigación y luego en el libro.

Justamente, en uno de los capítulos hablo del responsable político de Laura en la militancia de la Facultad, un estudiante catamarqueño que era novio de una amiga de ella, quien fue fuente crucial en mi trabajo. Ellos habían hecho un viaje a Tucumán, él se fue una tarde a reunirse con unos compañeros al pueblo y mientras iban en la ruta los mataron a todos. Él estaba desaparecido y yo no tenía muchas certezas acerca de cómo mencionarlo en el libro por cómo estaba la trama de la historia y porque su familia no era mi fuente directa, sino la amiga de Laura. Tuve muchas dudas con eso y recientemente supe que la familia de ese chico se puso feliz al saber que su historia estaba en el libro, de hecho, reclamaron el que no lo mencionara con nombre y apellido, ya que lo puse por su apodo. También sé que quieren armar un libro reconstruyendo el caso por su cuenta porque él sigue desaparecido y eso es, sin duda, una manera de mantenerlo vivo, ¿no?

- 5. La memoria abre el camino a la justicia y perdura más allá de ella.** Pilar Calveiro es una socióloga argentina que fue secuestrada y torturada en centros clandestinos de detención, quien al sobrevivir abandonó el país para radicarse en México. Ella tiene un texto que se llama “Memoria, política y derecho en la lucha contra las desapariciones forzadas” en el que habla de otra triada: memoria, política y derecho. Allí, sitúa la memoria como el primer eslabón del recorrido y se vale del caso argentino para ejemplificarlo, porque dice que es, probablemente, una de las sociedades en las que se ha hecho un proceso más amplio de recuperación de la memoria social, llegando a la meta de conseguir juicio y condena. Esto ha sido –dice– producto de un largo esfuerzo y del papel de los organismos de derechos humanos en sus tareas de memoria, que fueron verdaderas prácticas de resistencia subterránea y de alterativa para reclamar justicia. Fueron ellos los que lograron tender el primer puente para que el periodismo internacional se ocupara del tema e incluso en los peores momentos del proceso se mantuvieron en lucha, reclamando siempre memoria junto a las demandas invariables de juicio y castigo a los culpables.

Hay algo que se pregunta Calveiro, que también me gusta preguntarme: ¿qué pasa con la memoria cuando el juicio se cierra? Para ella, la memoria perdura, y no como una repetición mecánica inútil, sino como una narración de una experiencia colectiva, como interpretación de ese pasado colectivo capaz de auxiliarnos en la comprensión del presente. A su modo de ver, la memoria es un acto individual y social, móvil, proliferante, político, es una presencia que se activa en relación con el presente, solo en el ahora es resistente. Desde esa perspectiva la memoria es resistente, disparadora de la política y el derecho. No puede permanecer anclada en lo que ocurrió décadas atrás, sino que reclama su puesta en actos en el presente.

6. La memoria está hecha de silencios, de olvidos y de contradicciones.

Mientras investigaba la historia de Laura me impresionó cómo los testimonios de las diversas personas incurrieran en grandes huecos de información o en datos muy contradictorios que al vincularlos entre sí no coincidían en absoluto.

Los modos en que la memoria se activa y se obtura no son idénticos y los silencios dicen a veces más que las palabras. ¿Qué se recuerda? ¿Qué se olvida? Eso le pregunté a algunos estudiosos del tema. Unos aconsejan tomar los testimonios de las víctimas menos distantes en el tiempo, respecto de los hechos. Consideran que con el paso de los años la diferencia entre recordar e imaginar se va volviendo más pantanosa. En cambio, otros tienen la teoría de que algunos sucesos –como los delitos sexuales contra las mujeres– se recuerdan más libremente con el paso del tiempo cuando la víctima, que durante años ni siquiera se ha atrevido a comentarlo con su familia, ya no siente que la señalan con el dedo y considera que ha llegado el momento de decir la verdad. También piensan esto otras personas que creen que el testimonio con el paso de los años se vuelve más valioso porque es capaz de reconstruir sus propias vivencias después de haberlas conversado y trabajado con las de los demás.

En todo caso, la memoria no es algo puro y los testimonios no son la verdad, así que cuantas más voces se puedan relacionar entre sí,

con datos y documentos, más podrán aproximarse al conocimiento de los hechos desde el periodismo que narra la memoria.

7. **El nuevo periodismo que construye la memoria trabaja muy cerca de las ciencias sociales.** El periodismo que narra la memoria dialoga con la historia, pero también con un montón de otras disciplinas, porque hablar de memoria no debería acotarse a contar un testimonio como un relato sensible y autónomo con un gran título. La construcción de memoria requiere de un trabajo complejo de análisis, documentación y registro. Yo creo que las miradas oblicuas, con el auxilio de diversas disciplinas –la antropología, la sociología, las ciencias políticas–, amplían el campo y nos permiten comprender mejor esa trama de la que hablaba al principio y en la que se inscriben las memorias.

8. **La memoria es un sitio de disputa de sentidos y de lucha política.** Este es un lugar conflictivo para el periodismo, pues cuando trabajamos sobre memorias y testimonios estamos construyendo memoria colectiva y afrontando hechos que son producto de una realidad. Las memorias sociales generan disputas. ¿Qué se dice? ¿Qué se calla? ¿Quién es quién y qué rol ocupó cada uno en este hecho? ¿Quién dice que eso fue así? La memoria es un terreno donde se disputan los sentidos y creo que eso va desde lo micropersonal hasta lo macropolítico. Porque al ser un espacio que salta de la memoria individual a la social se vuelve pública –política– y es producto de las tensiones y rivalidades de estos ámbitos. La memoria es lo que va a quedar del pasado en el futuro, es una construcción colectiva y es política. Tomar conciencia de estas operaciones desde el periodismo ayuda a comprender y a contar mejor la memoria.

9. **El periodismo debe aplicar todo el rigor y la creatividad a la construcción de memoria.** Están los problemas del trabajo de campo con la memoria y están los problemas de su narración. Organizar los datos y las voces recogidas en el campo es un rompecabezas absolutamente caótico; las piezas están hechas de diferentes materiales y no

siempre coinciden. Se trata de enhebrar en una estructura narrativa datos históricos, documentos, experiencias, discursos y postales de época, que pueden ser música, cine, libros, contextos, escenas de familia, sucesos políticos y personajes de carne y hueso que son los que nos marcan el ritmo de la historia, y la hacen avanzar a costa de sus tragedias personales. Para llegar a este punto, estas personas nos han revelado cuestiones íntimas, dolorosas, que deben ser tratadas con absoluta delicadeza. En la construcción de memoria histórica no hay elementos que se basten a sí mismos, todo requiere de un chequeo y debe ser puesto en relación con el resto de la información, porque, como decíamos antes, cuando la verdad es conocida, cuando la justicia repara, el último eslabón de esto –y que nos va a garantizar un futuro mejor– es la memoria. No lo digo yo, lo dijo el juez Carlos Rozanski, que estuvo en muchos de los tribunales que juzgaron a los represores y quien hace poco leyó la sentencia en el juicio por los crímenes de La Cacha, que fue el centro de detención donde estuvo Laura y de donde la sacaron a parir a su hijo.

Yo creo en la memoria como ese último eslabón, como el principio y como el final de la cadena, y me parece que narrarla desde el periodismo es una manera de mantenerla viva y dinámica.

10. Los periodistas tenemos doble responsabilidad al narrar la memoria.

Por un lado, porque asumimos el papel de producir memoria a través de objetos culturales que van a tener su propio circuito y – como dice un trabajo de la Universidad Nacional del Litoral– se trata de pensar el oficio desde la perspectiva de la responsabilidad enunciativa, que implica ser investigador de hechos singulares que deben ser reelaborados para producir el valor de reconocerlos como hechos sociales.

Por otro lado, creo que tenemos el deber de hacer que esas memorias respondan al criterio de verdad del periodismo. Debemos organizarlas narrativamente con esos documentos, testimonios y fuentes adecuadas, de modo tal que generen interés en quienes las van a leer. Así, cuando alguien se encuentre con esos hechos que

hablan de otro momento, de otro lugar, de otras personas, sentirá que no solo hablan de quienes estuvieron en ese lugar, en ese momento, sino también de una parte de sí mismo que quizás desconocía, una parte de su propia historia, de su música personal, esa que nos conecta hacia el pasado y al futuro, y a ciertas preguntas sobre la condición humana.

Sesión de preguntas

Ginna Morelo

María Eugenia, ¿cómo narrar la historia de los victimarios? ¿Cómo construir memoria incluyendo también a estos actores? ¿Qué se debe tener en cuenta cuando se da este paso?

*María Eugenia
Ludueña*

En Argentina el rol de los victimarios ocupa un papel muy diferente al que tienen los victimarios en Colombia. En mi país hay un pacto de silencio; de 550 condenados y 1000 personas que están procesadas solamente dos o tres han dado datos fehacientes, el resto solo hace maniobras dilatorias para retrasar la llegada de la justicia, dado que las penas son muy duras para los delitos de lesa humanidad y no tienen rebajas. De Colombia me impresiona cómo las personas que participan del proceso y cuentan grandes atrocidades obtienen ciertos beneficios.

Lo que pasa, además, con los victimarios en Argentina es que tienen un discurso que no tiene nada que ver con la honestidad, ellos no están arrepentidos, siguen pensando que fue una guerra entre dos bandos, cuando no puede ser una guerra si en ella participa el Estado.

Ahora, cuando consideré para mi trabajo que los victimarios tenían que hablar, primero pensé en que tenían que hablar ante la justicia y una vez hecho eso podían hablar conmigo. Porque me parece que en las entrevistas con los victimarios –por lo menos en Argentina– se juegan cuestiones muy complejas, muy sofisticadas, que tienen que ver con múltiples cuestiones vinculadas hasta con los servicios de inteligencia y con cosas que parecen ser verdad, pero no lo son. Carne podrida le decimos a eso en mi país.

Acá no sé exactamente qué hay que hacer, pero me parece que es mejor acortar el camino hacia la justicia y que los victimarios hablen primero ante ella y después con los periodistas, porque, ¿por qué un victimario le va a decir a un periodista lo que no dice ante la justicia?

Ginna Morelo

¿Cuál es la diferencia entre memoria y verdad?

*María Eugenia
Ludueña*

Memoria es lo que recordamos de lo que pasó –no lo que pasó– y las memorias son múltiples. La verdad es la que cada uno cuenta y es aquello en lo que cree. Las memorias siempre son diferentes y la verdad a veces no sabemos qué es. Tampoco creo que haya una verdad excluyente y que deba imponerse sobre las demás, porque también en los conceptos de verdad entran la ética, la moral, los datos, el qué pasó y el cómo se llegó a ese punto.

Ginna Morelo

En tu intervención hablabas de que las víctimas siempre están en búsqueda de algo. Al hacer

este trabajo del libro fuiste tú la que buscó a las víctimas y terminaste recolectando mucha información y, en últimas, acercándote a una realidad dolorosa que ha marcado a tu país. ¿Cómo manejaste el hecho de que después te buscaran a ti y comenzaran a preguntarte muchas más cosas, y a proponerte nuevos proyectos con esos temas?

*María Eugenia
Ludueña*

Me cuesta manejarlo porque siento mucha responsabilidad por lo que escribí y siento que esa responsabilidad la voy a llevar toda la vida; no se termina con el hecho de que se agote el libro, es de hecho un compromiso que asumo para siempre con cada tema al que me dedico.

Lo que hago es escuchar, ser muy respetuosa y canalizar las cuestiones para ver en qué medida puedo orientar a quienes me buscan, porque lo que todo el mundo quiere es que se visibilice su verdad, que su memoria se reconozca, que se dignifique a esa persona, y muchos familiares creen que la palabra escrita es la que puede obrar esto.

Ginna Morelo

¿Cómo manejar la memoria colectiva que se traduce en historias narrativas, pero que al mismo tiempo tiene un ingrediente interesante de sociedad virtual y mediática que también aporta elementos de construcción de memoria?

*María Eugenia
Ludueña*

Todo lo virtual tiene que sostenerse en lo real y lo real es la base de todo lo virtual. Todos esos mundos que van surgiendo, incluyendo las redes sociales, deben ser arraigados a la tierra con lo que sabe

hacer un periodista; ir, escuchar, ver, relacionar los datos y estructurarlos para escribir una historia.

Ginna Morelo

¿Qué es lo más difícil de remover de todas esas historias para contarlas? Trazaste una ruta de diez puntos importantes, pero hay una serie de dificultades que son prácticamente inamovibles y que se convierten en una gran barrera para el periodista.

***María Eugenia
Ludueña***

Para mí uno de los puntos más difíciles es la entrevista con las víctimas. Por ejemplo, a mí me parecía muy delicado afrontar a las mujeres que estuvieron cautivas con Laura, aquellas que fueron torturadas mientras estaban embarazadas y que sobrevivieron. Entonces, lo primero que hacía cuando entrevistaba a esta clase de personas que habían pasado por situaciones traumáticas era leer todo lo que ya habían contado, leer todos los testimonios judiciales, pues existían sucesos sobre los que quería hacer verificación, más no quería revictimizarlas de nuevo.

Ese enfrentamiento con las víctimas es, quizás, una de las cuestiones más dolorosas, porque uno como periodista está removiendo cosas que no sabe cómo marcaron a esa persona y uno no puede ser tan omnipotente de pensar que esa persona abre la puerta cuando llego y la cierra cuando me voy. La memoria, que es un material tan pantanoso, merece muchísimo respeto.

Ginna Morelo

¿Por qué consideras que en la reconstrucción de la memoria pueden decir más los silencios que las palabras?

**María Eugenia
Ludueña**

Hay que prestarle atención a los silencios. Por ejemplo, en Argentina los grandes medios de comunicación hicieron silencio. Y, ¿qué significa ese silencio? ¿Significa complicidad? Me parece que esas son las preguntas que podemos hacernos. A este respecto, recuerdo algo que se preguntaba Ryszard Kapuściński: ¿para quién trabaja la sociedad, para la sociedad de la memoria o para la sociedad del olvido?

Ginna Morelo

¿Cómo sabes cuándo se agota el reporte, cuando estás tratando estos temas que, justamente, apuntan a la reconstrucción de hechos que están ligados a la verdad y a los cuales les hace falta una enorme cuota de justicia?

**María Eugenia
Ludueña**

Cuando uno está muy conectado con lo que está haciendo y ya tiene mucho material, ha entrevistado mucha gente y ha leído mucho se producen momentos que son casi epifánicos y te dicen: “¡Ha llegado el momento de sentarse a escribir!”. Aunque no siempre es parar de reportear, porque a veces también cuando uno escribe entra en otra dimensión de lo que le falta.

En mi caso, la epifanía llegó de la siguiente forma. Laura Carlotto vivía en un departamento frente a la Comisaría 9ª de La Plata, que fue la comisaría en la que trabajó Ramón Camps, uno de los líderes de la policía y la represión en esa ciudad. En ese departamento Laura alojó a muchos estudiantes, su hogar se convirtió en una especie de refugio a donde se iban a esconder los que no tenían donde pasar esa noche, porque había habido algún operativo y sabían que estaban en peligro.

De otro lado, hace muchos años trabajo con la organización Miguel Bru, que lleva su nombre en honor a un estudiante desaparecido en La Plata, pero en los años noventa, no es una víctima del terrorismo de Estado; sin embargo, tiene muchas cosas en común con Laura: él era un joven estudiante de la Universidad de La Plata, que una noche fue llevado por la policía a la comisaría y fue torturado hasta morir. Todos los años, con la asociación Miguel Bru, hacemos El Cuerpo de Miguel Nunca Apareció. Es una noche en la que nos paramos en la puerta de la comisaría con velas y carteles, para ejercer memoria y reclamar dónde está el cuerpo de Miguel, pues continúa esa lógica de las fuerzas armadas de: “Si no hay cuerpo, no hay delito”.

Cuando a mí me describían el departamento donde vivía Laura, que vivía al frente de la comisaría, nunca lo asocié con eso. Entonces, cuando fui a conocerlo, me di cuenta de que esa era la comisaría a donde yo iba todos los años por la vigilia de Miguel, de que Laura vivió frente a la comisaría en donde mataron a Miguel. Esto se lo comenté a mi amigo Cristian Alarcón, quien me dijo:

—Cuando pasan esas cosas es que tienes que sentarte a escribir ¡ya!

Y fue el momento en el que decidí parar la reportería y dedicarme a escribir.

La agenda del posconflicto

Marta Ruiz
Jorge Cardona

Reflexiones sobre el papel del periodismo en el conflicto

Marta Ruiz

Lo que yo quiero compartir con ustedes, más que convicciones, son preguntas porque creo que este es un oficio en el que todo el tiempo se están tratando de resolver dilemas y preguntas.

Es cierto que el periodismo ha sido víctima; han asesinado y han silenciado a muchos periodistas, pero creo también que este es un momento para que hagamos una reflexión sobre cuál ha sido nuestro papel real en esta larga y, digamos, compleja guerra. Siendo así, podemos empezar por preguntarnos varias cosas:

1. Como medios y como periodistas, ¿qué tanto hemos contribuido al pluralismo? ¿Qué tanto hemos logrado que la diversidad política, étnica y cultural de este país se exprese?
2. ¿Hemos creado un diálogo racional? Más allá de aferrarnos a la polarización y de acoger los discursos más polarizantes, ¿hemos contribuido a construir un debate de argumentos?
3. Más allá de la dualidad entre buenos y malos, entre criminales y víctimas, y de las cualidades con las que generalmente se identifican mucho los públicos, ¿hemos ayudado a entender el entramado de la guerra y la paz?

4. Si bien le hemos dado voz a muchos sectores, ¿qué tanta paridad le hemos dado a las voces diversas de esta sociedad? ¿Han tenido suficiente simetría?
5. ¿Qué tanta distancia hemos generado entre quien sufre y quien produce ese sufrimiento? ¿Acaso hemos acudido al cliché, al prejuicio, para reforzar narrativas simplificantes?
6. ¿Realmente nos hemos ocupado de lo importante? ¿Los grandes temas que afectan a este país han pasado por nuestras manos o nos hemos concentrado en narrativas banales?
7. ¿Qué herencia nos deja la guerra?

Como en todo, estas preguntas no tienen respuestas únicas, ni absolutas, pero creo que es momento de reflexionar sobre ellas, sobre todo, si como periodista se manejan temas que ocurrieron en el pasado y están volviéndose a ver en el presente, pues es ahí cuando se descubre que gran parte de nuestras narrativas y de lo que ha quedado como borrador de la historia tiene que ser reevaluado. Muchas cosas que están escritas o que están contadas en nuestros videos y registros radiales ya no son verdad; pudieron haber sido verdad hace veinte o veinticinco años, pudieron haber sido las verdades del momento, pero hoy muchas de esas cosas son parciales, ya no son la verdad. Es en este punto en donde me hago la reflexión de hacer una relectura del pasado, de volver sobre los temas que creemos superados, pero que en realidad no están superados ni para la sociedad, ni para las víctimas. El periodista siempre está pensando en el hoy, en lo nuevo, pero creo que también es nuestro deber lidiar el hoy con el pasado y no solo con el pasado como un episodio de la historia, sino como la comprensión de los procesos que se desarrollaron a lo largo de décadas de conflicto y de todos los actores que participaron en él.

¿Debemos narrar la paz o construirla?

Contra todo pronóstico, me respondo que hay que contribuir a la construcción de paz a través de diferentes vías o elementos.

A mí me queda cada vez más claro que el tema crucial de este país para superar la guerra es la democracia. El origen de esta guerra, más allá de la tierra, más allá de muchos problemas estructurales, es la democracia y Colombia tiene que reaprender muchos de los elementos claves de la democracia, entre ellos, la libertad de expresión. Eso es algo que la gente ha olvidado en ciertas regiones del país; que tiene derecho a hablar, que tiene derecho a exponer sus puntos de vista. Todo el mundo te pide el anonimato, nadie es capaz de dar la cara en muchas regiones, incluso en Bogotá hay un miedo profundo a hablar, porque la libertad de expresión es un valor que ha sido supremamente sacrificado en este conflicto y es una de las grandes fracturas de la democracia colombiana.

Otro elemento importante es el relacionado con la construcción de ciudadanía y es una reflexión que los medios tenemos que hacer para buscar la manera de hacer visibles los procesos sociales que pareciera que no existen porque nunca han sido visibles en los medios. De ahí que sea fundamental también elevar el nivel del debate público en Colombia, que es de muy baja calidad, por lo menos si se lo mira desde el Congreso de la República y otros espacios. ¿Cómo entra el periodismo ahí? Elevando un poco más ese nivel y no pegándose al nivel del debate público político que, tristemente, es muy pobre en argumentos. Sin duda, parte de nuestra tarea es contribuir a la despolarización y ser moderadores del debate público.

Ahora bien, no es posible aportar a la construcción de paz si no se aporta al cambio social. Siempre recuerdo las palabras de Amartya Sen¹⁸ en un texto en el que habla de la importancia de superar las asimetrías informativas en comunidades donde la pobreza y el abandono hacen que la información no llegue. Situación que solo genera que sean comunidades más manipulables y más fácilmente condenadas al atraso. La libertad de expresión y el derecho a la información tienen que contribuir a que la gente más desfavorecida pueda lograr sus derechos. En ese sentido, el periodismo tiene que contribuir a superar las asimetrías informativas, por ejemplo, del mundo campesino que ha sido el gran ausente en los medios de comunicación, que no se han preocupado por darle al

18 Premio Nobel de Economía en 1998.

campesino, como ciudadano, una voz que vaya más allá de su papel de despojado o de víctima.

Con base en esa propuesta, debemos ubicarnos como constructores de paz y de democracia, unos que entiendan en dónde están los huecos profundos de esta democracia que para mí radican en la ausencia de un verdadero pluralismo, que visibilice a los actores sociales fundamentales de la ciudadanía, y en la debilidad de la libertad de expresión y el debate público.

El posconflicto

Al posconflicto hay que entenderlo como un momento de emergencia de nuevos conflictos, cuyo desafío es tramitarlos de manera democrática. Podemos tener todo el debate teórico que queramos, pero lo que va a generar la firma de acuerdos es una mayor llegada de conflictos y en ese punto es central el debate público y el hecho de estar bien informados, de que el periodismo sea vigoroso, para que esos debates realmente se tramiten por la vía civilizada y democrática, y no terminen a bala como han terminado los conflictos de toda naturaleza en este país.

Es un tiempo de transición

En esto el Gobierno Santos tiene razón, aunque parcialmente. En todo caso, la gran pregunta que hay que hacerse es si es un tiempo de transición para el país, es decir, si es realmente un tiempo de reformas para realinear la correlación de fuerzas a favor de ciertas reformas o no. Es clave tener claro si se están construyendo frentes por la paz y si se está construyendo una masa crítica para la paz.

Es un tiempo de creación y aprendizaje

Muchas de las cosas que aprendimos en el periodismo tendrán que ser desaprendidas; la guerra nos enseñó a ver el mundo en blanco y negro, nos volvimos jueces, y eso hay que desaprenderlo. Sin embargo, también hay un espacio creativo muy importante que nos va a exigir nuevos aprendizajes, pues nos va a permitir encontrar nuevas realidades del país, nos va a permitir encontrarnos con la historia y entenderla de otra manera.

La democracia: problemas y antídotos

El problema ha sido la exclusión y la intolerancia. El antídoto es la paridad de voces

Hay una persona muy especial en estos temas de construcción de paz que es John Paul Lederach, quien siempre dice que la clave de la construcción de paz está en generar confianza, porque lo que más se sacrifica con la guerra es la confianza. En su propuesta de paz Lederach siempre habla de construir diálogos de calidad entre improbables, esto es, entre gente que jamás se encontraría. Y eso hace parte de la tarea que tiene el periodismo de generar un diálogo social que ha estado enrarecido, limitado, cerrado o muy polarizado.

El problema ha sido la polarización y el estigma. El antídoto es el pluralismo

Es necesario normalizar la diferencia. Ante una propuesta o tema controversial suele suceder que reaccionamos con molestias, insultos y descalificaciones, cuando lo que deberíamos hacer es ver lo que hay detrás de eso y debatir con argumentos. Como periodistas podemos no estar de acuerdo con algo, pero a la sociedad no le sirve que debatamos viceralmente y el periodismo no puede prestarse para eso.

El problema ha sido la opacidad. El antídoto el acceso y transparencia de los datos

Esa es una tarea que generalmente se le exige a los Estados, pero que es exigible a muchos otros autores como las empresas privadas o las ONG que también tienen obligación de rendir cuentas.

El problema ha sido la captura del poder. El antídoto es la participación

El periodismo puede contribuir enormemente a mejorar los niveles de participación en el debate democrático. No sé si es una percepción mía, pero tengo la impresión, cada vez que prendo la televisión o la radio, de que siempre están las mismas personas, que el debate público en este país se reduce a quince o a veinte personas. Creo que parte de nuestra contribución es ampliar ese coro de voces.

El problema ha sido el estigma y el prejuicio. El antídoto la cercanía, el diálogo

Es muy importante generar cercanía. Uno genera prejuicios, sobre todo sobre aquello que no conoce. Cuando uno conoce y tiene la experiencia de ir a los lugares, y de ver a la gente de verdad, el prejuicio desaparece.

El problema ha sido la falta de información. El antídoto mayor acceso

A pesar de las leyes e instrumentos que tenemos, el acceso a la información sigue siendo un problema muy serio en Colombia.

El problema ha sido el silencio. En antídoto la libre expresión

Este es un problema que a mí me preocupa mucho, porque aun en regiones donde el conflicto armado ya no está, sigue siendo un problema la libertad de expresión tanto de los ciudadanos como de los periodistas. Sin duda, sin un ambiente de libertad de expresión no es posible construir la paz.

La verdad

El periodismo y la verdad histórica: ¿cuál es nuestro papel?

Tenemos una oportunidad enorme de repensar los relatos sobre los grandes hechos o los grandes procesos del país y creo que es indispensable saber cuál es nuestro papel en la verdad histórica.

Recientemente, se hizo un debate en un seminario sobre verdad histórica al que vino Kofi Annan y todos los expertos coincidieron en algo: a una comisión de verdad histórica no se le pueden colgar todos los temas, ni todas las regiones. Entre más acotada sea la comisión de verdad más exitosa será. Por ello, creo que muchas cosas se van a salir de la órbita de una posible comisión de verdad y el periodismo va a tener que ser quien contribuya a esas verdades más específicas en el largo plazo.

Desjudicializar la verdad: en un contexto de justicia transicional, ¿cómo abordar el papel del periodista?

Por la lógica jurídica del país tenemos un periodismo híperjudicializado y empezar a contar historias desde una verdad más histórica que judicial nos va a ayudar muchísimo. Esa es una lección que deja el proceso de

justicia y paz, dado que los procesos judiciales alcanzan a mostrarnos tan solo una parte de los hechos, no el contexto. De ahí que la Fiscalía haya tenido que crear una unidad de contexto, porque este es muy difícil de ver desde las verdades judiciales.

Revaluar verdades

Es necesario admitir que nos equivocamos. Cuando uno revisa archivos de prensa se da cuenta de que hay muchas cosas que quedaron incompletas y mal hechas, o que el tiempo reevaluó. Esa es la relectura del pasado de la que les hablaba, pues pienso que tenemos que volver sobre esas verdades y aceptar la responsabilidad que nos corresponde, si esta existe.

Reconciliación y superación del pasado: ¿cómo generar empatía?

Generar empatía es también generar acercamientos. Nosotros tenemos un país muy fragmentado, muy dividido en clases sociales. Ante eso hay cosas que a mí me impresionan mucho de todos los medios, por ejemplo, el tema de la consulta previa. A todo el mundo le parece espantoso que haya que parar una obra porque hay que consultarle a los indígenas o a los afrodescendientes sobre su realización y uno ve a los columnistas o a los editoriales cuestionando la consulta. Sin embargo, no pasa nada cuando se suspende la realización de un helipuerto en un sector residencial de Bogotá porque no hubo consulta previa con las familias que iban a tener los helicópteros encima de sus cabezas. Eso, sin lugar a dudas, es generar distancias con los otros.

Los riesgos de la idolatría

Es un riesgo pensar que vamos a encontrar verdades absolutas o únicas. La verdad y, aún más, la verdad de una guerra siempre será un terreno complejo en donde los acuerdos serán de difícil construcción.

Reconciliación

Generar confianza por medio de diálogos entre improbables

Me parece que un gran aporte del periodismo es lograr que se acerquen personas que nunca debatirían argumentos. Esa práctica despreviene y genera confianza, y, en este sentido, va generando una reconciliación.

Entender la zona gris en la que se mueve la paz

Tanto la guerra como la paz tienen zonas grises en las que el papel de los buenos y los malos se trastoca. Hace poco leía una nota y era un poco difícil de manejar en VerdadAbierta.com, porque se trataba de una víctima a la cual un tribunal reconocía como víctima, mientras que otro tribunal la mandaba investigar por homicidio. Entonces, me decía el periodista a cargo de la nota:

—¿Pero, esto qué? ¿Un tribunal le dice que es despojada y el otro la investiga por homicidio?

—Sencillamente, los dos pueden tener razón —le dije—. Tú puedes haber sido una víctima y luego mandar a matar al otro, eso no te quita tu condición de víctima y tampoco quiere decir que porque eres víctima no eres capaz de mandar a matar a otro.

Esas zonas grises son muy difíciles de manejar y a nosotros no nos gustan, porque nos gusta que la víctima siempre sea víctima y el victimario siempre sea victimario. Sin embargo, en estos tiempos de justicia transicional vamos a ver mucho esa situación, esos diversos lugares que en el conflicto pueden ocupar los unos y los otros.

Reinterpretar el país y su geografía

Uno pensaría que un proceso como el que viene para Colombia nos va a acercar a su geografía de una manera distinta. A mí me encanta esa frase de Margarita Serje¹⁹ que habla del revés de la Nación. Ella dice que zonas como la Amazonía se ven como territorios desocupados a los que siempre quieren ir a sembrar palma o a los que quieren llevar minería cuando allí hay una población y una realidad muy dramática.

Yo estoy convencida, sin tener pruebas para ello, de que Putumayo, por ejemplo, es uno de los departamentos más victimizados de este país y creo que no nos hemos dado cuenta de eso porque casi todas las víctimas fueron raspachines y los raspachines no denuncian porque se sienten perseguidos por la autoridad, porque están en medio de la ilegalidad, un mundo en el que hay un subregistro terrible de cosas.

19 Antropóloga de la Universidad de los Andes.

Moderar el desacuerdo

Los acuerdos son muy importantes, pero el desacuerdo es más importante todavía porque es con lo que vamos a convivir y lo que necesitamos es aprender a moderar el desacuerdo, y aprender a estar en desacuerdo. Los medios y los periodistas somos parte importante de esa moderación.

Agenda

Los conflictos de la paz nos van a poner a hablar de otras cosas, por ejemplo, de minería. El medioambiente era un tema que los medios tocaban en la trastienda o que no cubrían porque estaban dedicados a lo judicial. Ahora todo lo relacionado con ambiente, minería y sostenibilidad se va a volver un tema central, así como lo que atañe al ordenamiento territorial.

De otro lado, la agenda deberá incluir una verdadera apertura democrática, esto es, entender que es crucial el recambio de élites locales en muchas partes para que pueda haber paz. A su vez, será necesario empezar a trabajar en la verdad, más allá de los mecanismos y los procedimientos con los que a veces nos enredamos. Finalmente, otro de los grandes temas será el de las nuevas violencias, pues estas van a estar ahí por mucho rato y darse cuenta de ellas, de manera mucho más calmada y racional, ayudará a superar las dificultades del posconflicto.

El periodismo y la transición del conflicto al posconflicto *Jorge Cardona*

El reto del posconflicto es el reto de cambiar las narrativas de la paz; de ampliar nuestra democracia; de perder el miedo a hablar; de avanzar en procesos sociales de construcción de ciudadanía; de superar la polarización, a partir de la creación de contextos; de generar cambio social y prepararse para la llegada de nuevos conflictos; de insistir en la paridad de voces, para crear realmente una cultura de paz; de avanzar mucho en investigaciones que nos lleven a permitir que la sociedad entienda cómo las

organizaciones ilegales han capturado el poder; de romper la monotonía de la judicialización del periodismo, que es una realidad incontestable; de repensar de nuevo la geografía colombiana; de descubrirnos en un siglo XXI que exige códigos y paradigmas fundamentales en materia ambiental; de avanzar en la comprensión del ordenamiento territorial y prepararnos para nuevos caminos en estos senderos de los territorios nacionales; y de entender que la paz no es una quimera de fantasía, de cogernos las manos y cantar todos al unísono, sino que se nos aproximan unas nuevas violencias y es un nuevo camino de construcción de paz en medio de la violencia.

Hace treinta años yo estaba del otro lado, era un estudiante, y en aquella época, antes de que ocurriera la toma del Palacio de Justicia, los jóvenes pintábamos palomas de paz en las paredes con insignias que decían: “Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios”. Muy cristiano, muy bíblico, pero era de alguna manera el espíritu de la época. Todavía en algunos muros de la capital se ven borrosas esas palomas que nos puso a pintar Belisario Betancur. Para ese momento creíamos que íbamos a llegar al posconflicto, esa era la sensación para los que estábamos empezando a hacer periodismo, quienes veíamos –como decía Marta– que los jefes eran los mismos de siempre. Paradójicamente, del otro lado escuchábamos las recetas, las recomendaciones y los consejos de cómo era que debíamos prepararnos para el posconflicto, uno que no fue posible, que se hizo pavesas el 6 y 7 de noviembre de 1985 en el holocausto del Palacio de Justicia.

Después, pasó un poquito de tiempo y volvimos a prepararnos; llegó la ronda de negociaciones en Arauca, en Caracas y en Tlaxcala. Nuevamente, los medios de comunicación se entusiasmaron y nuevamente hicimos foros como este Encuentro de Periodismo, y volvimos a pensar en cómo iba a ser el posconflicto y el posconflicto no fue posible. Siguió pasando el tiempo y llegamos a la época de Samper y del Caguán y en ese momento sí que hicimos foros de esta misma naturaleza, y fueron cuatro años en los que los periodistas nos encontrábamos para pensar el mejor método para cubrir la guerra y el mejor método para prepararnos para el momento en que llegara la paz, y tampoco llegó. Luego, se inventaron en el Gobierno Uribe

un proceso con las autodefensas y, nuevamente, nos congregamos los periodistas en foros parecidos a este para mirar cómo era que nos estábamos preparando para que el paramilitarismo desapareciera y cómo era que en unas nuevas rutas de posconflicto Colombia iba a pensarse de otra manera.

En estas circunstancias de la vida llegamos a este momento y se nos da el privilegio en esta clase de eventos de dirigirnos a los colegas y a unas nuevas generaciones ansiosas no solamente de pensarse como periodistas, sino de pensarse en el posconflicto. Esa es mi primera reflexión: esto es producto de la historia, es producto de un proceso. Creo que el proceso de paz de Juan Manuel Santos empezó hace treinta años con el proceso de paz de Belisario Betancur. Un proceso que, por supuesto, ha sido un acumulado de errores, de aciertos, de construcción de democracia y de construcción de país, de sacrificios, de mártires, de dolores, de tragedia, de memoria y de luto. Que, en últimas, ha sido un acumulado terrible de muchos años de guerra y de paz, pero esas son las dos polarizaciones de esta historia.

Desafortunadamente, desde que somos República, nuestro deporte nacional no ha sido el fútbol, el ciclismo, el boxeo o el patinaje, nuestro deporte nacional siempre ha sido cambiar la Constitución, hacer la guerra y hacer tratados de paz. Difícilmente, se encuentra un país en el que la Constitución haya sido cambiada tantas veces y en el que los abogados le echen siempre la culpa a la Constitución. Decía Simón Bolívar, hace más de doscientos años, que Venezuela era una capitania, Ecuador un convento y Colombia una fábrica de abogados. Así que no sé cómo vamos a desenramar este laberinto jurídico en el que vivimos inmersos los colombianos, pues es, sin duda, un tema trascendental en la historia del país.

En esa hechura de constituciones, de guerras y de procesos de paz las distintas generaciones nos hemos acostumbrando a una serie de eufemismos para no situarnos en los planos verdaderos: el de la guerra y el de la paz. A través de la historia hemos aprendido de mediación, de humanización, de estatus político, de beligerancia, de indultos, de justicia transicional, de desescalamiento de la guerra y de posconflicto. Pero, ¿qué es el posconflicto? Según la acepción de la palabra significa: después del conflicto.

Ahora, ¿cuándo va a terminar el conflicto si sabemos que la primera obligación que tenemos como periodistas ante la sociedad es enseñarle que si se llega a firmar algún acuerdo con las FARC eso no quiere decir que mañana estaremos todos tomados de las manos, cantando el *Aleluya*? Como nos enseñó el libro de María Teresa Ronderos²⁰, esto es un reciclaje de violencias. Quizás desaparezca la marca FARC y quizás con la desaparición de esa marca entremos en un territorio que nos diga que por fin Colombia, el último país del hemisferio occidental, logró superar la guerra fría. Sería muy interesante llegar a ese solo hecho, mientras tanto cómo nos vamos a preparar para el posconflicto si es que el posconflicto ya convive entre nosotros; nos asalta en los semáforos, nos exige en las oficinas de instrumentos públicos, nos encara en las demandas de responsabilidad del Estado y nos confronta todos los días en estas guerras políticas y judiciales que tenemos que reportar todos los días. El posconflicto ya está y no tenemos que esperar a que el Gobierno y las FARC firmen un acuerdo para pensar que a partir de ese momento vamos a construir una nueva Nación. Esta es una transición, que se supone va de la guerra hacia la paz o, de pronto, a otra forma de convivencia.

A diferencia de los procesos de paz anteriores, este tiene una particularidad que me parece interesante y que hace posible que llegue a tener éxito. Por primera vez se pensó en la paz territorial. Si ustedes leen todos los documentos que se han aprobado en La Habana, tanto en las intervenciones de los comisionados, como de las FARC, se habla de paz territorial. En los acuerdos firmados –el acuerdo agrario, el acuerdo de participación y política, el acuerdo para la solución de las drogas ilícitas– y en la forma en como se está encaminado el tema de las víctimas se está pensando en que la paz se construya de las regiones hacia el centro y es entendible; hasta hace muy poco éramos un país excesivamente centralista y ese ha sido uno de los grandes males de esta Nación, el bogotatismo excesivo. Volviendo a Bolívar, este decía: “Lanudos sabaneros que se cubren con el frío de Bogotá y Tunja”. Verdaderamente, ¿nosotros qué hemos hecho desde Bogotá para, de alguna manera, proyectarle al Caribe, a los Llanos Orientales, a los

20 *Guerras recicladas*.

Santanderes, a la región de los Montes de María o al Putumayo? ¿Cuál ha sido el modelo que hemos trasladado desde Bogotá?

Entonces ahora, en un país donde el poder local es cada día más importante, donde la descentralización es evidente, donde terminamos, a la fuerza, volviéndonos un país federalista sin serlo, estamos abocados a un posconflicto desde una perspectiva y una metodología que se llama “paz territorial”. Y los tres acuerdos firmados y lo que viene en perspectiva está enmarcado en esa particularidad. Todos los procesos de negociación anteriores buscaban respuestas en Bogotá y la prueba está en que lo que pedían eran unas curules en el Congreso, pero ahora los mismos actores armados ilegales saben que el poder ya no está en Bogotá, que está en las regiones. Es por eso que Jorge 40 y compañía, y Mancuso y Castaño, se inventaron el Pacto de Ralito, porque era mucho más fácil cooptar el poder local que cooptar el poder en Bogotá. Lo mismo hicieron las FARC en sus territorios de influencia.

Sesión de preguntas

Jorge Cardona

Marta, desde esa perspectiva, ¿cómo concibes el tema de la paz territorial? ¿Cuál es el reto de los medios de comunicación en ese concepto?

Marta Ruiz

Yo creo que la paz territorial es un enunciado maravilloso y hasta ahora un enunciado. En nada se está viendo que caminemos hacia allá, cosa que es muy preocupante. León Valencia siempre dice que la clave de la paz está en fortalecer Estado, fortalecer ciudadanía y acabar con las economías ilegales. Creo que hay mucha tendencia a pensar que hay que fortalecer el Estado y esa es la parte más difícil. James Robinson dice que lo que ha hecho eterna la guerra en Colombia es que hay un pacto tácito muy funcional entre las élites locales y las

élites nacionales; Juan Manuel Santos representa a una élite nacional bogotana, muy santafereña, pero sus votos los pone el “Ñoño” Elías²¹. En ese sentido, hay una cosa muy disfuncional, pero que funciona muy bien, que les conviene a todos y que genera un *statu quo*.

Para mí la encrucijada real es cómo romper ese *statu quo* del poder en las regiones; no cómo llevar instituciones. Eso se puede hacer, pero lo que me parece difícil es que las elecciones de octubre las ganen los herederos de la “Gata” o del “Gordo” García y que el posconflicto se haga con los mismos de siempre. Creo que en los acuerdos de La Habana no hay instrumentos para romper el *statu quo* de las regiones y que la única vía es que la ciudadanía se mueva con información, con un debate público y con veeduría, y ahí el periodismo tiene un papel fundamental. A donde tenemos que apuntar es a que realmente se construya un *statu quo* que pueda generar un ambiente democrático y no uno que reproduzca el crimen organizado y nuestras violencias. ¿Es esto posible? Sí, yo he trabajado mucho en las regiones y veo esperanza y despertar en la gente, veo nuevos movimientos sociales y veo a la gente trabajando fuertemente, y en eso el papel de los medios comunitarios y locales es crucial.

Jorge Cardona

Leyendo los acuerdos uno se da cuenta de que si hay posconflicto tiene que haber democratización de la información y ellos la definen en estos términos:

21 Se refiere al congresista Bernardo Elías Vidal, a quien se le conoce de esta forma en la costa Caribe.

- Tiene que redefinirse el uso del espectro electromagnético.
- Tienen que crecer las redes de radio comunitaria.
- Tiene que haber una revolución de contenidos en cultura de paz.
- Tiene que haber canales comunitarios para las organizaciones sociales.
- Tiene que capacitarse técnicamente a las comunidades para un nuevo escenario de medios de comunicación y de participación política de un proceso de paz.

Marta, ¿estos son enunciados o es algo viable?

Marta Ruiz

Esto es viable si nosotros lo hacemos viable. Ni el Congreso, ni los señores de las FARC, ni el alto comisionado para la paz van a regalarnos garantías para ejercer el periodismo. Finalmente, los acuerdos son un instrumento para trabajar y para luchar, y somos nosotros quienes tenemos que empezar a empujar para que esos acuerdos se vuelvan una realidad.

Jorge Cardona

¿Cuál es el modelo de posconflicto ideal? Nosotros hemos tenido toda clase de procesos de paz: el del M-19, que después de veinticinco años tiene un alcalde de Bogotá; el del EPL, cuyos integrantes terminaron, en su mayoría, en las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC); el del Quintín Lame, que se diluyó en las organizaciones sociales y que no ha podido prosperar en las luchas indígenas; el de la Corriente de Renovación

Socialista (CRS), que de alguna manera ha aportado en la construcción de memoria y en la construcción de entender las lógicas de la guerra; y el de las AUC, que nos plantearon en los tiempos de Álvaro Uribe.

Marta Ruiz

Nosotros tenemos que quitarnos de la cabeza los modelos, no hay un modelo. Esta es una etapa creativa en la medida en que la paz territorial es un concepto nuevo, que todo el mundo quiere saber qué significa, pero que a la larga no vamos a esperar que nos expliquen, porque va a depender de las dinámicas de cada territorio, no se va a dar de manera genérica. Yo hago parte de un grupo de paz territorial en Montes de María y la paz territorial de allá va a ser muy distinta a la paz territorial del Cauca, porque allá no hay un problema étnico. La paz territorial va a haber que inventársela y eso es interesante y riesgoso al tiempo.

Jorge Cardona

La historia le enseña a uno todo. ¿Sobre qué modelo iniciaron nuestras guerras de independencia? Sobre un modelo que se inventó un sacerdote gadiitano llamado José Celestino Mutis, que se inventó una cosa llamada la Expedición Botánica. No sabíamos ni qué teníamos, no sabíamos cuál era nuestra producción, y ese modelo de Estado que quedó trazado en la Expedición Botánica fue el que le permitió a los precursores de nuestra República entender un poco la construcción de un Estado, de una sociedad, de unas regiones y de una Nación.

Si nos situamos a mediados del siglo XIX, hubo un esfuerzo monumental que fue la famosa

Comisión Corográfica de Agustín Codazzi, el sabio italiano que salió por todo el país y volvió a trazar el mapa y a decir: “Esta es la Colombia que tenemos. Estas son nuestras regiones. Estos son nuestros recursos. Estas son nuestras potencialidades”.

Nosotros estamos necesitando una nueva Expedición Botánica y una nueva Comisión Corográfica en la medida en que tenemos que volver a reconstruir la Nación, que volver a diseñar el mapa. Como decía Marta, es necesario hacer una nueva geografía: la geografía del posconflicto. Es decir, mirar a través de esas regiones olvidadas de Colombia y ver cómo esas regiones van a contribuir a la existencia de la democracia colombiana.

La única solución es una solución agraria. Yo creo en un posconflicto pensado desde las regiones, creo en la integración de los medios de comunicación y, así suene populista, creo en el periodismo que se hace en las regiones, porque son esos colegas los que han convivido con la guerra y es fundamental que haya una integración entre los periodistas que trabajamos en Bogotá, o en las ciudades principales, con los periodistas de las regiones para que ellos nos enseñen, verdaderamente, cómo es que se hace periodismo en la guerra.

Hancel, una aplicación para el periodismo seguro²²

Jonathan Bock y Pilar Sáenz

Jonathan Bock

Para comenzar, hagámonos una pregunta, ¿utilizamos WhatsApp y Skype para comunicarnos de manera social? La respuesta más probable es que sí y no está mal. Ahora bien, ¿utilizamos WhatsApp y Skype para hablar con las fuentes, para tratar temas periodísticos de nuestras investigaciones o para manejar temas sensibles? Si la respuesta es “sí”, tenemos un problema.

Uno de los principales retos en los Talleres de Protección que hace la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) es sensibilizar a los periodistas sobre la importancia de la información que tienen. Todos somos más o menos conscientes de que tenemos que proteger nuestra integridad física; sin embargo, no aplicamos esto a la información que manejamos, ni a nuestras fuentes. Por supuesto, sabemos que es importante cuidarlas, pero no tomamos las prevenciones suficientes para hacerlo. Es con ese objetivo que desde hace tres años la FLIP, en conjunto con la asociación civil Factual y la Fundación Karisma, ha venido trabajando en Hancel²³, una aplicación para teléfonos inteligentes que busca minimizar riesgos y proteger la información e integridad de los periodistas.

22 Si está interesado (a) en descargar Hancel, envíe un correo electrónico a Jonathan Bock a jonathan@flip.org.co y recibirá el código para descargarla.

23 Vea: <http://hanselapp.com/>

¿Cómo nació?

La historia inicia de la siguiente manera. Mientras Ela Stapley y Diego Mendiburu²⁴ se tomaban unas cervezas y hablaban del secuestro que ella había sufrido semanas atrás, a Ela se le ocurrió que sería ideal poderle enviar un mensaje inmediato a alguien en esa clase de situaciones, una especie de alerta para que se iniciaran acciones. A partir de esa idea comenzaron a trabajar y, finalmente, después de tanto trabajo y tanto tiempo, podemos decir que la aplicación está en fase de pruebas para que en breve pueda estar a disposición de todos, tanto de periodistas como de otras poblaciones que necesiten de este tipo de herramientas.

¿Por qué cuento la historia de Ela y Diego? Porque me parece que es muy genuina la necesidad que surgió desde los periodistas, desde el trabajo del día a día, y no desde una corporación o fundación. Todos sabemos que cuando vamos a hacer reportería –no solamente en una zona de conflicto, sino también en una comuna difícil, en una cárcel o en una ruta complicada– es mejor tener algunos mecanismos de autoprotección que puedan servir en momentos en los que se pone en riesgo nuestra seguridad.

Funciones: seguridad y blindaje

Pilar Sáenz

Parte de la idea de Hancel es velar para que las comunicaciones sean lo más seguras posible. El objetivo es que podamos comunicarnos del mismo modo en que lo hacemos cotidianamente, que se puedan hacer llamadas, enviar mensajes de texto, chatear, y que en los casos en que realmente tengamos una emergencia podamos enviar una alerta. Dicha alerta se envía a través de un botón de pánico que el usuario solo necesita presionar para que salga el llamado. Este se envía como mensaje de texto con datos de ubicación y porcentaje de batería, porque, generalmente, uno se entera de que la persona está en peligro, pero no sabe si le queda batería o en dónde está realmente ubicada geográficamente. En caso de que no haya tiempo o de

24 Periodistas mexicanos, fundadores de la asociación civil Factual.

que no se pueda sacar el celular, solo es necesario oprimir unas tres o cuatro veces el botón de apagado para que la alarma se envíe de forma automática.

La aplicación también cuenta con la función de voz sobre IP, dado que la mayor parte de las comunicaciones que realizamos por voz en el país no están cifradas, lo que significa que cualquiera las puede chuzar. Con la voz sobre IP uno puede cifrar la comunicación a través de un protocolo que hace que cualquier externo que trate de entrar a la llamada escuche o vea ruido. Esto mismo aplica para el chat, que puede hacerse completamente cifrado.

Una función súper importante es la de los anillos de seguridad. Cuando yo decido enviar una alerta no necesariamente le llega a una persona, le puede llegar a varias que yo haya establecido previamente dentro de esos anillos de seguridad, que pueden constituirse de acuerdo a cada lugar o evento que se cubra. Para enviarle alertas a la FLIP es necesario activar un código específico y lo hicimos así porque queremos que la comunicación y que la información que se guarda sea completamente anónima, es decir, para la FLIP no es necesario saber dónde están los periodistas en algún momento o quiénes están conectados o no con Hancel. Lo que necesita es poder actuar en caso de emergencia.

Hancel también cuenta con un programa de rastreo que permite ubicar geográficamente a la persona que está enviando la alerta y obtener todos los puntos de localización de la misma en el lapso de unas horas o, incluso, de un día. Esta opción también genera notificaciones de forma automática para preguntarle al periodista si todo está bien. Si dichas notificaciones no son atendidas se notifica a la FLIP y a los anillos de seguridad activos. Los mapas también se pueden compartir en cualquier medio o red gracias a esta función, lo que posibilita ver la ruta que ha tenido el periodista.

Sesión de preguntas

Público asistente

¿Solo aplica para Colombia?

Pilar Sáenz

No, eso es lo mejor. No aplica solo para Colombia y, de hecho, uno puede tener conversaciones

con gente en otros países a través de la misma aplicación.

Público asistente

¿Cómo controlar que sea solo para periodistas?

Pilar Sáenz

Eso no lo vamos a controlar, porque no necesariamente tiene que ser solo para periodistas. Esas funciones le sirven a cualquier persona que las necesite. Por ejemplo, hay aplicaciones semejantes para prevenir casos de violencia de género que solo funcionan con un botón de pánico. Ahora, ¿cuál es la diferencia respecto al público general? Las alertas de la FLIP. Solo se le daría código de activación a una persona que sea periodista o que estudie, trabaje o tenga una cercanía con la FLIP.

Público asistente

¿Habría la posibilidad de redireccionar esa dirección IP a otro país para no ser rastreado?

Pilar Sáenz

Se podría utilizar una VPN desde el mismo celular para tener una dirección IP en otro lugar. Es una práctica de seguridad compleja que vuelve muy lento el tráfico, pero sí se podría hacer sin que falle la aplicación.

Público asistente

¿El botón de alerta funcionaría solo con GPS, en caso de que uno no tenga Internet o datos?

Pilar Sáenz

Justamente, fue ese uno de los elementos que tuvimos en cuenta para que el botón de pánico funcionara a través de mensaje de texto. Así que no hay ningún inconveniente en que tengas el plan de datos o no.

Mesa regional: Investigaciones e iniciativas con sello CdR

Leonardo Herrera Delghams

Daniel Suárez

Maryluz Vallejo

Moderadora: Gloria Castrillón

La agonía de la Ciénaga Grande de Santa Marta

Leonardo Herrera Delghams

Alguna vez me enseñó un profesor de la universidad que hay temas que a uno le generan una atención principal, que lo tocan para investigar. La Ciénaga Grande hace parte de esos temas que me generan una preocupación y un dolor propio, porque nací en Ciénaga, Magdalena, uno de los pueblos que recorre este cuerpo de agua.

La Ciénaga Grande es uno de los complejos de agua más importantes del Caribe colombiano y del país, fue declarada reserva de la biósfera por la Unesco y es el lugar en el que viven, aproximadamente, 5000 pescadores. Sin embargo, ahí ha pasado de todo en términos ambientales y sociales, y es un tema que está sobreestudiado por universidades nacionales e internacionales, por el Estado y por organizaciones internacionales. Además de eso, hay mucho reporte y mucha denuncia en los diferentes medios de comunicación; yo por ejemplo llevo diez años escribiendo sobre la tragedia que vive la Ciénaga Grande.

El paraíso perdido

Actualmente, soy corresponsal en Barranquilla de *El Tiempo*, pero entre 2004 y 2006 fui corresponsal en Santa Marta. Justamente, hace poco la Ciénaga Grande volvió a ser noticia en los medios nacionales por una denuncia que nosotros hicimos hace ocho años sobre el relleno de la Ciénaga a manos de los grandes finqueros y terratenientes que se apoderaron de esas tierras y sacaron a los pescadores, y a las familias que las habían habitado por generaciones.

Con el paso de los años, la Ciénaga no solamente se ha convertido en un problema ambiental, sino también social. Son diez municipios que están asentados en los alrededores y que generan permanentemente todo tipo de problemas, entre ellos, la contaminación y la sobreexplotación pesquera. Hace cuarenta años la Ciénaga producía 27 000 toneladas de pescado, era una de las principales despensas piscícolas del Caribe, hoy no llega a las 5000 toneladas anuales. Han desaparecido especies, hay hambre, pobreza y miseria. A su vez, hay mucho dinero y recursos desperdiciados. La Ciénaga tiene una sobretasa ambiental que se paga en el peaje, pero esos recursos no se ven invertidos porque los caños siguen tapados, la contaminación sigue, los peces siguen desapareciendo y la pobreza y la miseria continúan. A esto se suma la participación nacional e internacional. Los Gobiernos de turno, en sus momentos de preocupación, han invertido dinero en la zona y organizaciones como la GIZ de Alemania han invertido millonarios recursos, pero no hay una política de atención permanente a los dineros, a las obras y a la gente que vive aquí.

La violencia

La violencia ha sido uno de los grandes problemas de los pescadores, quienes además de preocuparse de que se les acabe el pescado deben estar alerta a causa de los violentos que los sacan de la zona, los maltratan y los matan. Ese fenómeno de violencia tiene más de quince años: primero, la guerrilla utilizó la Ciénaga como corredor de armas y secuestrados; luego, llegaron los paramilitares y comenzaron a hacer desplazamientos, y a acabar pueblos enteros.

¿Recuerdan la masacre de la Ciénaga Grande en el año 2000, cuando fueron masacrados alrededor de cuarenta pescadores que, en su mayoría, no tenían nada que ver con eso? Otro ejemplo es el del terraplén de veintisiete kilómetros que los paramilitares hicieron con maquinaria pesada al sur de la Ciénaga Grande, luego de despojar a cuatrocientas familias que explotaban de manera agrícola la zona. Se apoderaron de ella y años después la pusieron a nombre de testaferros, y se la vendieron a una empresa agrícola que está construyendo diques y está secando la Ciénaga para la cría de búfalos. Son casi 15 000 ha de las que se han apoderado y que aparecen en los estudios y análisis de los que les hablaba, pero hasta la fecha no ha pasado nada.

Como imaginarán, toda esta situación de violencia, de escasez, de abandono y despojo ha generado también una ruptura en las tradiciones de los pescadores, pues muchos jóvenes de la Ciénaga han crecido sin el deseo de querer seguir los pasos de sus padres y abuelos.

Cronología de un desastre²⁵

Para finalizar, los invito a ver el especial multimedia que publicamos hace un año en el portal de *El Tiempo*, en donde mostramos la importancia que esta problemática tiene para la región; hablamos de contexto y de historia, de cómo comienza la tragedia para esta reserva natural, y abordamos el drama social que están viviendo los pescadores.

Es una historia bastante triste y muy larga de contar, con diferentes aristas, especialmente, en estos momentos en los que estamos hablando de restitución de tierras y en los que el Gobierno Santos ha iniciado un programa para devolverle a los campesinos y a los pescadores las tierras de las que fueron despojados. Este será un momento para destapar, nuevamente, todas esas historias de dolor y tristeza que han estado escondidas en los pueblos más lejanos, ante autoridades ambientales que se han escudado en la falta de recursos y en la inseguridad, y élites locales que han mantenido la tragedia tapada y en la sombra.

25 Veá: <http://www.eltiempo.com/Multimedia/infografia/cienagadesantamarta/>

Yo Intervengo: una aplicación para hacer reportes y solicitudes de obras públicas²⁶

Daniel Suárez

Imagino que en algún momento, en sus respectivos medios, han reportado incomodidades de la ciudadanía. Por ejemplo, alcantarillas que fueron robadas, conductores infractores, basuras, huecos, vías sin pavimentar, temas residenciales o de valorización, etcétera. Y no sé si en ese ejercicio periodístico se han dado cuenta de que siempre están consultando las mismas fuentes; al mismo líder de la Junta de Acción Comunal o al mismo habitante del barrio, muchas veces porque no ven a otras personas que estén dispuestas a hablarles. A esto se suma el que a veces los periodistas nos quedemos más en el escritorio que en la calle, quizás, por la misma dinámica del medio. En ese sentido, en Yo Intervengo hay un espacio en el que las personas pueden quejarse o hacer solicitudes que se suben a la herramienta con nombre propio y que le dan al periodista la oportunidad de tener nuevas fuentes, y nuevos hechos para investigar y publicar.

La aplicación se creó como una herramienta en la que se pudiera hacer seguimiento a los dineros públicos, a la transparencia y a todo el tema de rendición de cuentas. Surgió en una hackatón, que es una jornada en la que se reúnen programadores, periodistas y diseñadores para sacar proyectos pilotos en muy poco tiempo. La actividad fue impulsada por el Banco Mundial, por una aceleradora de periodismo de datos y noticias llamada HacksLabs²⁷ y por el International Center for Journalists (ICFJ)²⁸. Aquí en Colombia yo hice parte de la logística de ese evento a través de un grupo que se llama Hacks/Hackers²⁹, que une a periodistas y a diseñadores. Allí conocí a mis compañeros Daniel Olano, Jorge Ovalle Zuleta y Roberto Sarmiento Jalkh, quienes idearon el concepto de la herramienta y con quienes me uní posteriormente en un emprendimiento llamado Olinguito.

26 Veá: <http://yointervengo.co/>

27 Veá: <http://hackslabs.org/>

28 Veá: <http://www.icfj.org/>

29 Veá: <http://hackshackers.com/>

La aplicación está en versión web y móvil (versión IOS y Android). Las personas pueden hacer el registro enlazando su cuenta de Facebook o de Google y diligenciando unos datos básicos, lo que permite que más adelante el periodista pueda contactar a la fuente para saber más de una de las problemáticas o solicitudes que haya en el portal.

Otra de las cualidades de la herramienta es que permite ver geolocalizados los problemas o solicitudes. Adicionalmente, cuenta con una sección llamada Wiki en la que se encuentra toda la información de la página Contratos.gov. Esto se hizo pensando en los periodistas, dado que la página no es para nada amigable, y se logró gracias a la creación de un robot, por parte de mi compañero Daniel Olano, que descargó toda la data. Gracias a esto ustedes podrán buscar un contrato, un contratista o un interventor y hacer una búsqueda más avanzada de esa información, que puede unirse automáticamente a los reportes que hagan los ciudadanos.

Esta aplicación no solo se va a utilizar aquí en Colombia; gracias a los financiadores se va a escalar a diferentes países de Latinoamérica de manera gratuita, así que no deben preocuparse por el costo de la misma. Es una aplicación creada para ustedes que busca dar mayor participación ciudadana, más acceso a la información y potenciar la investigación.

Si están interesados en ser usuarios activos de la plataforma o en integrarla con su medio, pueden escribirnos a dani@olinguito.co y roberto@olinguito.co.

Movimiento de tierras en la prensa nacional y regional

Maryluz Vallejo

Voy a presentarles una investigación de corte académico sobre la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, un tema del país y del debate público que a los periodistas nos interesa. Yo pertenezco al Observatorio de Medios de la Pontificia Universidad Javeriana hace más de diez años, pero lo que quisimos hacer en un primer momento con mi coequipera, Catalina Montoya, fue un experimento en el que uniéramos el Análisis de Encuadre

(Entman) y el Análisis Retórico (Perelman) para mirar encuadres retóricos en los líderes de opinión.

Líneas discursivas

Analizamos a los líderes de cinco sectores de opinión: gubernamental, con el ministro Juan Camilo Restrepo; político, con los partidos de oposición Polo Democrático (senador Jorge Robledo) y Centro Democrático (Álvaro Uribe Vélez); y gremial, con José Félix Lafaurie de Fedegán. Los otros dos eran las FARC y las ONG, pero al final no tuvieron tanto peso en la muestra.

El siguiente cuadro retórico que construimos nos permitió ver las cuatro funciones que tiene cualquier líder de opinión:

1. Definir un problema.
2. Señalar sus nexos causales, sus antecedentes y consecuencias.
3. Hacer recomendaciones.
4. Basarse en principios y valores.

Adicionalmente, pudimos analizar, sobre todo, la carga retórica del lenguaje.

Promotores	Gobierno colombiano, Presidente Juan Manuel Santos; Ministro de Agricultura, Juan Camilo Restrepo	Políticos de oposición (senador Robledo), académicos (Molano), FARC, ONG (León Valencia)	Políticos de oposición (Uribe Vélez), Gremios (Lafaurie)
-------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------	----------------------------------------------------------

Definición	Ley 1448 como la gran “revolución agraria” Ley que jalonará la <u>locomotora agraria</u> / Restituirá los derechos de las víctimas <u>Herramienta</u> de la Justicia Transicional	La ley 1448 como una gran <u>farsa</u> / <u>cortina de humo</u> Falsa revolución / <u>Farsa</u> derechista /Promueve la <u>servidumbre</u> de pequeños propietarios /La restitución es un <u>suicidio</u>	Ley a la medida de las FARC / Reforma agraria impuesta por las FARC El Gobierno Santos hace <u>adanismo</u> con la ley, que se había inventado Uribe
Atribuciones de causalidad	Los enemigos de la restitución: <u>Manos negras</u> (de la derecha y la izquierda)	Enemigos de la restitución: ejércitos antirrestitución (paramilitares), Álvaro Uribe Vélez y latifundistas: <u>La trinca</u> El modelo mafioso empresarial de las <u>alianzas productivas</u>	El despojo y <u>genocidio ganadero</u> de las FARC
Recomendaciones	Modelo agrario donde quepan todos (<u>alianzas productivas</u>)	Respetar la vida de los líderes de restitución Modelo agrario con equidad, donde quepan todos	Proteger la confianza inversionista <u>Cruzada</u> para que se reconozca a los ganaderos como víctimas
Principios	Justicia y reparación	Restitución integral Soberanía alimentaria	La “buena fe” de los propietarios

Líneas editoriales

En una segunda etapa revisamos tanto el periodismo de opinión, como el periodismo narrativo, para ver ese rol deliberativo y narrativo que está cumpliendo la prensa. Retomando las reflexiones de Marta Ruíz, el objetivo era mirar la calidad del debate que estaban propiciando los medios; si estaban contribuyendo o no a elevar la crítica y el debate con investigaciones y datos nuevos o si, por el contrario, estaban contribuyendo a agudizar la polarización del país. Los diez medios analizados fueron³⁰:

- *El Espectador*
- *El Tiempo*
- *El Colombiano*
- *Vanguardia Liberal*
- *El País*
- *El Heraldo*
- *La Opinión*
- *Hoy Diario de Magdalena*
- *Meridiano de Sucre*
- *Voz*
- *Semana*

Utilizamos una base de datos en Access en donde identificamos cada una de las piezas con todos sus rasgos descriptivos y con el protagonismo: ¿quiénes son los actores de la información?, ¿cuándo son fuentes y cuándo son sujetos de la información? Esto nos permitió realizar el análisis retórico, mirar las falacias del discurso y evaluar todos los dispositivos retóricos que hay en las declaraciones que dan los protagonistas de la información. Varios de los elementos observados en la línea editorial de los medios nos llamaron la atención.

El Colombiano, que es el diario antioqueño, muy uribista por cierto, insiste en que fue la Ley de Justicia y Paz la que creó el andamiaje para

30 La muestra de la investigación, que produjo más de 1500 piezas, fue realizada entre enero de 2012 y junio de 2013.

la reparación de víctimas, pues Uribe había entregado cinco millones de hectáreas, lo que deja a la ley de Santos corta respecto a lo que ya se había hecho.

El Colombiano –y lo digo con conocimiento de causa, como paisa que soy– mantiene una pelea cazada con la prensa bogotana. Cuando María Jimena Duzán publicó en *Semana* una columna en la que se refirió a los empresarios del Sindicato Antioqueño como modernos y a los bananeros y ganaderos de Urabá como premodernos este diario le dio despliegue al debate, por lo demás molesto, porque la Ley de Tierras hace aflorar el regionalismo, pese a que tres protagonistas de la información son paisas, estoy hablando del ministro Restrepo, de Juan Manuel Ospina, en su momento director del Incodec, y del superintendente de notariado y registro Jorge Enrique Vélez. Sin embargo, vale la pena destacar la narración en la parte de crónicas y reportajes de *El Colombiano*, que tiene un equipo fuerte de periodistas y cuya tradición en el cubrimiento de temas de paz y derechos humanos viene de los años noventa.

El Espectador también dio un alto cubrimiento y consideramos que quien contribuye a dar línea editorial es Alberto Molano, gracias a sus crónicas que son de un rico contexto histórico y a la influencia y respetabilidad que tiene en este campo. Otros columnistas que posee el *El Espectador* son de línea crítica como María Teresa Ronderos, Francisco Gutiérrez y Cristina de la Torre, que en un comienzo miraron con entusiasmo la Ley, sin dejar de ser escépticos por la viabilidad. Por ejemplo, María Teresa Ronderos se mostraba escéptica porque recordaba que la Ley de Baldíos para desmontar la Ley 160 de 1994 iba a ser fatal para la restitución. El tiempo le daría la razón.

El Herald, que es un periódico muy uribista, celebró desde un comienzo la Ley y la visita de Santos a Barranquilla para presentar la restitución de tierras, aunque también ha mostrado sus reservas por como esto llegue a afectar los intereses de los grandes terratenientes.

En *La Opinión* sí encontramos a un columnista muy crítico de la Ley de Restitución, llamado Oscar Montes, quien a través de la columna La Ley del Montes consideró que dicha Ley era el banderazo de la

reelección de Santos –tampoco se equivocó–. Montes también es defensor de José Félix Lafaurie, quien fue muy criticado cuando se celebró en Bogotá, en la Universidad Nacional, el Foro de Tierras al que no quiso asistir en señal de protesta. Lafaurie, por cierto, es uno de los culumnistas de *El Heraldó*.

El País no se destaca por su cubrimiento original, no hay una agenda propia. De hecho, la selección que hicimos de periódicos nacionales y regionales fue, sobre todo, con la expectativa de encontrar agendas propias, en medio del cubrimiento de las doce zonas priorizadas por la restitución. De ahí que no eligiéramos medios digitales tan interesantes como La Silla Vacía, Razón Pública o Verdad Abierta, porque queríamos ver cómo cubría la prensa local temas tan propios de sus regiones.

Una de las columnistas de *El País* es María Elvira Bonilla, que en un principio estaba muy entusiasta con el tema de la Ley de Restitución. Otra de sus columnistas era, para ese momento, Paloma Valencia, quien tenía una columna llamada La Claridad.

En *El Tiempo* estaba Salud Hernández, que fue a hacer un reportaje a Bella Cruz, supuestamente, en busca del ejército antirestitución, pero concluyó que allí no había ningún ejército, porque ninguno de los campesinos le había dado testimonio de eso –tenían miedo–. Este periódico es genéticamente santista, así que al cumplirse el primer año de la Ley la editorial fue bastante elogiosa.

En cuanto a *El Meridiano de Córdoba*, quiero destacar la serie realizada por Ginna Morelo, llamada “La ruta del despojo”³¹, que la hizo ganadora del Premio Simón Bolívar de Periodismo en la categoría Innovación. Es una serie muy crítica, de lo más crítico que uno encuentra en *El Meridiano de Córdoba*, que desnuda la realidad y desoculta los discursos oficiales. En este periódico también hay columnistas de derecha como Plinio Apuleyo, Saúl Hernández, María Isabel Rueda y Abelardo de la Espriella.

31 Vea: *Memorias VI Encuentro de Periodismo de Investigación*. Panel: Escarbando en la memoria histórica. Conferencia: “La ruta del despojo”. Por: Ginna Morelo.

Conclusiones

Estas son unas comprobaciones previas, porque aún nos hace falta llenar la base de datos con 200 piezas de las 1500 que obtuvimos.

1. La tierra no ha sido un tema relevante para los medios colombianos, no es un tema muy glamuroso o que les guste trabajar en las redacciones salvo cuando se “arma el tierrero”, hablo del caso del Cauca. Sin embargo, al ser un proceso que quedó amarrado al proceso de paz, desde la firma del primer acuerdo del agro, logró posicionarse en la agenda mediática.
2. Hace falta agenda propia, pues los cubrimientos se basan en agencias de noticias como Colprensa.
3. Colprensa también distribuye columnas, por lo que termina uniformándose la opinión. Hablemos, por ejemplo, del caso de José Félix Lafaurie, cuyas tesis antirestitución alcanzan alta resonancia al ser reproducidas en cinco periódicos. Dicha exposición mediática le sirvió para perfilar su candidatura presidencial.
4. Falta seguimiento a las historias, hablo de seguir la pista de las restituciones, que por su carácter “simbólico” no suelen materializarse. Es necesario comprobar si los beneficiados por la Ley sí pudieron regresar a sus tierras. Esto lo hizo muy bien *El Meridiano de Córdoba* con la serie de Ginna Morelo.
5. En general, las narrativas son pobres, sin contexto y sin datos propios. Domina la información basada en boletines oficiales y en agencias.
6. *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Colombiano* y *El Meridiano* se destacan por sus crónicas y reportajes, sobre todo, de víctimas reclamantes y líderes asesinados, aunque no pesan mucho en la muestra total.
7. El mayor impacto lo tiene un periodismo de opinión muy polarizado, donde se orienta el debate con posiciones extremas, sesgos ideológicos y defensa de intereses particulares. Como decía Marta Ruiz, pluralismo no es la extrema derecha y la extrema izquierda; se pierden los matices. El caso más grave es el de José Félix Lafaurie.

8. Con la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras pasa lo mismo que con el proceso de paz: los medios y líderes de opinión la apoyan siempre y cuando no toque intereses de las élites políticas y económicas.
9. Los temas que se han invisibilizado, quizá por falta de especialistas en las redacciones o por autocensura, son: leyes de Desarrollo Rural, el Acuerdo del Agro, los Baldíos, las Zonas de Reserva Campesina (ZRC,) los Bancos de Tierras y los ejércitos antirrestitución.
10. Faltó periodismo investigativo basado en las cifras reales de la restitución, como lo hizo Robledo, quien terminó con los de su bancada, destapando cifras reveladoras muy al comienzo de la Ley en las que demostró que no se había restituido ni una sola hectárea de tierra. Columnistas como Daniel Samper llamaron a eso “la demagogia aritmética” con la que el Gobierno engaña. Eso es lo que deberían estar haciendo los periodistas en las regiones; ir a las unidades de tierras a cotejar cifras y mostrar realmente cuántos de los beneficiados por la ley han podido volver a sus tierras.
11. Finalmente, los dejo con la reflexión sobre las caricaturas, que son realmente un género muy interesante para los investigadores de prensa, porque esa crítica gráfica es a veces mucho más valiente e independiente de la que se atreven a hacer los columnistas.

Sección de preguntas

Gloria Castrillón

Leonardo, por un lado, me gustaría saber qué efecto tuvo esta publicación en multimedia y qué papel puede jugar este nuevo periodismo en la población. De otro lado, y retomando lo que nos contabas sobre los múltiples estudios y diagnósticos de la Ciénaga, cuéntanos cómo se escoge lo que es relevante para el trabajo final entre tanta información.

**Leonardo Herrera
Delghams**

La multimedia nos brinda un modo diferente de contar la historia y le permite al medio evidenciar el número de personas que entran a leer y a dejar sus opiniones. Creo que fue un tema muy bien recibido por los lectores del portal de *El Tiempo* y sé que se movió muy bien en las redes sociales. También tuvo bastante éxito en las universidades, sobre todo en las universidades de la costa que nombraban y que reconocían estos estudios.

En cuanto a la selección de información, yo también me encuentro vinculado a la academia, soy profesor de universidad, y lo que hice inicialmente fue un estado del arte en el que recogí todas las investigaciones o trabajos que les mencioné. De ahí, básicamente, buscaba el dato detonador, el dato nuevo, como por ejemplo la cifra de la producción de pesca y de las especies que se habían perdido. Más allá de eso, lo que me ayudó muchísimo fue el hecho de que yo viví en la Ciénaga y tuve la oportunidad de estudiar con hijos de pescadores que luego tuvieron que irse por la violencia o se unieron a grupos armados o murieron. Así que conocía la historia de raíz.

Pienso que esta clase de investigaciones aporta a la reconstrucción de la historia del conflicto porque al visitar los lugares se recogen testimonios de los afectados y eso es también un aporte del periodismo a la recuperación de la memoria histórica, a que no se olvide lo que pasó ahí.

Gloria Castrillón

Daniel, ¿qué tanto influye la participación ciudadana en los cambios sociales? En este mismo sentido, ¿cuál es la relación entre el periodista y el

ciudadano en un mundo virtual como el que vivimos hoy en el que se dice que los periodistas somos cada vez menos necesarios y que algunas personas en las redes sociales pueden, incluso, sustituirnos?

Daniel Suárez

Para responder la primera pregunta, parto de la posición del periodista como ciudadano, pues ese es el papel que jugamos en una sociedad democrática, el papel de la participación. Los periodistas somos actores importantes en una sociedad democrática en donde muchas de las organizaciones miden qué tan democrática es la sociedad analizando qué tan libremente se pueden expresar las personas.

Este tipo de herramientas no pueden ser vistas como una forma distinta de comunicarse u otro tipo de periodismo; es el mismo periodismo con una herramienta que potencia la participación del ciudadano y del periodista. Ahí entra la relación entre el periodista y el ciudadano. Sin duda, los caminos que hemos recorrido nos hacen diferentes, no es lo mismo ser estudiante de periodismo que ser egresado de periodismo o haber aprendido periodismo a través de la experiencia, como tampoco es lo mismo estar en un medio independiente o en uno que le pertenece a algún grupo empresarial; sin embargo, hay algo que nos une como periodistas y que siempre nos va a separar del ciudadano común. El ciudadano solo puede quejarse, el periodista no; para contar algo el periodista tiene que investigar, tiene que hacer entrevistas, revisar documentos y utilizar muchas de las metodologías que ha aprendido a través de la experiencia en la academia.

Claro, en la aplicación vamos a encontrar muchas opiniones, muchas quejas, y es por eso que para nosotros es importante contar con usuarios que sean periodistas, porque esos serán usuarios inteligentes que saben cómo manejar la información, tanto la que publican como la que ya hay en la herramienta, pues a través de ella pueden ver las estadísticas según la problemática que estén investigando y hacer un análisis de la información más profundo.

Gloria Castrillón

Maryluz, los periodistas no salimos muy bien librados del estudio. En ese sentido, ¿cómo recuperar el tiempo perdido? ¿Cuáles son nuestras tareas puntales?

Maryluz Vallejo

Sin duda, en el estudio encontramos cosas maravillosas, pero son pocas en relación con la abundancia de información oficial. Es por eso que llama la atención que sea tan pobre la narrativa y que le falte contexto, como decía Alma Guillermoprieto. Yo excusaría, en parte, esa situación por la complejidad de trabajar en las regiones, debido a los mecanismos de autocensura. Ahora bien, se puede hacer otro tipo de reportería sin exponer mucho la vida, por ejemplo, ver qué está pasando con el banco de tierras o ver qué pasó con la Ley de Desarrollo Agrario. Son preguntas que se pueden responder con reportería a los líderes políticos o a las entidades responsables de la restitución. Eso es hacer un periodismo investigativo que pida cuentas y que le haga veeduría a la implementación de la Ley. Yo nunca veo entrevistas con jueces agrarios o con los personeros de los municipios que son

clave en el proceso de restitución, así que eso nos lleva claramente a pensar que hacen faltan fuentes en los relatos.

Creo que lo primero para contribuir con esta Ley, que no será la gran revolución agraria que anunció el Gobierno, es tragar sapos, creer en algo, pero sobre todo vigilar que esa Ley se cumpla y que se le devuelva a los campesinos su tierra. En cuanto a la academia, creo que es necesario formar a los jóvenes en temas de agro, porque cuando un periodista no domina esos temas les toma pereza y los aborda desde la información oficial.

Narcotráfico: Dos miradas al crimen organizado

Juan Miguel Álvarez

Óscar Martínez

Modera: Carlos Alberto Giraldo

Balas por encargo *Juan Miguel Álvarez*

Balas por encargo fue publicado en el año 2013 como resultado de un proceso de más o menos cuatro años largos de reportería y escritura. Su contenido o su historia central es una especie de inmersión en algunos elementos de la violencia asociada al narcotráfico en el Eje Cafetero de Colombia, especialmente, en el área metropolitana de Pereira, que incluye tres municipios: Pereira, Dosquebradas, La Virginia y dos municipios alejados, que no son del área metropolitana pero que por su cercanía y por sus relaciones económicas y políticas deberían serlo: Santa Rosa de Cabal y Cartago, en el norte del Valle.

Este libro fue el resultado de la indignación que yo estaba pasando, soportando, por la cantidad de violencia, de asesinatos y de homicidios que a diario se presentaban en la ciudad de Pereira, mi lugar de residencia en ese momento. A esto se sumó mi indignación por la posición de la ciudadanía, del grueso de la población, que miraba para otro lado o que cuando miraba no podía hacer otra cosa que afirmar: “Algo hizo, algo debía”. Esa justificación automática que los colombianos hemos tenido siempre que hay un crimen, ese facilismo y ese descaro de un sector de la sociedad –probablemente el menos comprometido políticamente– me agobió y me llevó a tratar de entender lo que estaba pasando en la ciudad.

Una primera conclusión a la que yo me acerco en el libro es por qué era importante para mí escuchar a los victimarios, por qué era importante escuchar a los sicarios, a los matones. El primer argumento que me di a favor fue que en los últimos años en Colombia, sobre todo después de la desmovilización paramilitar y del destape de cómo cometieron sus crímenes y masacres, contadas por ellos y no por los investigadores de la justicia, empezamos a darnos cuenta de que en los métodos de asesinato y de ataque militar a las regiones había unas acciones de saña, de atrocidad y de recrudescimiento del asesinato sobre las víctimas que para mí era inexplicable. Estando en una guerra, en un escenario de conflicto armado, asesinar con tiros de gracia a los que habían perdido el combate podía entenderse en nuestro país como un acto mesurado. Por supuesto, esto no lo hacían los paramilitares con los que perdían el combate o con sus víctimas civiles, ya que había cualquier cantidad de disfrute de la tortura y de los mecanismos más macabros de asesinato.

En esa sorpresa de nosotros como país, ante las declaraciones de los paramilitares, empezó a ser importante privilegiar la voz de la víctima por encima de las demás voces, por el hecho de que la víctima, al ser civil, al ser campesino, al ser ciudadano de barrio marginal, era alguien al que había que salvarle la dignidad por encima de escuchar al victimario. Eso era comprensible y a mí me daba la impresión de que era políticamente correcto no preocuparse por la versión de los victimarios; sin embargo, pude ver que si queríamos entender las razones de este conflicto armado, teníamos que entender qué mecanismos psicológicos o qué tipos de mecanismos sociales operaban en la mente de estos asesinos para que fueran capaces de cometer los actos más cruentos contra una persona, sobre todo, contra una persona derrotada y vencida, o contra una persona indefensa; hablo, por ejemplo, de las familias campesinas que fueron masacradas por los paramilitares.

La segunda conclusión a la que llegué es que la violencia del narcotráfico, aunque tuvo unas características específicas en las décadas de los ochenta y los noventa, probablemente no era muy distinta a la violencia que había tenido Colombia desde la década del cuarenta. Una de las cosas

a las que traté de acercarme fue a esos mecanismos de violencia que eran una repetición de lo que venían haciendo los sicarios en épocas pasadas. Si hablamos de los años cuarenta y de Los Pájaros, que eran los asesinos civiles de la policía chulavita, y del final de los años cincuenta y Los Bandoleros, que eran los guerrilleros de la fuerza liberal o de izquierda, veremos que los mecanismos de violencia eran exactamente los mismos: decapitaciones y descuartizamientos. Nada distinto a lo que hemos visto en Colombia desde el reconocimiento del conflicto armado en la década del ochenta. Así que lo que había que explicar era que nuestra violencia no había nacido con el narcotráfico, sino que el narcotráfico la había catalizado, había catalizado algo que ya estaba en la cultura nacional y en el comportamiento social.

La tercera idea a la que quise acercarme en este libro es una cosa que puede sonarle muy agresiva a muchas personas, pero es una situación que no debemos desestimar. La primera vez se la escuché a un investigador de la Universidad de los Andes que se llama Francisco Thoumi y a partir de ahí traté de entender un poco más lo que él decía desde mi perspectiva de periodista. Todo el tiempo, cuando se hace el debate latinoamericano sobre la despenalización del consumo de algunas drogas, Colombia interviene con la siguiente postura: “Nosotros tenemos la autoridad moral para opinar en esto. Escúchennos, porque nosotros somos probablemente el país que más muertos ha puesto en la guerra contra las drogas, que más víctimas ha dejado”. Sin embargo, la presentación de ese dato oculta una contracara y es que los muertos y las víctimas del narcotráfico no fueron el resultado de extraterrestres que llegaron al país a matar a colombianos por causa del narcotráfico, sino que fueron colombianos matando a colombianos. En ese sentido, la frase que hay que tener en cuenta es: ¿cuántos asesinos hemos puesto en la guerra contra las drogas?, ¿cuántos criminales hemos reproducido en esta sociedad que han sido capaces de matar a tanta de su misma gente?

Si volteamos la perspectiva de esa idea, creo que es posible que podamos entender cuál ha sido el problema del conflicto armado en este país.

El porqué, más allá del qué y el cómo en torno al narcotráfico

Óscar Martínez

Soy el coordinador de una sección del periódico digital *El Faro*, que tiene sede en El Salvador y que se ha dedicado, justamente, a cubrir esa esquinita, considerada la más violenta del planeta, si nos ceñimos a los índices de homicidio por cada 100 000 habitantes que hace Naciones Unidas. Para ponerlos en contexto: la peor Honduras fue la del año 2012, cuando obtuvo ese primer lugar del peor pódium que existe, el pódium del país más violento, con 90,4 homicidios por cada 100 000 habitantes, multiplicando por cuatro al peor México que salía de aquella crisis del crimen organizado, pero que se focalizaba mucho en los estados.

Lo que pasa con Centroamérica es que ha sido una región bastante olvidada después de la guerra civil. Pareciera que Guatemala, El Salvador y Honduras necesitaran de una guerra civil o de una catástrofe climatológica para que el mundo y los medios internacionales nos presten atención durante, al menos, un par de días.

Desde enero de 2011, en el equipo de Sala Negra³² nos dedicamos a cubrir violencia bajo tres líneas de trabajo: crimen organizado, pandillas y sistemas penitenciarios, y cultura de la violencia. Esta última sección está muy relacionada con la intervención de Juan Miguel y es intentar entender por qué nos matamos tanto, quiénes son los que matan y por qué hay gente en países como los nuestros que lo único que tiene es un doctorado en fusil y a quienes en determinado momento les pedimos por decreto que se comporten pacíficamente, porque unos señores, en un espacio lejano, han firmado un acuerdo de paz.

El equipo de Sala Negra surge desde uno de los sitios donde surgen buenos proyectos periodísticos: la indignación hacia nuestra propia incapacidad como periodistas. En enero de 2011 nosotros habíamos sido incapaces de explicar, siquiera, la diferencia entre las dos grandes pandillas centroamericanas: la Mara Salvatrucha y el Barrio 18, ejércitos completos

32 Proyecto permanente de cobertura periodística de la violencia en Centroamérica de *El Faro*. Vea: <http://www.salanegra.elfaro.net/>

de 60 000 adolescentes y hombres mayores que controlan más del 60 % del territorio nacional en países como El Salvador, que es un ecosistema distinto al de Guatemala y al de Honduras.

Antes de fundar Sala Negra nos dimos cuenta de que contábamos hechos, pero no explicábamos nada; íbamos a las escenas del crimen y registrábamos que Juan Pérez había muerto exactamente a las 5:00 p. m. del miércoles 27 de junio, del año que ustedes quieran. Retratábamos la violencia vacía y eso era todo lo que contábamos, retratábamos que cinco personas habían muerto en un sitio, que otras cinco habían muerto en otro y que los policías, como suelen actuar los policías en nuestra región, tenían una hipótesis a los diez segundos de haber llegado a la escena del crimen, hipótesis que además le compartían al periodista.

Yo cubro la línea de crimen organizado y lo primero que intenté responderme cuando iniciamos fue: ¿qué se cubre en Centroamérica? Me di cuenta de que estábamos obsesionados con algunas cosas, por ejemplo, con el transporte, con el peso, con las cantidades de droga decomisadas y con los *ranking* mundiales. Teníamos un fijación por saber en qué lugar estábamos dentro del *ranking* mundial y en países como los centroamericanos, donde ganamos muy pocas cosas, en algún momento parecía como si tuviéramos que mantener esa posición, de hecho, nos ofendía si Honduras nos bajaba de lugar. Era una sensación rara, era algo que queríamos mantener.

Teníamos una fijación por la trama hollywoodense de la droga, no por la trama real. Nos interesaba ver a los camioneros y a los agentes corruptos, y pensar que este era un asunto que se dirimía solamente en ríos, en lanchas, y que lo dirimían harapientos que tenían apodos soberbios. ¿Qué ideas trascendían de ahí? Trascendía la idea de que el narcotráfico es lo único que comenten los grupos del crimen organizado. Hay más de veinte figuras delictivas según la Convención de Palermo y es muy difícil que alguien ahora solo cometa una de ellas, pero parece que tenemos una fijación con esa lista estadounidense de cuáles son las prioridades con las que tenemos que observar a un grupo del crimen organizado. Por ejemplo, en Centroamérica el delito de la trata de mujeres para la explotación sexual

comercial tiene unas implicaciones muchísimo más graves para las víctimas de ese delito que para las personas que son víctimas del narcotráfico.

Trascendía, además, la idea de que el crimen organizado se medía en capturas y en decomisos, y que lo medía la policía. Quiero ponerles un ejemplo de una foto que tomé cuando tuve que ir a Guatemala, a una de las zonas de palma africana, a hacer un reportaje de las comunidades que los medios de comunicación tradicionales trascendían como las grandes comunidades de narcotraficantes que estaban invadiendo las reservas protegidas y a las que el Estado había desalojado. El Estado hizo un informe de dos de esas comunidades y yo decidí visitar una de ellas, Centro Uno. Quiero decirles que los grandes narcotraficantes de Centro Uno no eran sino mujeres y niños muy humildes, pero el colmo no era ese, el colmo era que esa imagen conformada por mujeres y niños era la que se había vendido en los informes oficiales como los desalojados de una zona protegida que trabajaban descargando lanchas y avionetas³³. Yo creo que es descabellado, que es inmoral y que es antiético que un periodista permita que se presenten a esas personas como los criminales, como los narcotraficantes, y que no se haga un par de preguntas e intente contestarlas.

Lo que nosotros habíamos conseguido era la caricaturización del crimen organizado, lo habíamos convertido en una cuestión de hombres gordos y sombrerudos versus policías de dudosa reputación en veredas polvorientas; no era un problema político, ni social, ni económico.

Más allá del narcotráfico

Según el informe de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), en México los Zetas hicieron en tan solo seis meses 25 millones de dólares secuestrando a indocumentados centroamericanos que cruzaban por su territorio. Cuando la CNDH presentó ese informe en 2009 aseguró que si hubieran tenido el doble de encuestadores los Zetas, seguramente, hubieran ganado el doble de dinero en su informe. En ciudades como Nuevo Laredo los Zetas se dedicaban a la monopolización de la venta de piernas de pollo; si

33 Vea la fotografía en: <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201110/cronicas/6451/>

querías comprar para vender tenías que comprárselas a ellos. Llamarle a eso narcotraficantes es un absurdo, el crimen organizado monopoliza territorios y se encarga de todo lo que pueda una vez haya sustituido al Estado.

En El Salvador, por ejemplo, las pandillas que son organizaciones criminales de gran envergadura, incluidas por el Departamento del Tesoro de Estados Unidos en su lista negra de organizaciones con las que vetan relación, viven principalmente de la extorsión y la droga es mero menudeo.

La historia oficial –decidimos nosotros– se compone de mentiras y esas mentiras vienen del campo político. Hay un texto de Selva Negra que se llama “Las lecciones que nos dejó la masacre de Salcajá”. Esta es una masacre que ocurrió en Guatemala en el año 2013 cuando un grupo de crimen organizado, dirigido por Guayo Cano, decidió bajar con un grupo de sicarios para atar y asesinar a ocho policías de la Estación Municipal. No contentos con eso se llevaron al subinspector jefe, lo descuartizaron y arrojaron sus restos a un río en la frontera con México. Ir a narrar una masacre es interesante, es apasionante, pero yo preferí partir de otro punto; yo entendía que detrás de la resolución de ese caso, que el Estado guatemalteco planteaba como un éxito, había una muestra de fracaso. Terminé descubriendo cómo toda esa atomización de grupos salvajes se ha dado gracias a que el Estado no ha tenido las herramientas que quisiera para combatir políticamente el narcotráfico, es decir, a través del diálogo. México es el ejemplo más maravilloso o más terrible de cómo se ha logrado hacer eso.

En El Salvador, crimen organizado son tres o más personas que se reúnan constantemente para cometer de forma sistemática un delito. Entonces, si tres personas se reúnen durante dos semanas para asaltar autobuses entran en la categoría de crimen organizado y pueden ir a un juzgado especializado. Pero eso no es crimen organizado. Bajo mi lógica, esos tres no son más que asaltantes comunes. A mí me interesa que se cumplan tres condiciones para que puedan entrar en la categoría:

1. **Hay victimización masiva.** Esta ocurre, normalmente, cuando el Estado ha renunciado a ejecutar su papel y lo ha dejado en manos de otras personas o de otras organizaciones. No conozco muy bien el caso colombiano, pero intuyo que aquí ha sucedido en muchas regiones.

Ahora, victimizar masivamente es un dilema complejo, porque en algunas zonas el crimen organizado no ocupa ese lugar que dejó el Estado con la detracción de toda la población; muchas poblaciones asumen que es mejor tener a esa gente que tener al Estado o que no tener a nadie o que tener a los otros. Al respecto, hay un caso muy interesante en Guatemala con Walter el “Tigre” Overdick, quien llegó a ser considerado un narco bueno por la población, pues dirimía sus problemas de pueblo e, incluso, los problemas maritales de algunas parejas.

2. **Se relaciona con el gran capital.** Si tiene la posibilidad de relacionarse con grandes empresarios, si tiene sistemas de lavado de dineros, en últimas, si se relaciona con el gran capital, es crimen organizado. Quienes trabajen en periódicos grandes entenderán que el gran capital lo controla todo y saben que algunas empresas creen que cuando ponen una página de publicidad en el periódico no solo compran publicidad, sino protección editorial.
3. **Si corrompe al Estado.** Esto es si, de alguna manera, esos señores de sombrero que van por veredas polvorientas y que tienen apodosos rimbombantes se relacionan con el senador, con el legislador o con el partido político por el que algunos de nosotros votamos o no votamos.

Sesión de preguntas

*Carlos Alberto
Giraldo*

Hace cinco años salió publicada una entrevista muy interesante de alguien que decía representar al Primer Comando Capital, que es la superestructura del crimen en Brasil y está relacionada con el narco-tráfico y las bandas en los barrios. Ese señor decía que el Gobierno de Brasil –aunque aplica para los Gobiernos latinoamericanos– había sido muy torpe para entender lo que pasaba con esos muchachos que

ejercían la violencia en las distintas calles del país. A mí eso me llama la atención porque en Medellín los muchachos también han llegado al punto de solicitar una salida dialogada al conflicto urbano, porque ellos ejercen control social y control de las actividades económicas, y están asociados a una superestructura que es La Oficina, que se parece un poco en sus lógicas a ese Primer Comando Capital de Brasil.

Con base en eso, quiero preguntarles cómo construir ese discurso periodístico, sin caer en la apología, para que esos muchachos no terminen siendo parte de la defensa de esa violencia encarnizada, arbitraria y brutal que ejercen, sino que más bien permitan la composición de textos periodísticos que nos ayuden a acercarnos a la memoria y a la verdad desde lo que ellos nos pueden contar como actores y sujetos de esa violencia que ha generado el narcotráfico y el crimen organizado en Centroamérica y, en este caso, en Colombia.

*Juan Miguel
Álvarez*

Justamente, Alma Guillermoprieto hizo una reflexión sobre la necesidad de entender a los victimarios, que no es lo mismo que justificarlos. Hannah Arendt, en *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*, decía que las personas que cometen el mal somos nosotros mismos, pero bajo otras circunstancias. En ese sentido, el hecho de entender que la persona que ha sido capaz de cometer crímenes y atrocidades sobre otras personas es una persona que pudo haber tenido una historia compartida con nosotros, y entender que nosotros como periodistas tuvimos

cierta fortuna al haber estado rodeados de otras circunstancias, pero que a su vez tenemos muchos puntos en común con esos asesinos, es entender que hay formas de aproximarse a ellos sin caer en la justificación.

En mi caso, casi todos los matones con los cuales he hablado han estado muy cerca de mi edad – unos cinco o seis años mayores que yo, otros hasta diez años menores–. Siempre que me contaban sus historias trataba de ponerme en sus lugares, me preguntaba qué estaba haciendo en el mismo momento en el que a ellos, por ejemplo, les había tocado cometer el primer desliz en la escuela. Entonces, recordaba que probablemente estaba en mi casa viendo el Mundial de Fútbol, viendo jugar a Maradona, porque yo no tenía la necesidad de hacer lo que esos muchachos estaban haciendo en la escuela.

Ahora, hay toda una elaboración de la narración que tiene que ser absolutamente técnica y para la cual es necesario tener mucho cuidado con el editor. Yo tengo que saber hasta qué punto estoy haciendo bien las preguntas para que el bandido no crea que nos estamos volviendo amigos, sino que simplemente entienda que lo estoy escuchando sin prejuicios. Que ese bandido se dé cuenta de que uno está en esa posición ayuda para que sea honesto y explique sus cosas, y esa misma posición que se le muestra al bandido es la que debe quedar explícita en el texto. Debe quedar claro en qué lugar estoy yo.

Oscar Martínez

Estoy convencido de una cosa y es que tuvimos que haber hecho algo muy mal como gremio en Latinoamérica para que esta pregunta sea tan recurrente, para que se cuestione el hecho de hablar con los victimarios, cuando es absolutamente normal entrevistarlos. ¡Es un gol periodístico! Es un logro tremendo poder dialogar con alguien que tiene información tan valiosa.

Ahora, la respuesta tiene un sentido técnico. El periodismo es una técnica y como tal hay cosas que se pueden evaluar técnicamente:

1. No permitas que él decida las condiciones de la entrevista, es decir, el lugar.
2. Nunca ocupes la técnica de la empatía no sincera. Si bien hay una empatía cuando hablas con un asesino, esta no puede alcanzar un nivel de amistad. Él debe saber que eso es una entrevista y que lo estás entrevistando porque es un victimario; los victimarios se olvidan de eso mientras los entrevistas y es necesario recordárselos.
3. Nunca escriban sobre estos temas sin un editor en el que confíen.
4. No hay que entrevistar a un sicario “porque sí”. A veces los periodistas operamos por inercia y lo primero que hay que tener claro es por qué quiero entrevistar a ese sicario y cuál es el trasunto del material que voy a hacer. Si un periodista no puede dar una sinopsis reducida, como si fuera la que va a aparecer en la página 42 del periódico anunciando una película, de por qué quiere entrevistar a un sicario no se le debe permitir que lo haga.

**Carlos Alberto
Giraldo**

Óscar, ¿cómo califica usted las portadas de la prensa escrita en los temas de violencia enfocados a narcotráfico?

Óscar Martínez

Julio Villanueva Chang siempre ha dicho que una de las cosas más difíciles en el periodismo es hacer que el dato se convierta en conocimiento. Juan Pablo Meneses dice en uno de sus textos³⁴: “La pista se ve cerca, ridículamente delgada y gris en medio de un mar de tierra tan seca como una cucharada de arena”. Al decir “como una cucharada de arena”, convirtió el dato en conocimiento y adquirió sentido lo que estaba diciendo.

Creo que el crimen organizado y el narcotráfico se cubren mucho desde una incompreensión básica, desde cosas que no se entienden. ¿Por qué es importante poner en portada que El Salvador decomisó, por poner un ejemplo, 90 000 kilos de cocaína en un mes? Porque son titulares irreflexivos, que dejan de hacer el trabajo intelectual del periodismo y cuando eso pasa nos convertimos en hombres y mujeres que cargan grabadoras y cámaras de una conferencia de prensa a otra.

**Carlos Alberto
Giraldo**

Juan Miguel, ¿cómo podemos luchar contra la insensibilidad de nuestros lectores en el desarrollo de esas crónicas periodísticas que abordan el tema del crimen organizado?

**Juan Miguel
Álvarez**

La prensa y las editoriales han iniciado procesos para tratar de cultivar lectores, se han dado

³⁴ *Equipaje de mano.*

cuenta de que si no lo hacen, probablemente, se van a quedar sin empresa. En esos procesos hay cosas técnicas de escritura, de publicación y, seguramente, cosas de línea editorial y de contenido. Yo tengo la impresión de que los medios impresos deberíamos tratar de apelar a algo que alguna vez le escuché a Óscar: “La crónica es la herramienta más poderosa que tiene el periodismo actual”. Si somos capaces de contar las cosas bien, de involucrar, de darle vida a los datos y de caracterizar bien al personaje tarde o temprano un lector, más bien dubitativo, va a terminar enganchado.

Desde el punto de vista técnico, seguramente, se requieren cosas más concretas como planes de lectura o planes conjuntos con la oficinas de educación de las ciudades o regiones. Creo que los medios impresos han estado por fuera de los circuitos académicos y eso es algo que, para el caso de Argentina, la Universidad de La Plata está tratando de remediar a través de la *Revista Anfibia*, un proyecto que mezcla lo académico y lo periodístico. Mientras tanto, aquí en Colombia seguimos cada uno por su lado.

**Carlos Alberto
Giraldo**

¿Cómo hablar con los victimarios si estos, muchas veces, viven en la clandestinidad? ¿Cómo hacerlo en un diálogo periodístico que no represente amenaza a las lecturas, a las interpretaciones que pueda haber de esos temas?

Óscar Martínez

Es un mito. Alma Guillermoprieto mencionaba un espacio fabuloso para encontrar victimarios: las cárceles. Y un motor muy sencillo, muy humano,

que los mueve a hablar: la soledad. Considero que se han creado ciertos tabús dentro de los medios que benefician las maneras tradicionales con las que estos quieren operar.

Voy a poner el caso de México, que es un país en el que se decía que era imposible penetrar en ciertas zonas del crimen organizado. Yo entiendo que eso no lo pueda hacer el colega amenazado que trabaja en *La Gazeta* de Xalapa (Veracruz), donde además han matado a un montón de periodistas y en donde los criminales saben en dónde vives y en qué kínder estudia tu hijo. Pero a mí no me digan que grandes periódicos como *Reforma* o *El Universal* no pueden hacerlo; no quieren hacerlo porque eso cuesta dinero, porque es difícil hacerlo. Que un reportero penetre en una zona del crimen organizado y consiga a un policía honesto que le cuente cómo opera la corporación en la que trabaja a nivel municipal, puede ser mucho más difícil que encontrar al victimario. Es más complejo hacer esa inmersión hasta encontrar a un tipo con la valentía suficiente para querer hablar, porque sabe que si lo descubren lo matan.

Ahora, hay algo que es clave en la conversación con un victimario: respeto y entendimiento. Nadie le cuenta algo a alguien que no respete o que no lo entienda. Y no es solo una cuestión de asesinos, nadie se desboca a contarle sus sufrimientos y alegrías a una persona que no lo entienda ni siquiera un poco o a la que no se le tenga respeto. Si uno llega al frente de un asesino y no lo entiende de ninguna manera, puede ser un gran debacle periodístico y puede que uno no salga de ese bache depresivo.

Ante esto la pregunta es, ¿cómo logras conocerlo?, ¿cómo logras entender la lógica de un palabrero de la Mara Salvatrucha, de un asesino de las bandas criminales emergentes (Bacrim) o de un sicario de los Zetas? Con tiempo, y el tiempo es dinero, y los periódicos, muchas veces, prefieren funcionar como pizzerías; que en media hora está hecho el producto, preparado, caliente y entregado o no te lo pagan.

La memoria documentada en imágenes (*La isla*)

Uli Stelzner

Moderadora: Marcela Zamora

Estar presente en este Encuentro como cineasta quiere decir que el periodismo se abre y se interesa por el cine y por la temática que estamos abordando. Para contextualizarlos, Guatemala vivió una matanza desmesurada y trágica en los años ochenta que dejó 200 000 muertos y 45 000 desaparecidos en una población que para entonces tenía, quizás, 4 millones de habitantes, lo que implica que todos los guatemaltecos fueron afectados de alguna manera por esta violencia.

La justicia no llegaba con la firma de la paz. A pesar de que había dos comisiones de verdad que estaban trabajando y que determinaron las responsabilidades en un 95 % de las violaciones de derechos humanos cometidas por las fuerzas del Estado, la justicia no llegaba porque no había pruebas.

En 2005 sucedió algo importante. Por accidente se encontró un archivo de la policía que había estado oculto y cuya existencia había sido negada por el Estado. Ese era el momento de encontrar pruebas, era el momento del cine; me interesé en seguida por este archivo y gracias a mi trayectoria como cineasta fue aceptada mi solicitud para hacer un largometraje sobre el documento. Trabajé durante tres años para crear *La isla*, una obra que le permitiese a la población conocer una verdad que estaba oculta.

En el momento de su estreno, la película empezó una batalla memorable. En menos de cuarenta y ocho horas se acabaron las seis mil entradas

para las tres funciones en el Teatro Nacional de Guatemala y, paralelamente, se desarrolló una crisis diplomática; las embajadas de Alemania y Estados Unidos, y el Gobierno y la oposición no se podían poner de acuerdo para acompañar la premier. ¿Cuál fue el resultado? Una amenaza de bomba y cortes en el circuito de electricidad para impedir el estreno, que al final se dio en medio de una prensa ausente y de una población que no cedía, que quería que se terminara el silencio y la censura. Adicionalmente, la película abrió el camino para establecer un Festival de Cine de Derechos Humanos que en los últimos cinco años ha acogido a más de 45 000 personas y que hoy se encuentra exiliado por la situación política de Guatemala.

Debo decir que me gustó mucho la intervención de María Eugenia Ludueña y el modo en el que ella sacó diez conclusiones de su propio trabajo, algo que yo no pude hacer después de esa intensa etapa de hacer la película. Menos mal hay académicos, filósofos, periodistas y columnistas que toman tu trabajo y escriben sobre él. A este respecto, hay un artículo que se escribió el año pasado en México, que de alguna manera rescata la esencia de la película:

La isla es el cine de la memoria, es reconocer en el presente los vestigios del pasado, los rostros, las armas, los insultos, las heridas. Es recordar, así sea con rabia, la crueldad impuesta y generalizada sobre la población en espacios y tiempos muy concretos. El cine y la memoria, el regreso del tiempo es también engendrar la posibilidad de un presente y un futuro en donde la tortura o el aniquilamiento de un pueblo no tengan cabida alguna. Compartir el ejercicio del recuerdo, la percepción crítica y dolorosa de la historia es necesario e irrenunciable para conseguir una vida digna. Al ver este cine, los corazones pueden estremecerse, pero en cambio habrá una capacidad de orientación hacia un porvenir de solidaridad.

La fuerza del documental no radica, sin embargo, en la integridad de su denuncia, sino en su lenguaje. No es el lenguaje del periodismo ni del discurso de lo político. Es el que Paul Celam definió alguna vez como el único lenguaje capaz de convertir al duelo interrumpido de quienes fueron expropiados de “rostro, historia y memoria” en “desafuero” de las almas del presente: el lenguaje de la poesía.

Sesión de preguntas

Marcela Zamora

Antes de llegar al cine documental estudié periodismo y en La Habana, en el primer año de mis estudios, me decían:

—Pero es que usted hace reportajes periodísticos, usted no hace documental.

Y estuve mucho tiempo traumada, porque no entendía cómo hacer clic con el cine documental. Constantemente me decían:

—Es algo que vas a hacer sola.

Todavía no sé si lo he hecho, pero ya no me molesta porque creo que llegué a un estilo que me gusta y ahí me voy a quedar. Tú, ¿qué opinas? ¿Cuál es la diferencia entre el cine documental y el periodismo o el reportaje de profundidad?

Uli Stelzner

Quizás tuve la suerte de no estudiar ni cine, ni periodismo. De hecho, no soy el único con esa opinión, hay un gran cineasta alemán que en alguna oportunidad dijo que prefería caminar por cuatro años y conocer la vida, en vez de estudiar cine por cuatro años.

Es cierto que en algunos momentos de la investigación de un documental o de una película hay herramientas en común con el periodismo de investigación, pero en algún momento ambas disciplinas se separan. Por ejemplo, cuando te toca realmente elaborar tu narrativa o tu forma de contar la historia necesitas mucha más libertad de la que hay en el periodismo, porque estás haciendo cine y estás haciendo un cine para el pueblo. Todos

sabemos que el periodismo es, de alguna manera, muy limitado, porque hay rincones de América Latina en los que mucha gente prefiere ver en vez del leer, quizás, por cuestiones relacionadas con la idiosincrasia y la cultura. Es ahí en donde puede entrar el cine documental y aprovechar que el cine tiene una magia propia, que te da la libertad para nutrir las historias con poesía y música. No malinterpreten esto como manipular, a lo que me refiero es que puedes poner en escena cosas que en una entrevista no puedes, porque hay una exigencia de rigidez en ese género, en cambio, aquí puedes ser mucho más creativo y libre.

Marcela Zamora

Yo admiro mucho al documentalista brasileño Eduardo Coutinho, quien trabajaba en Globo y hacía unos reportajes maravillosos, pero muy “cuadrados”. Su carrera en el cine documental comenzó muy tarde, superaba los cincuenta años, y creo que por eso nos dolió tanto su muerte. Para él el cine documental era un discurso del autor, mientras que el periodismo te requería contrastar fuentes y apegarte a las realidades. Era una lógica de “Yo veo la realidad desde mis ojos y desde mis ojos te la voy a contar. No es la realidad, te la estoy contando desde donde yo la veo”. Tú, ¿qué opinas de esto?

Uli Stelzner

El cine de autor es un trabajo individual, artístico, pero, al mismo tiempo, nunca va a ser un trabajo de autor, porque tienes que convivir con las personas, tienes que observar, tienes que interactuar e indagar en la historia para realmente llegar a un discurso propio. Por eso me parece tan

pertinente la filosofía de conocer la vida; hay que conocer a las personas, hay que tener mucha libertad y mucho tiempo, cosa que la mayoría de periodistas no tiene.

Creo que en un principio es un trabajo de observación, de investigación, después es un trabajo individual y después se convierte en una representación colectiva, porque tú regresas a la población con el producto terminado. Además, el trabajo nunca lo haces solo porque solamente el hecho de trabajar con la personas que intervienen en la película implica meses de convivir con ellos, de explicarles y de prepararlos para su participación en la película, porque ninguno de nosotros sabe lo que va a pasar con el equipo participante y realizador cuando se tratan temas tan delicados.

Marcela Zamora

¿Cuál ha sido la reacción de los guatemaltecos y de los extranjeros? Por ejemplo, la reacción de un público que no ha vivido este tipo de horror que a uno le toca tanto.

Uli Stelzner

Las reacciones han sido muy diferentes. En Guatemala fue un fenómeno de catarsis, creo que los protagonistas de dos generaciones, las imágenes, los discursos, las emociones, los silencios y los documentos expresan una experiencia de vida y muerte de toda una población. Cuando terminaba la película, en el Teatro Nacional de Guatemala, la gente no quería irse. Incluso, durante los 85 minutos de proyección no se escuchó ni una palabra, ni un ruido, ni un celular, porque la gente se veía reflejada. Todas las imágenes, todos los sentimientos

y las historias pasaban por su alma, ellos respiraban la historia. Una vez afuera de la sala la gente no paraba de hablar, fue tanto así que tuvieron que sacarla del teatro porque ya era muy tarde. Entonces, la película le dio la oportunidad a las generaciones de interactuar, de hablar y de romper ese silencio que durante tanto tiempo existió en Guatemala. Además de la exhibición sacamos 2000 DVD para evitar actos de censura y para que la gente que quisiera volver a ver el material lo tuviera en sus manos. Por supuesto, a los dos días los piratas hicieron su trabajo y se estaba vendiendo a 50 centavos en los autobuses, así que creo que fue la película más vista en Guatemala.

Ahora, en Europa la reacción también fue muy interesante. En España y Alemania, dos países con antecedentes históricos importantes, la película impactó mucho y casi que en cualquier lugar en el que se presentó logró tocar el alma y los sentimientos de las personas.

Marcela Zamora

¿Cómo retratar paisajes de la ausencia? Que es un poco de lo que se trata tu documental; la ausencia del conocimiento, de la persona, de la información... la ausencia de la justicia.

Uli Stelzner

Toda la puesta en escena en el archivo fue un reto muy grande para mí, era algo que nunca había hecho, hacer una película en un solo edificio. Esto significó llenar ese edificio con cosas ausentes. Los documentos tomaron vida a través de la interacción con los personajes y las paredes empezaron

a hablar. Es decir, toda esa ausencia de los seres queridos o de los desaparecidos la llenaron los sobrevivientes, los afectados y los archivos buscados en diferentes lugares, porque no todos estaban presentes en el archivo, como los documentos de la CIA y las imágenes de archivos filmicos. De alguna manera, llenamos el edificio con información, con historias y con discursos hasta la fecha ocultos.

Marcela Zamora

¿Cómo encontrar y vigilar los archivos que faltan del conflicto colombiano?

Uli Stelzner

Yo no conozco mucho la situación en Colombia, pero creo que la tarea más importante es buscarlos. A veces, es una casualidad, una explosión, como en el caso de Guatemala, pero no hay una receta para encontrarlos. Lo cierto es que hay que pelear por ellos, hay que insistir y, una vez encontrados, hay que vigilarlos y protegerlos, como en el caso de Guatemala que cuenta con una vigilancia muy eficiente y que está trabajando en los 80 millones de documentos que se han encontrado.

Cada sociedad, cada país, tiene que velar por esos archivos, porque no sirven solamente para denunciar o encontrar desaparecidos, son también la historia cultural que se esconde detrás de documentos que puede ser tratada por cineastas como yo o por académicos interesados en profundizar o conocer la historia.

Marcela Zamora

Creo, además, que si el archivo no está podemos construirlo como periodistas. En Colombia,

por ejemplo, los periodistas podrían construir un archivo de las masacres.

Uli, ¿qué esperas que pase con la película o qué ha pasado con ella?

Uli Stelzner

Creo que no se puede esperar más de una obra cinematográfica, porque cumplí de alguna manera con los protagonistas; todos han sanado las heridas. Y todos los que participamos o aparecemos en la película somos hoy mejores seres humanos, hemos aprendido mucho de esta experiencia que logramos trasladar hacia la población.

Por otro lado, esta película, por coyunturas políticas muy puntuales, logró llenar un vacío, logró apoderarse de los espacios por los cuales hemos peleado en Guatemala; espacios de exhibición. El Festival que tenemos, por ejemplo, es resultado de *La isla* y, sin duda, hacen falta más obras cinematográficas como esta, porque nosotros hemos constatado a través de la película y del Festival que la población quiere verse reflejada en la pantalla, quiere vivir su historia y sus imágenes a través de un canal diferente al periodismo y a la televisión.

El trauma en el contexto periodístico

Bruce Shapiro

Modera: Carlos Huertas

Colombia se encuentra en un momento histórico en el que se debate entre el conflicto y el posconflicto, entre la guerra y sus secuelas. Claramente, el trabajo del periodismo en ese contexto se hace urgente, denso y complejo.

Durante este Encuentro de Periodismo de Investigación se ha hablado de la agenda del periodismo en el posconflicto, del tipo de historias e investigaciones que van a enfrentar en los años por venir, de las víctimas, de los victimarios, de la violencia política que se convierte en violencia criminal, entre otros temas. Me gustaría agregarle una nueva dimensión a esta conversación y un nuevo concepto a su lenguaje periodístico: el trauma. La idea del trauma, de las secuelas de las cosas, de la manera en la que el trauma o la idea psicológica del trauma afecta al periodista, al oficio del reportaje y a la agenda de noticias.

¿Qué es el trauma?

¿Qué quiere decir “trauma” para aquellos sobre los cuales estamos reportando? Hablo de las personas, las familias y las comunidades que están en el corazón de nuestras historias. Ahora, ¿qué significa el trauma para nosotros como periodistas? ¿Cuál es el efecto que el trauma tiene sobre nosotros y qué significa cuando pensamos en el trabajo periodístico en medio de una época como la que atravieza Colombia?

Trauma es una palabra que usamos de manera muy casual en muchas sociedades; sé que hablamos de trauma acá en Colombia y en Estados Unidos de estrés postraumático sin pensar realmente en lo que eso significa. Trauma viene de una palabra griega que quiere decir lesión o herida. Cuando hablamos de trauma, aunque sea algo psicológico, estamos hablando de una herida, de una herida que es tan real y tan profunda como una herida física; como una herida de bala, como haber perdido un brazo o haberse partido un hueso. Estamos hablando de heridas psicológicas y de lo opuesto a la resiliencia, que es la capacidad que tiene la gente de recuperarse de la violencia y la tragedia. Esas dos ideas están puestas una frente a la otra.

El trauma comienza con la realidad biológica de la violencia. La violencia es física, la amenaza es física y cuando estamos bajo amenaza nuestro cuerpo y nuestro cerebro se movilizan para tratar de protegerse. Nuestro cuerpo secreta hormonas del estrés que nos permiten sobrevivir para movilizar los recursos, para poder mantenernos en calma, para poder protegernos. Esto sucede con una amenaza que se presenta una sola vez o con la violencia crónica y repetida, incluso, con la exposición indirecta y continua a imágenes horribles o a información abrumadora. Nuestra mente y nuestro cuerpo responde de esta manera para tratar de protegernos, y eso es normal.

Ahora, para entender el terreno del trauma tenemos que pensar que esas respuestas a las amenazas a veces persisten y persisten en formas que tienen un gran impacto sobre nuestro reportaje y sobre nosotros mismos. Para explicarlo, quiero hablar del terremoto en Haití. Pocas semanas después del suceso viajé a este país a dictar unas charlas y talleres sobre el cubrimiento de las víctimas del terremoto y sobre cómo podríamos cuidarnos como periodistas. Los periodistas que conocí dentro de toda esa devastación fueron profesionales de gran capacidad de recuperación, sabían que querían estar en capacidad de hacer su trabajo; sin embargo, estaban sintiendo una versión interna de las secuelas del terremoto. Como ustedes saben, cuando hay un terremoto la tierra libera su energía restante en forma de réplicas. Los colegas de Haití tenían dentro de sus mentes una réplica del terremoto todo el tiempo; el recuerdo del terremoto y la sensación física del mismo

iba y venía sin invitación. Esto generó, por ejemplo, que no pudiéramos hacer los seminarios en espacios cerrados, porque muchos periodistas se ponían nerviosos al estar bajo techo. De otro lado, mientras algunos estaban desesperados por contar su experiencia del terremoto, otros simplemente se quedaron sin palabras. No podían hablar de ello, lo único que salía de sus bocas era un gran silencio. Todos ellos estaban pasando por un trauma insoportable. El terremoto estaba vivo en ellos y cualquier cosa se los recordaba, los llevaba de nuevo a ese estado de alerta, de temor y a esas sensaciones primales en los primeros momentos después del terremoto. Eso es un trauma. Es el horror y la violencia que sigue viva dentro de nosotros, y que interfiere de manera significativa en nuestras interacciones cotidianas, llevando a nuestras emociones a ciclos de ira, de vergüenza, de venganza y desesperación.

De los psicólogos hemos aprendido que estos eventos se pueden controlar en forma de historias. Cuando los psicólogos trabajan con víctimas de trauma, les ayudan a remendar sus recuerdos en una tela de entendimiento verdadero. Al remendar todos estos recuerdos fragmentados y ponerlos en una verdadera rendición de cuentas, para que no sean eventos misteriosos, puede haber sanación. La gente puede sentirse ratificada por esa preocupación que se les muestra, los individuos pueden asumir el control de su pasado y vivir en el presente. Lo mismo sucede con las sociedades, en donde hay incontables víctimas y victimarios. En ese sentido, nuestro trabajo como periodistas tiene que ver con que nuestras sociedades asuman el control de eventos traumáticos que de otro modo envenenarían el discurso, la política y las comunidades durante muchas generaciones. Al hacer investigaciones y reportajes, al entrevistar víctimas y victimarios en una rendición de cuentas de delitos, estamos en el terreno del trauma.

Básicamente, el trauma tiene tres partes, todas ellas vinculadas entre sí y con grandes implicaciones para nuestros reportajes y nuestro trabajo como periodistas:

1. **Los recuerdos.** Son esas memorias que vienen sin ser invitadas. Puede ser una pesadilla que viene cuando estamos dormidos, el recuerdo de una masacre, o recuerdos que vienen sin ser invitados

cuando estamos frente a una pantalla de computador y vemos ciertas imágenes.

2. **La excitación.** Cuando una persona sobrevive al horror, con mucha frecuencia retiene cierta agitación o ansiedad, y cambia de maneras que otros no reconocen; es posible que se vuelva rápida para volverse furiosa o que no pueda concentrarse, como si las hormonas del estrés que fueron secretadas en ese momento de amenaza hubieran asumido el control de su cuerpo y estuvieran ahí todo el tiempo esperando por activarse. Quizás todos conocemos personas así, que han perdido la capacidad de confiar en los demás, que no pueden estar con sus esposos o esposas porque tienen mucha rabia por dentro, o que no pueden concentrarse en su trabajo, comenzar una historia y llegar al final.
3. **La insensibilización.** Con frecuencia, como personas y como sociedades, pasamos al otro lado, nos volvemos insensibles y tratamos de evitar cualquier cosa que nos recuerde los eventos terribles y violentos. Vemos esto en los supervivientes de trauma que parecen no poder reaccionar cuando los entrevistamos y les preguntamos acerca de los eventos, lo vemos también en familias que han perdido a uno de sus hijos y que no vemos que reaccionen con tristeza, o lo vemos en nosotros mismos cuando no sentimos lo que pensábamos que íbamos a sentir ante determinada situación. Existe un ciclo entre esa excitación y esos recuerdos abrumadores que hacen que el cerebro se vaya al otro extremo y se insensibilice, evadiendo la realidad.

En los sujetos que padecen un trauma se da una guerra interna entre agitación, recuerdos e insensibilización, que también está presente en nuestra sociedad y en nosotros mismos como periodistas.

También hay otra manera de pensar en un trauma, que es de carácter político pero que se relaciona con este constructo psicológico. El trauma también es una impotencia extrema: no importa cuál sea el estatus social original de una persona, si ha logrado sobrevivir a una paliza, a un encarcelamiento o a un abuso sexual, ha vivido con el temor de la extensión,

que es un gran ecualizador o igualador. Nuestro estuche de herramientas no nos prepara muy bien para hablarle a personas que ya no tienen poder. Nuestro estuche es muy bueno para entrevistar presidentes, funcionarios de Gobiernos y oficiales, pero necesitamos adquirir nuevas habilidades cuando se trata de hablar con personas que ya no tienen nada y eso es especialmente cierto cuando hablamos con alguien que ha logrado sobrevivir a un trauma. Esta persona ha perdido el control de su seguridad física y las ideas básicas de confianza en los demás, que son, por ejemplo, entender que si cuenta su historia la gente lo va a escuchar. Las personas que han sido traumatizadas no tienen esto, no tienen razón para confiar en los reporteros.

Entonces, ¿qué es lo que tenemos que entender de todo esto? Que hay un gran reto para nuestro oficio. Pensemos en las fuentes. Los periodistas investigativos dependemos de su memoria, de sus recuerdos, de su capacidad de concentrarse lo suficiente como para contarnos una historia, dependemos de su capacidad de utilizar palabras para contarnos qué sucedió. En este punto nuestro estuche de herramientas se ve retado y tenemos que adquirir prácticas y técnicas, cosas que le den a la gente más control sobre la historia.

Por ejemplo, Óscar Martínez hablaba de la importancia del tiempo cuando estamos entrevistando a victimarios y eso aplica también para las víctimas, el tiempo es crucial. De otro lado, tenemos que entender que la gente puede decir que va a hablar con nosotros y arrepentirse. En ese sentido tenemos que construir confianza de maneras poco usuales. Finalmente, hay un gran desafío en el modo en que contamos las historias, en cómo transmitimos las experiencias de alguien que vio asesinar a su propia familia, pues para eso se necesita una técnica diferente a las técnicas normales de noticias. Tenemos que mirar historias, poesía, considerar otras maneras para poder captar esas experiencias devastadoras.

Hablemos ahora de nosotros como reporteros, como periodistas. Hay una tendencia a decir que las historias son los demás, no yo, lo que lleva a pensar que no es necesario preocuparme por mí mismo. Pero lo cierto es que somos afectados por las historias y las personas que cubrimos. En el

Dart Center for Journalism & Trauma³⁵, que ayudé a iniciar hace quince años, pensábamos que lo que íbamos a hacer era ayudar a las víctimas a mejorarse, pero cada vez que hacíamos seminarios y hablábamos del síndrome de estrés postraumático algún reportero levantaba la mano y decía: “Eso se parece a lo que yo siento. Ese soy yo”. Hicimos entonces toda una serie de estudios en los que demostramos que los periodistas podían sufrir de heridas psicológicas profundas a razón del trabajo que realizan.

Si pensamos en las características del trauma que describí anteriormente, en esos recuerdos que vienen a nosotros sin invitarlos, en la dificultad para concentrarse, en el hecho de estar distanciado y la falta de empatía, veremos que todo llega a la médula de nuestro propio trabajo. Y si estamos heridos, y si estamos afectados, esto va a incapacitarnos para hacer nuestro trabajo. Así que tenemos que cuidarnos, tenemos que darle un buen ritmo a nuestro trabajo y encontrar maneras de tener vidas positivas fuera de esos trabajos que nos obsesionan. A veces, si nuestras historias se vuelven abrumadoras, si estamos tan espantados por el trabajo que estamos haciendo que este está interfiriendo nuestras vidas privadas o nuestro trabajo, necesitamos ayuda profesional y no está mal hablar de ello y tomar medidas para permanecer cuerdos y poder continuar con nuestras historias.

¿Cómo afecta el trauma la agenda de noticias?

En miras al proceso de paz en Colombia, si hay algo que nos ha enseñado la psicología del trauma es que hacerle frente al presente requiere de manera absoluta el reconocimiento de las heridas y las atrocidades del pasado. Cuando esto no sucede, las vidas de las personas se vuelven insostenibles y las sociedades pueden polarizarse aún más. Si las víctimas de trauma encuentran dificultad en confiar en el contrato social básico, si las sociedades encuentran aún más difícil el confiar entre ellas, si se pierde la confianza que es el tejido básico de la democracia, se vuelve imposible tener un final exitoso, porque nadie puede estar de acuerdo alrededor de los hechos básicos que ocurrieron en las últimas dos generaciones. La

35 Veá: <http://dartcenter.org/es>

norma se vuelve el encubrimiento, la impunidad, y estos dos se convierten no solamente en una manera de juzgar el pasado, sino también en una patología de actualidad, allanando el camino hacia más corrupción, más abusos de poder y nuevas formas de violencia. Si no podemos, como periodistas, ayudar a nuestras sociedades a controlar esa violencia del pasado y a entenderla, la cultura del encubrimiento, del silencio y de la victimización continuará prevaleciendo en el futuro.

Al mismo tiempo, y acá es donde tenemos la encrucijada del trauma, no podemos estar tan obsesionados con los abusos del pasado, no podemos vivir en el pasado porque, después de todo, vivimos en el presente. Los reportajes no pueden quedarse congelados en el pasado, porque el público necesita historias sobre cómo hacerle frente al pasado y seguir adelante. Necesitamos reconocer, verdaderamente, cómo puede recuperarse la gente y entender que, aún después de haber enfrentado extremo terror y extrema violencia, la mayoría de los individuos encuentra una manera de salir adelante.

A esto se suma el hecho de encontrar nuevas agendas que se integren al reportaje investigativo del pasado. Yo he dedicado mucho tiempo como periodista, en conjunto con el Dart Center, a estudiar el proceso de paz de Irlanda del Norte, que es similar al de Colombia en algunos puntos y muy diferente en otros. Allí el proceso de paz empezó en 1993 y para la mayor parte del país marcó el final de tres decenios de conflicto civil. Para los periodistas también fue una liberación, porque después de treinta años la guerra ya no iba a ser la única historia de la primera página, se iban a dar otras agendas, muchos temas que habían quedado ignorados y enterrados por esa violencia que no cedía iban a ser retomados. Efectivamente, a medida de que el proceso de paz evolucionó, el periodismo se encontró libre para enfocarse en temas como el abuso sexual, los derechos de los discapacitados, los inmigrantes y el abuso infantil. Problemáticas que habían estado ahí todo el tiempo, pero que no habían recibido suficiente atracción, porque el conflicto era siempre lo más importante. Los reporteros pudieron llevar la conciencia del trauma del conflicto civil a todos estos otros temas de investigación, dejaron el reportaje del pasado bajo una nueva luz.

Es muy importante que entiendan, cuando se trata de periodismo del trauma, que para la mayoría de los delitos, de los crímenes que conocemos y de los crímenes que quedan por descubrir, no va a haber justicia en el sentido jurídico, no importa qué tipo de comités o comisiones se establezcan. Lo que sí va a haber, y esto lo pueden proveer ustedes desde el periodismo, es la justicia narrativa, la justicia de contar la historia. Lo que podemos hacer desde nuestro oficio es asegurar que se escuche a las víctimas, para que nuestra sociedad pueda saber qué le pasó a quién, quién lo hizo y por qué.

Sesión de preguntas

Carlos Huertas

La primera reacción de cualquier ser humano ante un evento traumático es protegerse, blindarse emocionalmente. En contextos como el colombiano, donde la violencia es parte del día a día, es habitual que en las salas de redacción se valoren las noticias dependiendo del volumen de sangre. Entonces, si hubo un asesinato masivo de cinco personas es menos importante que uno de diez, de quince, y así consecutivamente. Incluso, algunos periodistas reaccionan con una especie de humor negro a través de frases como “Solamente son cinco muertitos”. ¿Eso qué muestra de lo que está sucediendo dentro de las salas de redacción?

Bruce Shapiro

Primero que todo, el humor negro es una buena manera de enfrentarlo, es una manera importante de mantener la parte humana. Ahora, yo creo que con mucha frecuencia los periodistas nos trabamos, no solamente en el mayor volumen de sangre, sino también en el acto uno de nuestras historias, es decir, que si suceden hoy, son noticia, las ponemos

en primera página y ponemos todos los recursos del reportaje a su disposición. Lo que aprendemos de los psicólogos del trauma es que las noticias de eventos violentos continúan durante meses, durante años, y continúan desenvolviéndose en las vidas de los individuos, de las familias y de las Naciones. Como periodistas, tenemos que encontrar maneras de mostrar que este impacto continuo, prevalente a través de las noticias, estará ahí a medida de que pase el tiempo. Y si vamos a pensar en el acto uno, tenemos que pensar también en un acto dos del periodismo, desde el cual veremos las cosas con mayor cantidad de pensamiento, si queremos entender el significado de los eventos y no simplemente quedar atrapados en un ciclo de dar noticias de sangre a sangre.

Carlos Huertas

¿Cómo hacer para abordar a una víctima y poder identificar la realidad del relato cuando esta persona está totalmente afectada y, seguramente en su impacto, modifica sus recuerdos y los exagera de acuerdo a sus afectaciones? ¿Cómo hace el periodista para discernir qué es verdad y qué no?

Bruce Shapiro

Esa es una pregunta muy importante y desafiante. Es clave comenzar con el enfoque apropiado a la víctima y dejar en claro que no tenemos muchas expectativas, que simplemente estamos preguntándole qué le pasó, que no le estamos pidiendo que resuelva los problemas de reportaje que tenemos, sino que nos cuente qué pasó. También tenemos que ser transparentes y decirle a las víctimas: “Voy a tener que verificar esto”.

Cuando eso no sea posible –verificar el abuso sexual, el asesinato o la paliza, porque solo tenemos a víctima y victimario–, podemos tratar de corroborar los detalles periféricos del suceso; si esa víctima estaba trabajando en donde decía, si el clima del día estaba como decía, etcétera. Ese tipo de corroboración, de hablar, dentro de lo posible, con todos aquellos que hayan estado relacionados con el evento, es esencial para darle credibilidad a la historia, hacemos muy mal si no verificamos esos hechos. En todo caso, insisto en que hay que ser transparentes, de manera que nuestras fuentes no se sientan apuñaladas por nosotros.

Si la víctima no va a cooperar, si la víctima nos dice que no puede hablar con nosotros, tenemos que respetar ese “no”, y entender que esta persona no es buena candidata para nosotros, sin importar lo valiosa que sea la historia. En Estados Unidos, en este momento, estamos frente a un gran escándalo en los medios de comunicación, alrededor de una historia de abuso sexual en la Universidad de Virginia. El problema central es que el reportero involucrado acordó con la víctima no sacar su historia y resulta que partes de esta no cuadran, y la revista tuvo que retractarse de esta historia tan controvertida y tan importante. Eso no está beneficiando a la víctima, así que tenemos que ser transparentes y explicar que tenemos que corroborar las cosas.

Carlos Huertas

Hablemos un poco de los traumas hacia los periodistas. Una de las técnicas que promueve el Dart Center es el trabajo colaborativo, el trabajo en red como una forma de protección contra el estrés

postraumático y las experiencias que puedan tener los colegas en la cobertura. ¿Cómo manejar el asesinato o la amenaza hacia un periodista en una sala de redacción sin entrar en la paranoia y sin separar a ese colega?

Bruce Shapiro

En este punto me atrevería a decir que ustedes son los expertos y son los que le pueden enseñar al mundo sobre eso, ya que han enfrentado el fenómeno por mucho tiempo. Sin embargo, voy a decirles lo siguiente: toda la evidencia de psiquiatras y psicólogos, que han estudiado a lo largo de los años a periodistas, policías y bomberos, muestra que contar con la solidaridad y apoyo de los compañeros es la mejor protección que existe contra los trastornos postraumáticos, y otras heridas psicológicas. El aislamiento, el no estar conectado, el estar solo es el mejor predictor del verdadero daño y del verdadero trauma.

Hay un estudio muy interesante que muestra que los periodistas que han experimentado amenazas, o que han cubierto eventos traumáticos alrededor del mundo, sufren más fácilmente de estrés postraumático si vuelven a una sala editorial en donde la gerencia se ve hostil, mala o deficiente. Todo lo contrario sucede con aquellos que vuelven a una sala editorial con administradores que son comprensivos y coherentes.

Carlos Huertas

Bruce, ¿qué nivel de detalle hay que tener en las narraciones del posconflicto?

Bruce Shapiro

En los detalles hay una dimensión cultural, que varía de país a país. Algunos países cuentan historias con menos detalles violentos, mientras que a otros países les gusta poner un poco más de sangre en sus historias, así que no quiero ser prescriptivo culturalmente. Lo que sí diría es que en ese punto el equilibrio es delicado, porque debemos incluir suficientes detalles de manera que los lectores, o quienes nos vean o escuchen, puedan captar la verdadera naturaleza de lo que sucedió. Es diferente decir que mataron a una familia a decir que las mujeres fueron violadas y los hombres fueron quemados vivos. Necesitamos esos detalles, pero necesitamos recordar que nuestro público tiene una combinación entre fascinación y repulsión; les gustan los detalles, pero no demasiados. En esa línea, tenemos que pensar no solamente en cuánto detalle integrar, sino en cómo equilibrar la historia de manera que haya algo de detalle, pero algo de alivio como para dejar a la gente dar un paso hacia atrás y respirar.

Carlos Huertas

Hay determinadas fechas que las víctimas quieren dejar pasar, como el aniversario de una masacre; sin embargo, eso hace parte de la necesidad de generar conciencia y de superar los hechos hacia el futuro. ¿Cómo manejar esas dos dimensiones?

Bruce Shapiro

Es necesario tener en cuenta que no todas las víctimas van a experimentar esas fechas de la misma manera. Algunas querrán que solamente se cuente esa historia en ese aniversario, otras no querrán ni siquiera recordarla. Ahora, las fechas

conmemorativas son importantes porque van a recordarle a la gente lo que sucedió y activarán ciertos recuerdos, memorias o debates políticos. También pueden ser una causa para que cierto grupo de víctimas o cierta historia se vuelvan dueñas de esa fecha y eso es un gran desafío para los periodistas, porque puede haber víctimas que no quieran que se usen los nombres de los victimarios, eso pasa muchísimo, y debemos entender la carga emocional que eso tiene para las víctimas.

Valga la pena señalar que estas fechas pueden convertirse en un cliché para los periodistas, que terminamos cada año contando la misma historia y terminamos enfocándonos solamente en aquellos que están en paz, que han cerrado el evento y que han terminado con un buen final. En esas fechas debemos recordar que hay gente que continúa sufriendo profundamente en privado y lo ideal sería que nuestras historias al respecto reflejaran ambos lados y evaluaran en dónde estamos en cuanto a la justicia y al proceso de recuperación, sanación, etcétera.

Carlos Huertas

Bruce, el Dart Center hace un trabajo de mucho impacto, no solo en Estados Unidos, sino desde Estados Unidos a nivel global. Cuéntanos qué tipo de recursos ofrece para hispanohablantes y cómo funciona el programa de becas.

Bruce Shapiro

Nuestra página web tiene una versión en español en donde encontrarán consejos y recursos para entrevistar víctimas, para protegerse, para escribir acerca de los niños, entre otros temas. Es una

plataforma que estamos actualizando constantemente y que ustedes nos pueden ayudar a mejorar con los aportes u observaciones que nos quieran hacer.

En cuanto al programa de becas, una vez al año tenemos el Ochberg Fellowship que es un seminario de una semana en el Dart Center para periodistas de todo el mundo que estén interesados en cubrir eventos traumáticos y trauma en mayor profundidad. Son quince periodistas a los que llevamos a Nueva York y pasan la semana hablando con psicólogos, investigadores y colegas sobre el oficio. Lo hacemos en enero y la información aparece en el sitio web entre septiembre y octubre de cada año. Siempre tenemos, por lo menos, a una persona de Latinoamérica, así que los invito a que hagan la solicitud para ir.

Cubrir elecciones, más allá de la campaña

Laura Zommer
Jochen Klug

Modera: Juan Esteban Lewin

La verificación del discurso público

Laura Zommer

Voy a hablarles de la situación de Argentina, que es la que conozco. No sé ustedes, pero a mí, aun cuando me interesan la política y las políticas públicas de mi país, desde hace algunos años me aburren las campañas. Por momentos me irritan y, a veces, confieso, también me preocupan. Y me molestan y me preocupan porque los políticos del partido principal, pero también los peronistas o no peronistas, los de izquierda y de derecha, hablan sin decir, repiten eslóganes pegadizos, hacen promesas de difícilísimo cumplimiento y afirman generalidades, que poco y nada los comprometen porque son casi imposibles de contrastar.

Pero también estoy molesta o preocupada porque los periodistas y los medios que cubren las elecciones lo hacen, principalmente, con notas de color sobre la vida personal de los candidatos o reproduciendo las declaraciones de campaña que, supongo, ni ellos mismos creen, ni los periodistas que las reproducen creen. ¿Acaso no es trabajo del periodismo interrogar al poder? ¿No debería un cronista político preguntarse si todo lo que afirma el candidato es verdadero, falso, exagerado, o, incluso, factible, en lugar de transcribir lo que

este promete en un comercial, en una conferencia de prensa o en una entrevista exclusiva? ¿Acaso el ciudadano no tiene derecho a que lo informemos mejor? Yo estoy convencida de que sí, y desde hace unos años trabajo para eso.

En Chequeado³⁶, el medio que dirijo, nos dedicamos a verificar los dichos de todos los actores que tienen voz en el debate público: empresarios, líderes políticos, líderes sociales, líderes de opinión y medios de comunicación. Esto lo hacemos a través de las fuentes del periodismo tradicional, ayudadas por la tecnología. Con un método que es público, contrastamos las afirmaciones de los poderosos con los hechos y los datos, y esto se abre para que cualquier ciudadano pueda interrogar esos datos e, incluso, aportar unos mejores de los que nosotros encontramos. Nosotros lo hacemos porque queremos reducir la impunidad intelectual, subir el costo de la mentira y mejorar la calidad del debate público, porque si nuestras discusiones están centradas en las personas o en las características personales y como periodistas quedamos presos de nuestros propios sesgos y prejuicios, probablemente, la deliberación democrática en nuestros países seguirá siendo pobre, por no decir muy pobre, y siendo pobre seguirá aburriéndonos o desinteresándonos.

Sabemos que no es fácil, no somos ingenuos, el primer inconveniente que tenemos es que los hechos y los datos no le interesan a la gente como las emociones. Las historias de amor o de desamor de los candidatos, su estilo de vida o sus deportes favoritos, son mucho más sexis que la evolución de la mortalidad infantil, la calidad de la educación, la reducción del desempleo juvenil, el aumento en las exportaciones y los índices de corrupción. A esto se suma que en muchos de nuestros países los datos no están disponibles, no son fáciles de encontrar ni para el ciudadano común, ni para los periodistas, que cuando tienen la suerte de encontrarlos entran en el cuestionamiento de que sean confiables. Así, el desafío de los periodistas es doble, porque tenemos que investigar y contar historias interesantes, sexis y entendibles, con los mejores datos que hayamos obtenido.

Ahora bien, volverlas sexis y entendibles no significa que la simplificación vacíe su complejidad, al contrario, supone lo que nos explicaba

36 Vea: <http://chequeado.com/>

Alma Guillermoprieto sobre contextualizar los datos y poner en evidencia todas sus lecturas posibles y, también, sus propias debilidades. Como decía Alma, es necesario revalorizar la duda, o a veces la ignorancia, y no la certeza. Con los datos pasa igual, aunque en un primer acercamiento nos llevan a un lugar de conocimiento, muchas veces son datos manipulados, engañosos o descontextualizados que nos pueden llevar a la ignorancia disfrazada de conocimiento.

Aunque en Chequeado no trabajamos con la idea tradicional de los medios, que supone que son los dueños del saber, y a sabiendas de que es un camino más largo y más complejo, escribimos y publicamos pensando en los ciudadanos que buscan que no los tomen por tontos, que no los subestimen y que no los controlen. Más que aportar respuestas trabajamos en despertar preguntas, más que simplificar la realidad, buscamos develar y explicar su complejidad, comunicamos nuestras dudas sobre los datos disponibles y ponemos en evidencia los vacíos de información. No afirmamos lo que no sabemos o no podemos sostener con datos verificados, nos rectificamos explícitamente cuando nos equivocamos, o cuando alguien nos aporta un dato mejor al que nosotros no accedimos, y sumamos toda la información que nos llega y contribuye a enriquecer el debate, sin importarnos quién nos la aporta ni para qué la aporta.

No pretendemos ni buscamos que nos quieran, preferimos que nos respeten. Hacemos periodismo seriamente y con independencia editorial, lo hacemos con un financiamiento diversificado y transparente que cualquiera de ustedes puede chequear en nuestra página, lo que tiene un valor especial, al menos en un país en el que el Gobierno y los principales medios están en guerra abierta desde 2009, dejando a la ciudadanía presa de esa disputa de poder y de negocios que se exacerba en los momentos de campaña electoral. Es allí cuando se hace importante poner luz sobre los hechos, acordar lo que estamos discutiendo y despojar el relato de pasiones para reencausar el diálogo democrático o evitar monólogos de vía única.

Creemos que averiguar los hechos, y que estos primen sobre nuestros prejuicios y posiciones personales, es algo que puede ayudar a que nuestras democracias funcionen mejor. Nuestra apuesta es que mucha

más gente se interese por los hechos y los datos, se involucre y participe en una gran conversación pública, que puede aprovechar la coyuntura de las elecciones para exigir, a cambio del voto que nos piden, mejor información y rendición de cuentas. Si en campaña nos dicen generalidades o cosas de su vida privada o de sus mascotas, no podremos exigirles nada cuando suban al poder, o casi nada. Para eso creamos distintas plataformas y posibilidades para sumar a los ciudadanos al proceso de producción de información, pues no queremos solamente que nos lean, nos comenten o nos den “me gusta”.

Valga la pena señalar que no pensamos que los ciudadanos reemplazan el trabajo del periodista, todo lo contrario, creemos que en un momento de campaña electoral, con sobreabundancia de mensajes interesados, los periodistas somos esenciales como curadores, como contextualizadores y como analistas, pero creemos que gracias a las posibilidades de las redes sociales y la tecnología es una tontería no sumar o invitar a los ciudadanos a que estén atentos y a que aporten datos si los tienen.

Alemania y el cubrimiento de las elecciones

Jochen Klug

En este Encuentro he escuchado con mucho respeto y admiración el trabajo de mis colegas; qué valentía, qué rigor y qué perseverancia tienen en su cubrimiento de la realidad latinoamericana. Con mi intervención me siento como llegado de otro planeta, pues voy a darles unos aspectos sobre la televisión en Alemania y la forma en la que cubrimos las elecciones más allá de la campaña. Sin duda, voy a adentrarlos a una realidad más pacífica, por no decir más aburrida, aunque es, en todo caso, lo que deseo para Colombia; un futuro más aburrido, en el que no haya tantos acontecimientos atroces, un futuro más pacífico.

“Las elecciones son la fiesta más grande de la democracia”, dice uno de mis colegas. Por lo menos un día en el año el destino de los políticos está en las manos de los votantes, quienes tienen en su haber un sinnúmero de salamerías y promesas que buscan orientar su elección. En Alemania

se ha establecido un buen mecanismo de cubrimiento electoral, con gran profesionalidad y rutina, en el que los medios intentan encontrar temas delicados para los candidatos, para así destapar y construir conflictos.

Críticamente dicho parece que la agudización en la presentación medial es a veces mucho más grande de lo que se puede observar con mente fría en los programas electorales y en lo que dicen los políticos. Una razón puede ser que en una sociedad de clase media no tenemos luchas de distribución, o que en una sociedad posindustrial la búsqueda de valores tiene prioridad y el antiguo pensamiento, en esquemas de blanco y negro, ha disminuido.

La campaña electoral es la puesta en escena planificada y conducida por los estrategas de las campañas. Los partidos asumieron el *agenda-setting* y los medios son, de vez en cuando y en su mayoría, acompañantes voluntarios. Eso no significa retratar algo, sino relatar activamente y preguntar. Eso es también el proceso electoral; sacar a la luz, aunque no poco antes de las elecciones, los puntos débiles de los candidatos. Es por esto que la observación continua de los actores políticos, de los poderosos, es una condición importante para el cubrimiento de las elecciones.

En Alemania, la televisión pública tiene la función de la comunicación político-social; sin embargo, la televisión privada le da mucha importancia a esta temática por medio de informes y noticias que mejoran su fama y prestigio. A ese sistema lo llamamos Sistema Dual, que es de alguna manera una competencia. La *Zweites Deutsches Fernsehen* (ZDF) es la cadena de televisión pública más grande de Alemania, es financiada directamente por los espectadores a través de una cuota y cuenta con un estatuto que intenta impedir que haya influencia importante del Estado en los partidos políticos. Su propósito es presentar información que le permita a los votantes tomar una decisión adecuada, por eso sus informes, notas y reportajes tienen que ser imparciales, transparentes y correctos. De otro lado, tenemos a la *Deutsche Welle* (DW) que es financiada por los impuestos del Estado y tiene una junta independiente cuya tarea es dar una imagen de Alemania en el mundo.

Con este precedente, y siguiendo la línea del cubrimiento electoral, ¿cuándo es adecuado empezar con el reporte de las campañas?, ¿qué espacio de tiempo es adecuado para la información previa? En eso dependemos

de los partidos políticos y del momento en el que empiecen campaña con la presentación de su candidato y la elección de su programa. En muchos casos ese tiempo comienza un año antes de la elección y, de vez en cuando, los medios debemos anunciar el inicio del proceso, como pasó en las elecciones de 2013, a través de premisas como ¿dónde están los candidatos?, ¿dónde están los grandes temas de discusión?

Eso se hizo teniendo en cuenta, por supuesto, los antecedentes que el régimen anterior, la Unión Demócrata Cristiana armonizaba poco. Para entonces la opción de construir un Gobierno cristiano-demócrata con el social-demócrata fue más deseable. En el periodo de 2005 a 2009, los actuales dirigentes de los dos partidos trabajaron juntos en una coalición: hablo de Angela Merkel y Peer Steinbrück. Así, la campaña electoral fue atípica. Un año antes, en septiembre de 2012, inició la discusión sobre la elección del candidato para inscribir. En diciembre quedó claro que Steinbrück era el candidato elegido.

A partir de ese momento, todos los temas se miraron con gafas políticas: qué pensaban los candidatos y cuál había sido su posición previa. En este punto vale la pena decir que si bien los estrategas de campaña definen la agenda, también lo hacen los acontecimientos actuales a los que los actores políticos tienen que reaccionar. Algunos puntos que definieron el discurso político en aquel entonces fueron:

- Los drones alemanes.
- La NSA y los servicios secretos.
- El peaje para camiones.
- Los precios para la electricidad.
- Los no-votantes.

Estos puntos también fueron definidos por los grandes sondeos de opinión realizados desde seis institutos especializados y desde la ZDF, que tiene un instituto llamado Grupo Investigación de las Elecciones, y que está averiguando permanentemente la opinión pública en relación a temas actuales.

En cuanto a los minutos de información sobre las elecciones en las cinco grandes emisoras nacionales –públicas y privadas– el resultado, en

progreso, fue el siguiente, teniendo como partida la semana de inicio de cobertura y las semanas posteriores:

- Semana 31: 103 minutos.
- Semana 34: 306 minutos.
- Semana 35: 1466 minutos.
- Semana 38: 2225 minutos.

Respecto a los formatos electorales que manejamos para el cubrimiento de elecciones son los siguientes:

- La observación permanente de la agenda política en las notas y crónicas, y en las rondas de discusión.
- La tematización de los acontecimientos actuales y la actitud de los candidatos respecto a estos.
- La explicación de las diferentes formas de elección y las tendencias y expectativas que se dan, en medio de la cobertura, a través de un servicio para votantes.
- El uso del barómetro electoral, es decir, de lo que dice la voz popular cada cierto tiempo.
- La revisión de la aserción de los políticos en donde buscamos expertos que den respuesta a lo que han dicho los políticos.
- Retratos de los candidatos excepcionales en los que se presenta, por ejemplo, a un candidato proveniente de una parte marginal de la sociedad alemana.
- Gran reportaje sobre los candidatos.
- Programas o shows con contenido político hecho para los jóvenes y en los que se brinde la oportunidad de interacción entre políticos, expertos, público y redes sociales.
- Duelo político entre los candidatos principales a través de debates televisados.
- Uso de medios sociales como Twitter, Facebook o los blogs, que desempeñan un papel creciente en la cobertura, pues muchos candidatos, adicional a su uso de la televisión, se apoyaron en sus cuentas de redes sociales y en sus páginas de Internet.

Para finalizar, solo me queda decirles que a pesar de que las campañas estén influenciadas por los partidos políticos y sus estrategias, como periodistas podemos valernos de los acontecimientos actuales para forzar a los candidatos a revisar y aclarar su posiciones. Los medios debemos confrontarlos con esos temas y ayudar a que se aumente la resonancia de estos en la opinión pública.

Sección de preguntas

*Juan Esteban
Lewin*

En La Silla Vacía hemos trabajado con Chequeado y en los debates presidenciales que tuvimos el año pasado vimos cómo fue variando el discurso de los candidatos de debate en debate, en la medida en que se dieron cuenta de que los estábamos chequeando y que no podían exagerar o manipular la información. Entiendo que las condiciones políticas de sus países son distintas, pero me gustaría saber si, como nosotros, ustedes han visto el mismo efecto de cambio en las campañas y en los candidatos, gracias al trabajo que están haciendo.

Laura Zommer

Yo no estoy segura del efecto, es decir, no medimos el impacto de una manera que pueda asegurar que el trabajo de Chequeado tiene un impacto real que mejoró la información que circula. Lo que sí tenemos claro es que gracias a nosotros algunos políticos son ahora más cuidadosos, aunque no necesariamente son más cuidadosos los más poderosos.

Nuestra apuesta es seguir en un proceso que poco a poco vaya posicionándonos frente a la opinión pública y política, del mismo modo en que está posicionada La Silla Vacía, que tiene un lugar, un

peso y una comunidad importante. De ahí que sus dinámicas en campaña electoral tengan tanto efecto.

Ahora, claro que tenemos casos concretos en los que hemos tenido efectos positivos. El más concreto es el de la presidenta cuando anunció que su Gobierno había sido el que más viviendas había construido en la historia democrática de Argentina. Un chequeo nuestro demostró que ella incluía en el concepto de viviendas no solo lo que cualquier mortal entiende, que es un techo, sino también cualquier solución habitacional que podía ser, por ejemplo, el subsidio para un termotanque o el agregado de una pieza que mejora la vivienda. Después de ese chequeo cada vez que ella o su ministro hablan del tema viviendas, a través de los datos, hablan de soluciones habitacionales. Ahí generamos precisión en la información.

Jochen Klug

Yo creo que los políticos se dan cuenta de que los periodistas estamos averiguando lo que dicen y, bueno, lo que dicen siempre tiene una ambigüedad, es decir, puede ser y no. De otro lado, además de tener equipos para informarse a sí mismos ellos nos informan a nosotros sobre lo que dicen u opinan y, a su vez, nosotros averiguamos si esto es o no correcto. De esa forma es posible influir en la agenda política durante las elecciones.

*Juan Esteban
Lewin*

La Silla Vacía, Chequeado y la ZDF son poderosos también, ¿cómo se chequean a sí mismos?

Laura Zommer

Siempre nos hacen esa pregunta, ¿quién chequea a Chequeado? Nuestra respuesta es: todos. Todo el

que quiera chequea a Chequeado. Nosotros no validamos ninguno de nuestros informes con *off the record*, esto solo lo utilizamos para contextualizar o entender si está perdiéndose algo en el análisis. Trabajando con el supuesto de que la gente no nos cree, todas nuestras afirmaciones tienen información sobre qué dato está permitiendo el cálculo y cuál fue la fuente. ¿Supone un camino más trabajoso? Sí.

En cuanto a nuestro financiamiento, no recibimos apoyos ni del Gobierno, ni del principal medio de comunicación argentino con el que el Gobierno está peleado, el Grupo Clarín. Tampoco recibimos financiamiento anónimo de nadie. Esta información puede ser consultada por los interesados en nuestra página web.

Jochen Klug

Durante las elecciones, tuvimos un equipo de cinco o seis personas que averiguaban qué habían dicho los políticos y qué preguntas había en la Internet para ellos. Esas cinco o seis personas tenían enlaces con los diferentes departamentos de la ZDF. De esa manera, verificábamos la información y las afirmaciones.

**Juan Esteban
Lewin**

En La Silla Vacía tenemos un modelo muy similar al de Chequeado, en el que lo más importante es tener los argumentos y las fuentes claras para generar un debate público informado y más interesante. Ahora, ¿cómo sobrevive económicamente chequeado?

Laura Zommer

Con mucho esfuerzo, pero estamos bien. Contamos con una estrategia de financiamiento hiperdiversificada, que es uno de nuestros

principales logros. Básicamente tenemos cuatro fuentes de financiamiento:

1. Individuos. Una vez al año hacemos una campaña de pequeños donantes y parte de mi tiempo se ocupa en la semana en buscar gente a la que le pido apoyo. Como periodista me preocupó por quién me financia y creo que el futuro de los medios implica que los periodistas estemos más conscientes de nuestros modelos de negocio.

En la actualidad tenemos alrededor de 400 donantes de los que recibimos entre 5 dólares por mes hasta 10 000 dólares al año. Este monto proviene de una sola persona que nos apoya hace cinco años.

2. Empresas. Una vez al año hacemos un evento, en la semana del día del periodista, y le pedimos a las empresas que nos apoyen. Recibimos el apoyo de varias empresas con la condición de que acepten que digamos que ellos nos apoyan por si en algún momento hay conflicto de intereses.

3. Organizaciones internacionales. Trabajamos con diferentes organizaciones de cooperación internacional desde el programa de educación y de innovación, desde los cuales brindamos capacitación a periodistas y jóvenes, y trabajamos en aplicaciones cívicas, chequea- tones, y maneras de involucrar al ciudadano con la producción de información.

4. Actividades propias. Son los ingresos que nos llegan por la republicación de nuestras

columnas en los medios tradicionales de Argentina. En vez de hacerlo gratis, como la mayoría de organizaciones sin ánimo de lucro de Argentina, cobramos por el capital social que estamos generando. Estamos regularmente en tres radios, dos diarios y un portal de noticias. Ese es un ingreso regular, no para el periodista autor de la nota, sino para la organización.

*Juan Esteban
Lewin*

Jochen, ¿cómo generar espacios para cubrir campañas de manera independiente en un país como Colombia en el que la televisión pública y regional es tomada por los Gobiernos de turno? Cuéntenos cómo funciona en Alemania esa separación entre la televisión pública y el Gobierno.

Jochen Klug

Hay que recordar que el sistema que tenemos en Alemania es un sistema construido después de la guerra. Es una independencia que tenemos porque los ciudadanos pagan una cuota y porque tenemos una junta con miembros de la sociedad y de los partidos. Hay que destacar que estos últimos tienen, de alguna forma, una influencia, sobre todo con lo dicho en la televisión ZDF. De otro lado, hay quienes afirman que ellos eligen a los periodistas para los altos cargos. En uno o en otro sentido debo decir que, en últimas, su influencia no es tan directa y que sí existe un interés genuino de los partidos de que la televisión sea imparcial.

Aquí, la televisión pública tiene mayor influencia en las diferentes regiones y departamentos y por eso los altos cargos son elegidos directamente por los gobernadores, en Alemania, dada la historia que tenemos, no existe ese sistema.

Conversatorio: El reto del periodismo frente a los grandes temas que no están en agenda

Bruce Shapiro

Yehia Ghanem

Modera: Olga Behar

Olga Behar

Desde sus países, desde sus regiones, ¿cómo se enfrentan ustedes a la necesidad de compartir espacios diferentes que permitan desarrollar la agenda propia en medios de comunicación que tienen una agenda editorial diferente?

Bruce Shapiro

Voy a contestar desde mi posición de periodista y desde lo que he visto en colegas en otras situaciones de posconflicto alrededor del mundo. En cuanto a hablar de mí mismo, una de las razones por las cuales siempre me he considerado periodista investigativo y, de hecho, una de las razones por las cuales me gusta el periodismo en general es porque que existe una licencia para tomar un paso al lado de la sabiduría convencional y preguntar cuáles son las preguntas que nadie más se está haciendo.

Uno de mis tutores, mentores y héroes fue un gran periodista americano, quien tenía una circular investigativa de gran influencia y muy famosa. Él era un reportero de Washington que no iba a conferencias de prensa,

que se rehusaba a cubrir los grandes discursos. En lugar de eso, se quedaba en casa leyendo los documentos del Gobierno hasta que encontrara algo interesante, iba a hablar con los expertos a quienes nadie más estaba entrevistando, seguía las noticias todos los días para ver qué era lo que no se estaba preguntando y cuáles era las voces que no se estaban escuchando. Yo creo que esa es una de las maneras básicas de crear una agenda nueva agenda, preguntarse qué voces están ausentes: ¿las de las mujeres?, ¿las de las comunidades marginadas?, ¿las de los gais?, ¿las de los grupos indígenas? Ese es el lugar para comenzar.

En otras sociedades he visto que en situaciones de posconflicto los periodistas se desempeñan muy bien cuando pueden echar a un lado la jaula de hámsters en la que estaban atrapados y preguntar qué está pasando, qué no está pasando y qué es lo último que dijeron los políticos. Es común que durante los conflictos civiles los periodistas se vean frenados en reportar sobre lo que dicen ciertas voces clave: el Gobierno, la oposición, los militares, los paramilitares, los grupos insurgentes y los partidos. En ese sentido, una de las cosas más importantes en el reportaje del posconflicto es encontrar aquellas voces que no se oyeron e identificar aquellos temas que quedaron enterrados por el conflicto. Es ahí en donde podemos comenzar una nueva visión de nuestros reportajes.

Yehia Ghanem

Yo vengo de una región del mundo en donde no puedo decir que estemos presenciando la etapa de posconflicto, estamos, de hecho, profundamente involucrados en conflictos. Yo habría contestado esta pregunta en caso de que hubiera medios independientes en Egipto, pero no los hay y, de hecho, ya no se puede confiar en los medios. Como les comentaba en mi intervención al inicio de este Encuentro, los medios, por ignorancia, por falta de comprensión de otras culturas, han destruido diálogos de paz y procesos de reconciliación. Bajo esas circunstancias, creo que voy a tener que empezar a hablar de una clase de periodismo totalmente diferente, que es el periodismo delincucional o criminal, con visiones sobre asesinatos, matanzas

y, en el mejor de los casos, justificaciones de crímenes de Estado. Ese es el único tipo de periodismo que tenemos en Egipto y en otros países del Medio Oriente en el que los medios son controlados por públicos privados.

Recuerdo que en una ocasión estaba hablando con un colega egipcio sobre las razones que tenía el Ejército para haber asesinado a once periodistas y lo único que se le ocurrió decirme fue que era voluntad de Dios, que estaba escrito. Mi respuesta para él fue:

—No hay nada escrito, solamente optamos, escogemos escribir lo que escribimos y si eso se puede atribuir a Dios, pues Dios va a estar muy bravo con nosotros los periodistas.

Bruce Shapiro

Siguiendo un poco a Yehia, creo que también hay cierto peligro que se deriva de la paz o de la reforma. El peligro es que los medios y su aspecto económico se concentren en unas pocas manos, aquellas que se benefician económicamente de los medios y succionan la vida del periodismo. Por ejemplo, si vemos el caso de Rusia, allí existía una gran esperanza alrededor de la creación del periodismo democrático luego de la finalización de la Unión Soviética. Hoy en día vemos cada vez más la propiedad de los medios en manos del Estado o en manos de unos pocos, y vemos también que las voces independientes están siendo oprimidas, aplastadas o simplemente reducidas a ser marginales e irrelevantes por las inmensas maquinarias de los medios que prevalecen en la parte del entretenimiento. A esa clase de fenómenos hay que ponerles atención, al control y la propiedad de los medios y sus historias.

Olga Behar

Creo que en Colombia nos enfrentamos a una situación similar a la que podemos ver en Egipto, en Rusia y en tantos otros países, respecto a la propiedad de los medios de comunicación, con un matiz de diferencia y es que en nuestro país el Estado no tiene gran incidencia sobre esa propiedad,

pero en un país capitalista sí hay una gran incidencia en los dineros que finalmente terminan en manos de los medios de comunicación a través de las propagandas o comerciales. Es decir, no hay necesidad de ser dueño de un medio si podemos decidir qué medios sobreviven y qué medios no con la publicidad del Estado. Bruce, frente a eso, ¿qué podemos decirles a los periodistas de países como Egipto, Colombia y Argentina? ¿Cómo podemos sobreponernos a eso para hacer que nuestros retos y desafíos salgan adelante?

Bruce Shapiro

Creo que somos muy afortunados de estar viviendo en la primera gran era del periodismo independiente sin un carisma que busca beneficios económicos. Hemos visto el nacimiento de proyectos investigativos importantes a gran escala en Estados Unidos, pero también hemos visto pequeños esfuerzos en el centro del periodismo investigativo en Rumania y en otras áreas en donde los grandes medios quieren estrangular a los pequeños. Veamos el caso de *El Faro* en El Salvador, en donde a través de la web y de una voz independiente muy ágil se le ha cambiado la cara al país. Entonces, tenemos que tomarnos muy en serio la creación y el mantenimiento de medios más pequeños, de empresas mediáticas más pequeñas con ánimo o sin ánimo de lucro pero ágiles, que pueden estar o no asociadas a compañías mediáticas más grandes.

Otra forma de moverse hacia adelante es reconocer que con frecuencia, incluso en los medios corporativos, existe cierto tire y afloje entre lo que quieren los jefes o los dueños de los medios y lo que realmente está sucediendo en los reportajes del día a día. Los periodistas tienen que ser parte activa de este tire y afloje, y no simplemente darse por vencidos y pensar que las voces de sus reportajes no se van a oír. Claro, es una tendencia que no deja de ser peligrosa en todo el mundo y no hay respuestas fáciles, pero en este momento de Colombia la expansión del periodismo independiente tiene que ser un punto alto en la agenda, es de vital importancia para el proceso de paz que está por venir.

Olga Behar

Pienso que la realidad en Egipto es bastante más compleja y cuando vimos lo que se llamó la Primavera Árabe el público a través de Facebook y de herramientas modernas logró impulsar grandes cambios. Percibo un gran retroceso en ese sentido y que las nuevas autoridades políticas del país aprendieron la lección de que el público no puede mandar. ¿Estoy equivocada en esta percepción?

Yehia Ghanem

Al principio de la revolución de la Primavera Árabe teníamos esperanzas altísimas y obviamente encima de ellos estaba la revolución egipcia. De nuevo, voy a hacer énfasis en el hecho de que la revolución en Egipto no fue apoyada exclusivamente por los militares, también hubo apoyo de periodistas maliciosos que se aliaron con los militares en busca de su propio beneficio. Solo siete meses después de que el presidente Mubarak dejara el cargo fui juzgado por no haber sido tan obediente y fui también el primero en ser juzgado después de la revolución. Normalmente me acusaban y era enviado a la cárcel a hacer trabajos forzados y así fue como terminé exiliado. A lo que voy con todo esto es a decirles que parte del fracaso de la revolución en Egipto y en el resto de los países árabes se debió al mal periodismo, al periodismo criminal que en realidad mató en lugar de salvar vidas.

Bruce Shapiro

Esto me recuerda otra cosa que puede resultar relevante. Creo que uno de los temas más desafiantes para países como Colombia, donde los periodistas han operado bajo amenazas durante tanto tiempo, es identificar y enfrentar la corrupción en la sala editorial. Por lo general, las campañas de libertad de prensa no tienen una manera de abordar ese tema, de comprometerse con eso y sabemos que cuando ha habido asesinatos de

periodistas ha sido porque estaba tocando el área envolvente de alguien. Creo que una parte del periodismo investigativo en el alba del posconflicto será la de identificar formas de contrarrestar la corrupción de los medios. Esto puede ser una línea de investigación bien fructífera, aunque también retadora, aquí y en otros países.

Yehia Ghanem

Quiero agregar algo a esto. En el cuerpo humano lo primero que ataca un virus es el sistema inmune y lo mismo sucede con las dictaduras; lo primero que ataca una dictadura es el sistema inmune de la sociedad que son los medios de comunicación independientes. Así que no hay ninguna manera en la que el periodismo pueda afectar la rendición de cuentas, la transparencia y las reformas sin que haya una limpieza al interior de esos medios.

Olga Behar

Yo recuerdo que en la dictadura argentina se utilizó la técnica del espejo, que busca mostrarle al público la realidad propia a través de otras realidades. Esta técnica desafiante la utilizamos algunos periodistas en el segundo Gobierno de Álvaro Uribe, contando hasta la saciedad el caso de Fujimori y Montesinos en el Perú. A través de los relatos de este régimen criminal mucha gente comenzó a comprender que lo que había pasado en Perú estaba pasando en Colombia y hubo en ese momento un respaldo a las altas cortes que negaron la segunda reelección. ¿Cómo podríamos darle un ejemplo al caso de Egipto para que empiece a utilizar la técnica del espejo y a través de esta se pueda dar cuenta de lo que está pasando?

Bruce Shapiro

Yo procuro no aconsejar demasiado con respecto a cómo los periodistas pueden resolver los problemas de resistencia cultural en su propia

sociedad. No creo ser experto en eso. Ustedes en Colombia son expertos en qué historias se pueden contar en los perímetros. En todo caso, me atrevo a decir que si algo he aprendido de los psicólogos y psiquiatras con los que hemos trabajado es precisamente la importancia de dejar a un lado esos espejos, siempre y cuando sea seguro, e insistir en que la gente se fije en la realidad del lugar.

Estamos bendecidos de vivir en esta era de las redes sociales y, sin duda, existen maneras de sacar las historias para que tengan atracción. Veamos el caso de los blogueros al norte de México que cuentan historias que los medios y los periodistas no se atreven a contar porque temen por sus vidas y por la viabilidad comercial de las notas. Los blogueros han entrado con gran valor a tomar esas vías alternas de decir las cosas y creo que, como en ese caso, llega el momento en toda sociedad en el que las formas codificadas de comunicación en medio del conflicto se agotan y se empiezan a contar las realidades que se están viviendo.

Yehia Ghanem

En realidad, no puedo hacer una comparación de las técnicas que se han utilizado en Latinoamérica con lo que está sucediendo en Egipto. Nuestra parte del mundo es más directa y más feroz, no creo que las cosas que vivimos de una y otra parte puedan pasar en cualquier parte del mundo. Por ejemplo, un juez, que se supone que es independiente, recibió instrucciones de un ejecutivo en medio de una audiencia y, simplemente, por esa llamada que recibió el juez culpó al abogado de la defensa, incluyó su nombre en la acusación y en dos días lo sentenció a pena de muerte. Yo estoy dispuesto a aceptar eso en una dictadura, pero lo que no estoy dispuesto a aceptar es el comportamiento de los medios cuando tienden a encubrir dichos crímenes. Yo creo que los buenos periodistas independientes tienen como principal tarea impedir que los dictadores del mañana nazcan hoy. Desafortunadamente, en nuestra parte del mundo hemos perdido esa posibilidad y nuestros dictadores nacieron ayer.

Olga Behar

Es muy triste tener conocimiento de tales situaciones, pero creo que estas no son eternas y que siempre existe la posibilidad de que haya un cambio cuando uno menos se lo espera. Lo más importante es no perder la esperanza.

Pasando un poco al tema de las nuevas agendas, yo diría que en Colombia el 100 % de los periódicos ha insertado en sus agendas editoriales el proceso de paz y el proceso hacia el posconflicto. En esa medida el problema no es que no exista la temática, sino el enfoque que esta tiene. De ahí que mi pregunta sea cómo podemos incidir en nuestros editores, en nuestros directores, para que nuestro punto de vista, nuestro enfoque editorial, tenga un espacio en esa agenda formal que tienen hoy en día los medios de comunicación.

Bruce Shapiro

Es una pregunta muy interesante y no hay una respuesta fácil para ella, porque ahí estamos inventando algo nuevo. Nunca ha habido un proceso de paz en alguna parte del mundo en el cual la idea de ser parte del proceso de paz haya estado tan integrada en las agendas editoriales. En cierto sentido, ustedes son los innovadores, nosotros estamos aprendiendo de ustedes y creo que eso es algo muy importante.

Hay algunas cosas con las cuales ustedes pueden insistir y una de ellas es tener, hasta donde más se pueda, mucho contacto con periodistas de otras partes del mundo que hayan experimentado diferentes tipos de transiciones, bien sea en Sudáfrica, en Irlanda del Norte o en el Medio Oriente. Es clave mantener ese diálogo y hablar continuamente de cómo resolver los problemas de los reportajes.

De otro lado, a medida que las organizaciones de noticias formulan sus políticas editoriales es importante reconocer que un proceso de paz es un proceso delicado, pero que eso no significa que necesitemos recurrir a la propaganda para el proceso de paz, que nuestro trabajo como periodistas sigue siendo el de hacer preguntas y perseguir la verdad. Un proceso de paz que no pueda aceptar las preguntas de los periodistas será

un proceso de paz muy frágil que puede colapsar. De seguro hay mucho temor en algunas salas editoriales de realizar ciertas investigaciones o plantear ciertas preguntas que puedan desencarrilar las negociaciones o que inclusive se piense que no sea el momento adecuado, pero cualquier proceso de paz que reduzca a los periodistas a propaganda para el proceso no durará, así que creo que eso es importante y lo he aprendido de Sudáfrica, de Irlanda del Norte y de muchos otros países.

Finalmente, el mayor peligro de todos es convertir nuestros reportajes, en la época del posconflicto, en una serie de estereotipos y de clichés en donde simplemente reportamos historias que muestren el éxito y los avances del proceso, y no nos preocupamos por hacer historias de profundidad, de complejidad y de personas que continúan en la lucha.

Yehia Ghanem

Yo cubrí los diálogos de paz entre Palestina e Israel durante muchos años y vi, tal como lo dijo Bruce, que el hacer propaganda de los procesos eventualmente hace que el proceso se reduzca a la propaganda. Una de las razones por las que se terminó con resultados tan deficientes fue por el hecho de que los medios no habían estado planteando las preguntas correctas, no aportaron para poner el proceso de paz en el rumbo que era, que era el rumbo de la paz. A esto se suma la conducta destructiva que tuvieron los medios de comunicación de Israel, Palestina y Egipto. Cada una de esas partes dio lo peor de sí y se dedicó a sacarle la ropa sucia a los otros, a cubrir en medio de un contexto que cada quien construyó de la manera más nociva que pudo, como una especie de subasta en la que cada medio ofertaba cada vez más alto. Esto terminó influenciando a las partes negociadoras, pues cada una de ellas estaba influenciada por su medio de comunicación.

Olga Behar

Creo que este interesantísimo diálogo es de mucha utilidad para el ejercicio que se está haciendo actualmente en Colombia. Son experiencias

que deben tomar en cuenta los directores y los editores de los medios de comunicación, que desafortunadamente no hacen parte de eventos como este Encuentro de Periodismo de Investigación, gracias a su agenda cuadrículada de la que no van a salir. Ojalá que los colegas que hacen parte de esta iniciativa de CdR hagan eco en sus medios de lo que aquí se ha hablado.

Ahora, ¿qué pasa con los periodistas de Egipto que se niegan a trabajar en medios “satanizados”? ¿Deben migrar a otro país? ¿Es el único camino?

Yehia Gahem

Algunos de esos periodistas han huido de sus países. Muchos de ellos están languideciendo en prisiones, otros están siendo sometidos a juicio o esperando a que se les juzgue, otros han sido asesinados o están encerrados y no han tenido la oportunidad de expresar sus opiniones. Ahora quiero dirigirme a los otros periodistas que presumían ser independientes y digo independientes en el sentido en que nadie puede confiar en ellos. Es un juego muy peligroso el que están haciendo, el cubrir crímenes y justificarlos, porque eventualmente esa misma justicia a la que ayudan los va a victimizar. Entonces, por su propio bien, apóyense uno al otro, porque si no lo hacen, van a terminar colgados el uno junto al otro.

Olga Behar

Bruce, ¿qué se puede decir a los estudiantes de periodismo que tienen grandes ideales, pero que también necesitan el salario que solo pueden pagar los grandes medios?

Bruce Shapiro

Si conociera la respuesta, sería millonario y no lo soy. Este es un tiempo de grandes cambios en los medios de todo el mundo, no solamente en el periodismo, sino en la tecnología, en la política y en la propiedad. Lo primero que puedo decirles a los jóvenes es que son ustedes los que nos enseñan a

vivir en un mundo de medios sociales, ustedes son los innovadores. Ahora, yo pienso que ir a trabajar por las viejas compañías de medios es una buena cosa por hacer, pero gracias a lo que está sucediendo con las tecnologías en los medios de comunicación y en las empresas de medios ustedes nunca podrán hacer carrera en un solo medio, en una sola compañía. Son la primera generación que estará saltando de compañía en compañía, de trabajo en trabajo en una forma muy diferente a las que vieron las generaciones anteriores. Eso da mucho susto, pero también es muy liberador. Ustedes son una generación que puede inventar sus propias plataformas, que se convierten en los competidores de los grandes medios. Son la generación que puede ir a las grandes compañías de los medios y hacerles frente, porque ustedes saben contar historias utilizando la tecnología de hoy para su generación, mientras que los otros luchan por sostener audiencias.

Hay que reconocer, de cierta manera, que nunca habíamos vivido una época más emocionante que esta para ser periodista, ni tampoco una época más desafiante, las dos coexisten, una junto a la otra. Algunos de ustedes inventarán sitios noticiosos que serán tan importantes como *El Espectador*, *El Tiempo* o *Semana* y algunos entrarán a compañías como *Semana* y las reinventarán. Yo creo que esa es la realidad de hoy en día.

Yehia Gahem

Yo voy a hablar de mi experiencia personal. En 2009 se me asignó el puesto de editor en jefe de la edición internacional de un prestigioso periódico del Medio Oriente. Cuando asumí esa posición observé que la circulación del periódico había bajado drásticamente, así como su liderazgo. Me di cuenta de que una de las razones principales para dicho declive eran los sitios de Internet independientes, creados por periodistas o ciudadanos jóvenes. Así que se me ocurrió una idea y logré convencer al jefe de la junta del periódico de que la apoyara. La idea era hacer un acople de nuestra plataforma, de nuestro periódico, con los nuevos medios sociales creados por esos jóvenes profesionales. Para mi gran sorpresa, una vez comenzamos esto, comenzamos a subir en nuestra circulación y publicidad,

y ganamos más credibilidad ante el público. Desafortunadamente, esta experiencia duró poco, porque después de que salí del periódico, el nuevo director en jefe pensó que era una cosa infantil hacer eso y convenció a la junta y al nuevo presidente de que se olvidaran de esa iniciativa. Fue malo para ambos lados, tanto para los periodistas jóvenes en sus sitios web y plataformas de medios sociales, como para nosotros, ya que el diario sufrió una caída libre y otra vez perdió circulación y credibilidad.

Bruce Shapiro

En realidad, yo no estoy tan preocupado por el hecho de que los periodistas jóvenes vayan a encontrar trabajo o no, porque trabajo hay, y hay vías para lograrlo. Me preocupa mucho más que su generación entre en este negocio en una época en donde no hay mentores, en donde los de mi edad, los de nuestras edades, ya han salido de los medios.

Lo que puedo decirles es que ustedes están en un punto muy diferente del que estuve yo cuando comencé; ustedes van a tener que buscar con agresividad mentores con quienes puedan trabajar, con quienes puedan aprender y a quienes ustedes también les puedan enseñar cosas. Creo que esa va a ser una cosa tan importante para sus carreras como el que consigan o no trabajo en los primeros cinco minutos después de salir de la universidad.

Olga Bear

Sin lugar a dudas este diálogo ha sido muy aleccionador para nosotros, los periodistas colombianos, que estamos buscando un camino para empezar a contar nuestra realidad y a contribuir a la generación de unas nuevas narrativas que nos permitan acercarnos a la verdadera transición hacia el posconflicto.

Perfiles

Marisol Cano

Decana de la Facultad de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Ha sido docente de cátedra por más de veinte años y editora de la revista *Pesquisa*, que divulga la producción investigativa de la Javeriana. Tiene una maestría en Estudios Avanzados en Comunicación Social de la Universitat Pompeu Fabra, de Barcelona. Durante diez años dirigió el magazín dominical de *El Espectador*.

Alma Guillermoprieto

Es, tal vez, la reportera latinoamericana de mayor reconocimiento internacional. Cubrió las guerras en Centroamérica para *The Guardian* y *The Washington Post*. Fue jefe de la corresponsalía de *Newsweek* para América del Sur y ha escrito múltiples artículos para *The New Yorker*, *The New York Review of Books* y para la revista de National Geographic.

Marisol Gómez Giraldo

Editora de Nación y de Justicia y Política de *El Tiempo*. Ha cubierto el conflicto colombiano desde 1994 y ha escrito sobre el fracasado proceso de paz con las FARC, los diálogos fallidos con el ELN, el Plan Patriota y el juicio a los paramilitares tras el proceso de paz que hicieron con el Gobierno.

Juan Luis Font

Fundador y director de la revista *ContraPoder*, conductor líder del Canal Antigua y líder del equipo del Diario Digital. Dirigió por dieciséis años *el Periódico* y condujo durante siete años el programa de entrevistas por radio más exitoso de Guatemala. Es Magíster de la Universidad Internacional de Florida en Periodismo de Investigación.

Yehia Ghanem

Periodista internacional residente en la City University en Nueva York. Trabajó como editor del periódico *Al-Ahram* en África del Sur y ha

trabajado como periodista profesional durante los últimos veintisiete años tanto en medios impresos como electrónicos. Ha ganado numerosos premios por su trabajo cubriendo guerras en todo el mundo.

Fabio Posada

Periodista de investigación especializado en narrativa audiovisual. Escribe para el diario *El Espectador*. Exjefe de investigaciones del diario *El País*, de Cali, y expresidente de la organización Consejo de Redacción (CdR). Fue corresponsal de la revista *Semana*.

Carlos Basso

Periodista y Licenciado en Comunicación Social de la Universidad de Concepción (Chile), donde es profesor de Periodismo de Investigación. Ha trabajado en diarios como *Hora 12* y *Crónica*. Entre sus libros destacados se encuentran: *América Nazi*, en coautoría con el periodista argentino Jorge Camarasa (2011 y 2014), y *La CIA en Chile* (2013).

Pedro Vaca

Director Ejecutivo de la Fundación para la Libertad de Prensa (Flip). Magíster en Derecho, Especialista en Derecho Constitucional y Abogado de la Universidad Nacional de Colombia. Tiene experiencia en asesoría, representación y defensa de periodistas en jurisdicciones penales y constitucionales, y ante el Sistema Interamericano de Derechos Humanos.

María Eugenia Ludueña

Periodista y Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Prosecretaria de redacción de Infojuz Noticias y profesora del Taller de Narrativas sobre Derechos Humanos II de la Maestría de Periodismo y DDHH, en la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata.

Ginna Morelo

Presidenta de Consejo de Redacción. Es comunicadora social y periodista con especialización en Gerencia Pública, ha hecho diplomados en

periodismo ambiental y cultura ciudadana. Actualmente, además de su labor periodística, Ginna Morelo concluye su Maestría en Comunicación en la Universidad del Norte de Barranquilla.

Marta Ruiz

Periodista, graduada en Comunicación Social de la Universidad de Antioquia. Especialista en Televisión de la Universidad Javeriana y Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia. Autora del libro *Esta ciudad que no me quiere* y editora del texto *Bajo todos los fuegos*. Dirige el portal VerdadAbierta.com

Jorge Cardona

Filósofo de la Universidad Santo Tomás. Catedrático de las universidades Javeriana, Los Andes y Sergio Arboleda. Autor del libro *Días de memoria* (2009) y coautor de los libros *Crónicas de un secuestro* (2007), *Entre el silencio y el coraje* (2012), *Tinta indeleble* y *Vida y obra de Guillermo Cano* (2012). Es editor general del diario *El Espectador*.

Jonathan Bock

Periodista con experiencia profesional en España y Colombia en prensa escrita y portales web. Ha cubierto zonas de conflicto y ha realizado investigaciones sobre temas de orden público y político. Ha trabajado como docente universitario y como miembro de la Fundación para la Libertad de Prensa (Flip).

Pilar Sáenz

Física de profesión, activista por vocación. Entusiasta del software libre, de las tecnologías abiertas y de la cultura libre.

Leonardo Herrera Delghams

Comunicador social y periodista de la Universidad Autónoma del Caribe y Magíster en Comunicación de la Universidad del Norte. Desde 1993 ejerce como periodista en prensa escrita y medios digitales. Ha sido merecedor de varios premios regionales de periodismo y distinciones de las autoridades por su trabajo.

Daniel Suárez

Es cofundador de Olinguito y coorganizador del capítulo de Hacks/Hackers Bogotá y de Chicas Poderosas. Después de siete años de experiencia cubriendo el conflicto armado colombiano en distintos medios, se dedicó a seguir de cerca el trabajo hecho por expertos y organizaciones de Latinoamérica en torno al periodismo de datos.

Maryluz Vallejo

Es periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana. Reportera y editora cultural del diario *El Mundo*. Doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Fue profesora asociada de la Universidad de Antioquia, y es profesora titular de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana. Directora de la revista *Directo Bogotá*.

Gloria Castrillón

Periodista con estudios de especialización y maestría en Asuntos Internacionales, con énfasis en Resolución de Conflictos. Cuenta con veinte años de experiencia en el cubrimiento de temas políticos y judiciales, conflicto armado, derechos humanos y procesos de paz en radio y medios impresos y digitales. Editora de investigaciones de la revista *Cromos*.

Juan Miguel Álvarez

Es periodista independiente en temas de cultura y derechos humanos. Cronista de la revista *El Malpensante*. Colaborador del diario *El Espectador* y escritor de crónicas en las ediciones especiales de la revista *Semana*. Ha sido docente universitario y monitor de talleres de crónica de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI).

Óscar Martínez

Fue coordinador del proyecto En el Camino y es coordinador del proyecto Sala Negra, ambos del periódico *El Faro*. Es autor del libro *Los migrantes que no importan* y coautor del libro *Jonathan no tiene tatuajes*. Publica ensayos y columnas de opinión en medios como *The New York Times*, *The Nation* y *The New Republic*.

Carlos Alberto Giraldo

Periodista y columnista de *El Colombiano*, lleva más de veinticuatro años ejerciendo esta profesión, un buen tiempo de ellos como reportero del conflicto armado. Fue “recluta” académico del nobel colombiano Gabriel García Márquez. Obtuvo el Premio Rey de España en 2002.

Uli Stelzner

Trabajó de recolector de basura, futbolista, panadero y cartero. Hizo tres años de trabajo voluntario de alfabetización en Bolivia. Su primer documental fue en Lima (Perú) sobre vendedores ambulantes. Dirigió varios largometrajes con Thomas Walther en Guatemala. Desde 1998 es miembro de la Asociación de Documentalistas de Alemania (AGDOK).

Marcela Zamora

Es periodista y documentalista. Ha dirigido varios documentales en El Salvador, Nicaragua, México, Venezuela y Cuba. Sus producciones más destacadas son: *Xochiquetzal: la casa de las flores bellas* y *María en tierra de nadie* (proyectado en el V Encuentro de Periodismo de Investigación).

Bruce Shapiro

Es director ejecutivo del Dart Center for Journalism & Trauma, un proyecto de la Universidad de Columbia Graduate School of Journalism. Es un periodista galardonado en derechos humanos, justicia penal y política. Es editor colaborador de *La Nación* y director ejecutivo senior de cursos profesionales en Columbia Journalism School.

Carlos Huertas

Director de CONNECTAS y de la Iniciativa para el Periodismo de Investigación de las Américas. Es miembro del Comité Directivo de la Red Global de Periodistas de Investigación (GIJN) y del Consorcio para Periodistas de Investigación (ICIJ). Fue editor de investigaciones de la revista *Semana* y gestor de Consejo de Redacción (CdR).

Laura Zommer

Es periodista, abogada, militante del acceso a la información y los datos abiertos, emprendedora y directora de Chequeado.com, la primera iniciativa de *fact-checking* o verificación del discurso público de la Argentina y Latinoamérica, que rompe con el modelo tradicional, que supone que la autoridad la tiene el medio.

Jochen Klug

Fue periodista *freelancer* para diferentes periódicos alemanes, jefe de redacción de la radio regional en la región de Baden-Württemberg y periodista en la televisión pública y privada en Alemania (Sender Freies Berlin, VOX, SAT1, Deutsche Welle). Desde 2013 es entrenador de la Deutsche Welle Akademie en Bolivia, México y Colombia.

Juan Esteban Lewin

Editor de La Silla Vacía. Investiga y escribe sobre política colombiana. Cubre, especialmente, el Gobierno Santos, la bisagra entre lo público y lo privado e Internet.

Olga Behar

Periodista, politóloga y escritora vallecaucana. Ha trabajado desde 1975 en prensa, radio, televisión y medios digitales. Ganadora del Premio de Periodismo Simón Bolívar, así como del Círculo de Periodistas de Bogotá y del Glaad y Anif 10 años. Ha publicado seis libros de investigación periodística en géneros como novela testimonial, gran reportaje y antología de crónicas.

Los retos del periodismo en el posconflicto. Tintas para la paz se terminó de imprimir en los talleres de Opciones Gráficas Editores Ltda. en el mes de febrero de 2016.

Somos una empresa responsable con el medio ambiente.

